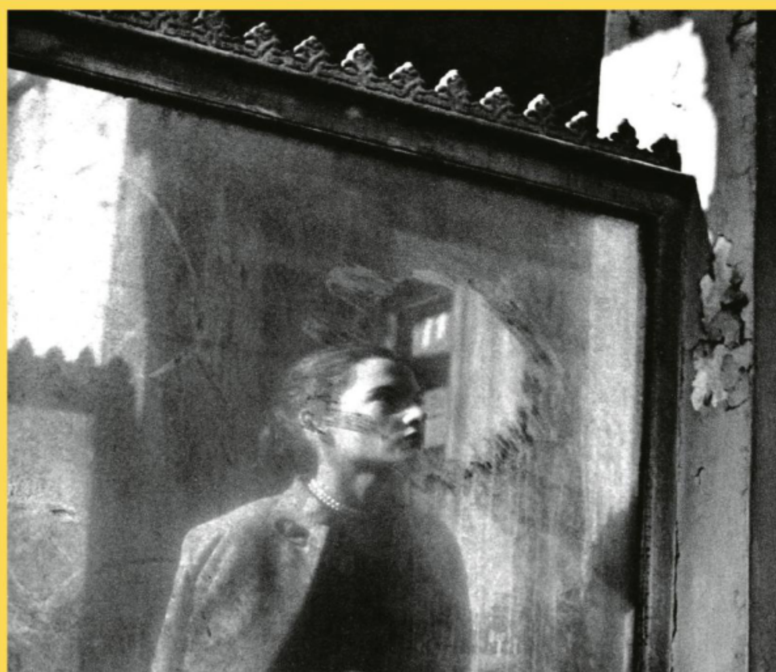
Martin Amis

Otra gente





ANAGRAMA
Colección Compactos

Índice

Portada

Prólogo

Parte primera

1. Daño grave

2. Todos son un poco raros

3. Vuelta del revés

4. Palabrotas

Parte segunda

5. Ganando terreno

6. Los ojos de la ley

7. No te derrumbes

8. Frenazo en seco

9. Campo magnético

10. Un hada buena

11. ¿La nena de quién?

12. Pobre fantasma

13. Actuación en vivo

14. Triste espera

16. Segundas oportunidades

17. Eslabones perdidos

18. No hace falta

19. Polo opuesto

Parte tercera

21. Sin miedo

22. Viejas pasiones

23. Las últimas cosas

24. Tiempo

Epílogo

Notas

Créditos

A mi madre

PRÓLOGO

Esta es una confesión, una confesión breve.

No quise tener que hacérselo. Habría preferido infinitamente cualquier otra solución. Pero qué le vamos a hacer. De hecho, teniendo en cuenta las normas de la vida terrenal, resulta lógico; y ella lo estaba pidiendo. Ojalá existiera otra manera, algo más discreto, más contenido y elegante. Pero no la hay. Como ya digo, así es la vida, y mi deber más sagrado es ser realista. Oh, mierda. Acabemos de una vez.

Parte primera

1. DAÑO GRAVE

Su primera sensación al sentir el aire fue de intensa y desamparada gratitud. Estoy bien, pensó, con un suspiro. El tiempo... comienza de nuevo. Intentó secarse los ojos con un parpadeo, pero estaban demasiado mojados y los cerró con fuerza.

Alguien se inclinó sobre ella y, con una voz tan cercana que parecía surgida de su propia cabeza, le preguntó:

–¿Te encuentras bien?

Asintió.

–Sí –contestó.

–Te dejo, entonces. A partir de ahora tendrás que arreglártelas por tu cuenta. Cuídate. Sé buena.

–Gracias –dijo–. Lo siento.

Abrió los ojos y se incorporó. Quien había hablado ya no seguía allí, pero a su alrededor se movían otras personas, personas que, por alguna razón, estaban allí precisamente para ayudarla. Qué amables, pensó, qué amables son al hacer todo esto por mí.

Se encontraba en una habitación blanca, tumbada sobre una alargada camilla también blanca. Meditó unos instantes. Parecía un sitio bastante adecuado donde estar. Aquí seguiría bien, pensó.

Fuera, un hombre vestido de blanco pasó deprisa. Titubeó y asomó la cabeza por la puerta. De inmediato adoptó una expresión relajada.

–Vamos, levántate –dijo con tono cansado y los ojos cerrados.

–¿Qué?

–Que te levantes. Va siendo hora. Vamos. Ya estás bien.

Avanzó hacia ella mientras levantaba la vista hacia una mesa baja donde había varios objetos desperdigados.

–¿Son estas tus cosas? –preguntó.

Ella volvió la mirada: un bolso negro, unos trozos de papel verde, un pequeño cilindro dorado.

–Sí –respondió con sigilo–, son todas mis cosas.

–Entonces más vale que te vayas.

–De acuerdo –dijo. Se deslizó por un costado de la camilla. Contempló sus piernas y dejó escapar un gemido: las pobres estaban llenas de arañazos y desgarros. Sin pensárselo, se agachó para tocárselas. Estaban intactas. Los jirones formaban parte de una especie de tela muy fina que cubría su piel. Se encontraba bien.

El hombre lanzó un resoplido.

–¿Dónde te has metido? –dijo, con voz algo más dulce.

–Lo he olvidado –murmuró.

Se aproximó a ella.

–¿El lavabo? –preguntó alzando la voz–. ¿Quieres ir al lavabo?

–Sí, por favor –contestó desesperada.

El hombre giró sobre sus talones, echó a andar hacia la puerta y se volvió de nuevo hacia ella. La muchacha se puso de pie y trató de seguirlo. Alguien había fijado a sus pies unas pesadas prolongaciones curvas con la evidente intención de dificultar –si no imposibilitar– sus movimientos. Arrastrando una pierna temblorosa, avanzó en diagonal hacia él por aquel suelo resbaladizo.

–Coge tus cosas, ¿no? –dijo sacudiendo la cabeza repetidamente–. Qué gente...

La condujo hacia el pasillo. La muchacha, que ahora abría la marcha, notó sus ojos fijos en ella y miró ansiosamente a su alrededor. Parecía haber dos clases de personas. Las vestidas de blanco constituían la mayoría. Las otras, más pequeñas, iban ataviadas con túnicas multicolores y, con el rostro teñido de indefensión y disculpa, avanzaban siendo transportadas o guiadas. Debo de ser una de ellas, pensó, a la vez que el hombre la animaba a acelerar el paso y le señalaba una puerta.

Las primeras horas fueron las más extrañas. ¿Dónde estaba su percepción de las cosas?

En el cuartito, estrecho y húmedo, cuyas figuritas de porcelana no conseguía conectar consigo misma, apoyó la mejilla contra la pared fría y buscó pistas en su cabeza. ¿Qué había allí dentro? Su mente parecía interminable, pero no contenía nada, como un firmamento muerto. Estaba bastante segura de que a los demás no les ocurría lo mismo, un pensamiento que al instante le hizo sentir un repugnante sabor en el fondo de su garganta. Se apoyó y se volvió para contemplar la sala. Un luminoso cuadrado de acero en la pared le llamó la atención; a través de la ventana reluciente detectó por un instante una silueta con espeso cabello negro mirándola que, asustada al verse sorprendida, se escabulló deprisa. ¿Acaso todos tienen miedo, se preguntó, o solo soy yo?

Ignoraba cuánto tiempo se suponía que debía permanecer allí. En cualquier momento el hombre podía regresar y capturarla de nuevo o quizá le estuviera permitiendo seguir en aquel lugar el tiempo que gustara, tal vez indefinidamente. En ese momento se dijo a sí misma que el mundo era idea suya, pero, entonces, inspirándole como le inspiraba semejante sensación de unánime amenaza y daño inmanente, no podía decirse que fuera una idea muy buena, ¿verdad?

La puerta representaba un enigma que no tardó en resolver. El hombre había desaparecido tras abandonarla en aquella estrecha habitación. Sin dudarlo, avanzó en la misma dirección en la que se movían los guardianes vestidos de blanco con sus lentas cargas, hacia la luz que correteaba formando juguetones remolinos sobre las paredes incoloras. El pasillo desembocaba de forma abrupta en una amplia estancia donde cesaba el movimiento, y nuevos tipos de personas haraganeaban por allí con expresión temerosa y afligida, sudando fatigosamente echados sobre blancas mesas alargadas o gritando cuando sus guardianes se los llevaban a escondidas. En el centro de aquella estancia, un hombre ensangrentado vociferaba de modo espectacular cubriéndose los ojos con las manos. Tras él, una puerta doble, abierta, dejaba pasar la luz y el aire fresco. Avanzó sorteando con mucho cuidado los agitados focos de mayor confusión y peligro. Nadie tuvo tiempo para impedírselo.

Quiso darse prisa, pero, al intentar acelerar el paso por el pasillo acristalado, sintió los artilugios que llevaba fijados a sus pies y el dolor la obligó a detenerse. Se agachó para examinarlos y, para su agradable sorpresa, descubrió que no resultaba difícil quitárselos. Dos hombres que cargaban con una mecedora vacía le gritaron y

fruncieron el ceño al ver los aparatos tirados en el suelo, pero ella, al percibir el olor del aire libre, ya se había echado a correr.

Al principio, en el exterior no advirtió más que un cambio de escala. Todos parecían tener que estar en movimiento, rebaños en libertad vagando por la red de pasadizos elevados. Bastantes parecían sufrir daños, pero apenas a unos cuantos los guiaban o transportaban. Aquellos que se sentían acuciados por la necesidad de ruido y velocidad recurrían a unos carritos, innumerables y variopintos, que se alineaban y avanzaban a lo largo de las amplias vías centrales como informes e indómitas jaurías. Las calles estaban atestadas de pantallas con símbolos cuyo frío significado se le escapaba. Al no disponer del poder ni de la voluntad –acaso sencillamente del tiempo– necesarios para hacerlo, nadie se molestó en impedirle que se uniera al tránsito humano, aunque muchos parecieron desearlo. La miraban, miraban sus pies. Todos estaban acostumbrados a sus propios aparatos. ¿Dónde habían ido a parar los de ella? Supo que ese había sido su primer error –nadie debía andar sin ellos– y lo lamentó, pero se movió y continuó moviéndose, porque eso parecía ser lo único que se esperaba de todos ellos.

Fuera, había seis clases de personas. Los hombres formaban la primera clase, que no solo era la más abundante de las seis sino también la más variada. Algunos seguían su camino con paso vivo y desenfadado, como si desearan que nadie se fijara en ellos: apenas alguno de ellos la miraba y, si lo hacían, era de modo inseguro y apresurado. Otros, sin embargo, se movían con errático desafío, con una libertad rayana en lo criminal, la mandíbula bien alta, como sujeta en el aire: todos esos, sostenían, desde luego, la vista hacia ella con animosidad y varios de ellos le lanzaron graznidos de reprobación. Los pertenecientes a la segunda clase resultaban menos inquietantes; enjutos y arrugados, parecían haber sido misteriosamente despojados de algún aspecto vital. Renqueaban en pareja con tanta torpeza que apenas avanzaban o revoloteaban sin dirección con un brío nervioso y alocado. Algunos estaban tan mal que tenían que ser transportados en unas estructuras cubiertas provistas de ruedas desde donde se quejaban patéticamente dirigiéndose a sus guías, quienes a su vez formaban la tercera clase. Los de la tercera clase se parecían bastante a los de la primera, a excepción de sus partes superior e inferior; a menudo, sus piernas no llevaban protección alguna y caminaban hábilmente de puntillas sobre el arco que formaban las curvas de sus complicados artilugios (debo de ser uno de ellos, pensó, recordando la estrecha habitación y llevándose la mano al pelo). La miraban un

instante, bajaban la mirada a sus pies desnudos y entonces la desviaban con expresión dolorida. La cuarta clase estaba formada por hombres cuyo pelo no obedecía a ningún tipo de peinado. Algunos tenían cuatro pelos, otros tenían tanto que se ahogaban bajo sus melenas y otros incluso lo lucían al revés: rostros barbudos cuyo pelo apelmazado ascendía hacia cráneos desnudos como globos. Ellos parecían tan contentos así. Las personas de la quinta clase se mantenían apartadas en las esquinas o avanzaban de lado por entre la multitud las dejaba pasar abriéndoles paso con aire de culpabilidad. No hablaban como los demás, sino que murmuraban lóbregamente para sí mismas o giraban vacilantes sin dejar de retorcerse las manos o reprender al aire. Pensó que debían de estar locos. La quinta clase incluía personas de la mayoría de las clases restantes y nunca iban en parejas. Las de la sexta clase, por supuesto, se comían penosamente los calcetines enredados que calzaban y no parecían seguras de quiénes eran ni de adónde se dirigían. Pensó que había visto a una o dos de esas personas, pero, al fijarse con más atención, siempre resultaban pertenecer a alguna de las otras clases.

Nadie le despertaba ningún recuerdo. Sentía que se encontraba en el umbral de una actividad humana inescrutable y extática, que en todo cuanto contemplaba había un motivo oculto, un propósito grandioso y desesperado del que ella estaba firmemente excluida. Y, aun así, le resultaba imposible determinar hasta qué punto las cosas estaban vivas.

Por el momento no hay cambios, pensó.

Entonces, lentamente, comenzó a ocurrir algo terrible.

A poca distancia del extremo de los escarpados desfiladeros había colgado un majestuoso telón de fondo de calma azul y lejana ante el que criaturas blancas de exagerada belleza, redonditas y soñolientas, sobrevolaban sin prisa disfrutando del momento. De manera despreocupada e indolora eran alanceadas por los lentos crucifijos del cielo al tiempo que rendían devoción a un tormentoso núcleo de energía, tan irresistible que podía lastimar los ojos de quien osara dirigir la vista hacia él. Pero entonces, todo cambió. Las esponjosas criaturas perdieron su contorno y se dejaron llevar hacia arriba hasta formar un chal blanco que cubría la bóveda del cielo para luego disolverse en una intacta ladera grisácea bajo su señor, quien, al ver perdido su poder, enrojecido, hirvió de ira o, quizá, estuviera muriendo, pensó ella al ver los tremendos cambios que allí estaban teniendo lugar. Con gestos de vergüenza, ingenuidad y alivio, como cabía esperar, las personas de todas las clases aceleraron el paso con

temor creciente. Aquel abanico tan variado de seres reveló su cansancio: sus pigmentos abandonaron su ánimo sin mostrar resistencia, algunos con sigilo y otros con hiriente precipitación. Al poco tiempo, los pasillos y sus altas paredes acristaladas parecieron intercambiar sus sitios o, al menos, decidieron compartir la poca actividad que aún había por allí: los temerarios descapotables se partieron en dos y se marcharon a toda velocidad con sus fantasmas. Arriba, la magullada distancia iba acercándose poco a poco, cada vez más. Aullando de pánico y mostrando ahora su color verdadero, los tranvías del espacio, con las ruedas ya a la vista, descendían a una velocidad endiablada para alcanzar la tierra, y la gente se apresuraba a escapar de allí.

¿Dónde corrían todos a esconderse? Pronto no quedaría nadie y ella estaría sola. Alguien que pertenecía a la segunda clase pasó cojeando, se detuvo, giró en redondo y se dirigió a ella con voz tímida:

–Te vas a helar.

–¿Sí? –preguntó ella.

Continuó avanzando. La gente vagabundeaba por el interior de espacios bien iluminados. A veces se veía a sí misma avanzando en medio de un silencio vidrioso y desolador, atravesando los amarillos chorros de luz, para luego encontrarse súbitamente en mitad de alguna galería que hervía de actividad y urgencia. Solos o en pequeños grupos, terminaban por zambullirse en la oscuridad, decididos a llegar a algún sitio mientras aún pudieran. Algunos seguían mirándola, pero ahora lo hacían con indiferencia: miraban sus pies, su rostro y a veces sus pies de nuevo, dependiendo de la clase de personas que fueran.

Por un tiempo, la catástrofe alcanzó las calles, que estallaron lanzando su último odio metálico. Algunas personas hacían experimentos con su voz, contando el número de ásperos sonidos que podían emitir; otras salían disparadas hacia la oscuridad, como si solo ellas conocieran un buen escondite en el que ocultarse. Fue entonces cuando su sensación de peligro comenzó a aumentar de un modo drástico, cono bruscos virajes. A cada esquina que doblaba parecían aumentar el riesgo y las posibilidades de resultar herida; pronto, alguien o algo sentiría el impulso de causarle un daño grave.

Basta, pensó, decida a terminar con todo aquello de una vez por todas.

No fue consciente de que el mundo pasaba junto a ella a gran velocidad hasta percatarse de que ella misma estaba corriendo… Sintió que correr le resultaba placentero. Constituía el primer impulso claro y urgente con que se había topado. Los pasadizos de ladrillo se desplegaban a su paso. Aquellos que aún andaban por allí se volvían a mirarla; unos cuantos le gritaron. Uno la siguió andando torpemente como un pato detrás de ella, pero pronto le sacó clara ventaja. Se sintió capaz de desplazarse a tanta velocidad como deseara. Pensó que ganaría tiempo si corría; que, si apresuraba las cosas, adelantaría necesariamente aquello que hubiera de ocurrir a continuación.

Por fin, llegó a un lugar donde ya no quedaba gente. El suelo de hormigón se extendía hacia una nueva clase de vida. Aquello era el final de cualquiera que fuese el lugar en que se hallaba. Más allá de los postes clavados en el suelo, se alzaban verdes tierras en una magnífica calma. En lo alto, advirtió que las gruesas criaturas habían retrocedido hasta situarse bajo su techado sembrado de lentejuelas: todas ellas habían adquirido un pesado aspecto rojizo y su deidad no era más que una oscura mancha plateada en el lago de la oscuridad. De pronto, vio un hueco en la pared de la jaula: un sendero que se perdía por los verdes campos, señalizado únicamente por una barra blanca dispuesta horizontalmente. Avanzó hacia ella, se inclinó para sortearla y, a continuación, echó a correr tan aprisa como pudo sobre el suelo esponjoso.

No tardó en dar con un buen escondite. Un húmedo agujero se abría en el pie de un árbol inclinado. Jadeante, se tumbó y se enroscó sobre sí misma. Su cuerpo comenzó a tiritar: ya está, pensó, me voy a morir. El dolor que había albergado a lo largo de todo aquel día estalló, liberándose del nudo apretado de su cuerpo. Su rostro comenzó también a humedecerse y sintió dentro de sí una convulsión que le presionaba los labios hasta hacerle emitir sonidos involuntarios. Se ordenó a sí misma callar. ¿Qué sentido tenía esconderse si seguía haciendo todo aquel ruido? Las sombras ganaron peso. El suelo cedió para acogerla. En el último instante, el aire pareció llenarse de un zumbido férreo y llameante a medida que, uno a uno, iban desapareciendo los puntos de vida que colgaban del cielo ávido.

2. TODOS SON UN POCO RAROS

Las estadísticas demuestran de forma bastante concluyente que todos los «amnésicos» son, al menos parcialmente, conscientes de qué cosas son las que no recuerdan. Saben que no saben. Recuerdan que no recuerdan, lo que de por sí ya constituye un comienzo, pero ella no es una de esos amnésicos. Ni mucho menos.

Por supuesto, la etapa inicial es siempre la más difícil en un caso como este. La verdad es que me alegro. En serio. Hemos superado la primera etapa y hasta ahora ha sobrevivido de un modo encomiable. Entre nosotros, este no es en absoluto mi estilo. Sinceramente, la decisión no dependía de mí, aunque, por supuesto, sí puede decirse que ejerzo cierto control. Tenía que ser así por fuerza. Como ya he dicho antes, ella se lo había buscado.

Entonces, ¿qué tenemos por aquí?

Un tramo en pendiente de una zona verde de Londres, un abedul plateado que se inclina sobre una brillante hondonada y una muchacha cubierta por el rocío reciente. Son las siete y veintinueve minutos de la mañana y la temperatura es de once grados centígrados. Las hojas, secas por el viento, restallan sobre su cuerpo, lo que no es de extrañar. ¿Qué demonios le ha sucedido a esta chica? Su rostro es una mezcla de cabellos y lodo; su ropa (si es que aún puede llamarse así) se ha abierto camino en todos los recodos de su cuerpo; sus muslos desnudos se hallan apretados bajo el sol de la mañana. En fin, que si no fuera porque sé que no es así, diría que se trata de una vagabunda, de una prostituta abandonada, quizá de una borracha o de un cadáver (se halla muy próxima al estado primigenio: ya he visto a otras jóvenes así). Pero yo sé lo que ocurre y, por otra parte, la gente suele tener motivos bastante buenos para terminar de un modo u otro. ¿Qué le habrá ocurrido a esta? Acerquémonos. Descubrámoslo. Es hora de despertarse.

*

Abrió los ojos y vio el cielo. Durante un buen rato, sus pensamientos se esforzaron por nacer de modo simultáneo. Veamos

cómo se desarrollaron.

En un primer momento, ella no sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. Supuso que eso era lo que le estaba haciendo la memoria: restándole un día tras otro de modo que siempre tuviera que comenzar desde el principio, sin avanzar jamás. Entonces, recordó el día anterior y (esto ya constituía un recuerdo más temprano, probablemente su segundo pensamiento) el día anterior le recordó la idea de la memoria y el hecho de que la había perdido. Y la había perdido, efectivamente; seguía sin recuperarla y aún no sabía exactamente lo que eso implicaba. Envió un haz de luz hacia los recovecos de su mente, pero... el tiempo desapareció en la niebla en algún momento del día anterior. Se preguntó a sí misma qué ocurría cuando uno perdía la memoria. ¿Adónde iba, la había perdido definitivamente o acaso era posible recuperarla? Bueno, aquí estoy, después de todo, pensó al fin; por lo menos no me he muerto ni nada por el estilo. La preocupaba algo relacionado con el sueño, pero no le prestó atención. Y a pesar de todo advirtió que hacía un día precioso.

Se incorporó, poniendo a prueba así sus sentidos aún inexpertos y parpadeando bajo aquella luz que había hecho todo el viaje de vuelta mientras ella dormía. Ciertas criaturas, pequeñas pero importantes, le chillaban desde arriba. Alzó la mirada y comprobó que podía dar nombre a las cosas. Resultaba sencillo: no era más que un truco que podía realizarse con los ojos de la mente. Conocía el nombre de los pájaros; también fue consciente de ser capaz de distinguir algunos (gorriones, una corneja cenicienta que la contemplaba sin expresión) e incluso de relacionarlos de un modo impreciso con algunos recuerdos del día anterior: los perros nerviosos, flacos, ceñudos y suplicantes; un gato larguísimo haciendo exhibición de sus zarpas contra el escaparate de una tienda. No estaba muy segura acerca de cómo funcionaban las cosas, ni de cómo casaban unas con otras, ni de hasta qué punto estaban vivas ni de cómo encajaba ella entre todas. Pero sí podía nombrarlas y se alegró por ello. Quizá todo fuera más fácil de lo que imaginaba.

Los vio en cuanto se puso en pie. A cierta distancia, tras aquella extensión de terreno verde y húmedo, se abría una zona yerma y aislada junto a la que se alzaba una hilera de edificios abandonados. Allí había otras personas, algunas de ellas de pie, otras aún desconcertadas tendidas en el suelo, otras sentadas formando un apretado grupo. Por un instante, sintió la espuela del miedo y el impulso reflejo de esconderse de nuevo, pero terminaron venciendo la alegría y el cansancio y tuvo la corazonada de que, al fin y al cabo, nada tenía demasiada importancia, ni sus propios pensamientos ni la

vida misma. Comenzó a avanzar hacia ellos. Qué mal se le daba andar. Parecían ser personas de la quinta y la segunda clase, lo que en cierto modo no dejaba de resultar alentador.

Al avanzar tambaleándose hacia su reducido campo de visión, uno de ellos se volvió y pareció estudiarla fríamente, sin dar muestras de sorpresa. Incluso a aquella distancia, sus rostros desprendían un resplandor de desequilibrio que dejaba entrever una rápida alterabilidad bajo la piel. Ya estaba más cerca. Aunque algunos sabían que ya estaba a punto de llegar, no se volvieron hacia ella.

–Mary tenía un corderito –decía uno de ellos con una voz mecánica que no se dirigía a ella–, de rostro blanco como la nieve...[1]

Se aproximó a ellos. Ahora ya podían hacerle daño, si querían, pero nada había sucedido por el momento y concibió la idea agotadora de que habría podido pasear entre ellos a su antojo (aunque de nada sirviera) y de que, de hecho, se hallaba condenada a moverse entre los vivos sin despertarles el menor interés.

Entonces, uno de ellos se volvió y dijo:

–Bueno, a ver, ¿quién eres tú?

–Mary –mintió rápidamente.

–Yo soy Modo. Ella es Rosie.

–Neville –dijo otro.

–Hopdance –dijo un cuarto.

–Vamos, acércate al calor.

La integraron despreocupadamente, casi con alivio. Tomó asiento sobre aquella parrilla cuadrada bajo la que una vasta maquinaria subterránea vibraba rítmicamente para darles calor.

–Toma, Mary, echa un trago para defenderte del frío –dijo Neville tendiéndole una botella oscura y brillante.

Alcanzó a percibir el sabor de la espuma y las burbujas antes de que Rosie la reclamara.

Neville continuó hablando, sin dirigirse a ninguno de ellos en particular.

–A los veintidós años yo era uno de los seis principales viajantes de Littlewoods. Tenía coche propio, de todo. Quisieron publicar una..., un artículo en la prensa sobre mí, pero yo les dije: «No, no quiero publicidad».

–No, claro, qué vas a querer tú publicidad –confirmó Rosie seriamente.

–«Pueden ustedes guardarse su publicidad, amigos míos», eso les dije.

–¿Publicidad?... ¡Vamos! –dijo Hopdance. A continuación, sacudió la cabeza, como si con ello diera por zanjado el tema de la publicidad de una vez por todas.

Ella decidió mantenerse atenta ante cualquier cosa que resultara ser publicidad. Era obvio que no se trataba de nada bueno si incluso debían estar vigilantes para evitarla. Miró detenidamente a cada uno de ellos a través del vaho de sus alientos. Su piel presentaba un aspecto entumecido y luminoso, pero todos tenían ojos de hielo. Soy una de ellos, pensó, y quizá lo he sido siempre. Y mientras paseaba la mirada de uno a otro, percibiendo la cantidad de daño que se adivinaba en cada rostro, intuyó que posiblemente no existían más que dos clases de personas. Solo había dos clases de personas: lo único que las distinguía es qué tipo de cosas ocurrían a unas y a otras.

*

Muy cierto, pero la cosa no pasa de ahí. (Suelo considerar que es mi deber dar alguna que otra explicación, especialmente durante las primeras etapas.) Después de todo, esta gente no son más que vagabundos.

Vosotros sí que sabéis a qué clase de gente me refiero. Son vagabundos porque no tienen dinero. No tienen dinero porque no pueden vender nada, que es ni más ni menos lo que hace casi todo el mundo. Vosotros también vendéis algo, ¿verdad? Yo sí, bien lo sé. ¿Por qué ellos no? Simplemente, porque los vagabundos se niegan a vender lo que vendemos los demás. Se niegan a vender su tiempo.

Vender tiempo, tiempo vendido: todos nos dedicamos a ese negocio. Nosotros vendemos nuestro tiempo, pero ellos conservan el

suyo; ellos no reciben dinero alguno, pero se pasan la vida pensando en el dinero. Ser vagabundo representa un curioso modo de abordar las cosas. No obstante, a ellos les gusta. Las estadísticas demuestran que ser vagabundo es algo cada vez más popular. Cada vez hay más y más vagabundos que se las arreglan sin dinero.

Yo me veo obligado a tratar con estas personas con cierta frecuencia. En mi profesión, resulta ser algo en cierto modo inevitable. Desde luego, preferiría con mucho no tener que tratar con ellos: siempre me hacen perder el tiempo. En vuestro lugar, procuraría evitarlos. Saldréis ganando.

*

–Yo sé lo que te pasa, Mary –dijo Neville, inclinándose para darle un golpecito en el muslo con aire de advertencia–. A ti lo que te pasa es que eres una simple.

Mary asintió.

–¿Lo ves? –confirmó él.

Era cierto. Sabía muy pocas cosas y lo poco que sabía tendría que callárselo. Tendría que aprender deprisa, los demás tendrían que enseñarle cómo hacerlo.

–Y, sin embargo, mira que eres guapa –añadió lentamente–. Eh, vosotros, ¿verdad que es guapa?

Mary confió en que se equivocara, pero... tampoco se trataba de una acusación grave; el hombre renunció a su hostilidad y dio media vuelta mientras se llevaba la botella a los labios. No se está mal del todo aquí, pensó Mary, aunque no dejaba de preguntarse cuánto tiempo duraría aquello.

–Muy bien, preciosa, te vienes conmigo. Vamos, hija, levanta de ahí.

Mary alzó la mirada, expectante. Quien acababa de hablarle pertenecía a la tercera clase: una joven, pensó, una de las mías. Ya había reparado en ella, sentada al borde del círculo, como si quisiera mantenerse distante, con un toque de exclusividad y dramatismo. Era

corpulenta, de las personas más grandes que había visto Mary en su vida. Su abundantísimo pelo, de un rojo violento, surgía de su cabeza formando espirales absurdas, y sus ojos eran de hielo.

Mary dejó que la ayudaran a levantarse sin queja alguna. En el momento en que se enderezaba, Neville inició un astuto aunque débil movimiento hacia ella. La muchacha corpulenta le dio un buen puñetazo en la nuca antes de pegarle una certera patada. El hombre se desplomó, golpeándose la frente contra la parrilla.

–¡Déjala en paz, Neville, cerdo asqueroso! Ya te conozco, compañero. ¡Sí, así es! Necesita una buena amiga que cuide de ella, eso es lo que necesita.

Neville murmuró algo incoherente al tiempo que se alejaba de ellas hecho un ovillo.

–¿Cómo? ¿Cómo? Más vale que te andes con ojo, si no quieres que te arranque esa maldita cabeza de una patada. ¿Enterado? ¿Enterado? Anda, mi vida, vámonos de aquí. No son más que escoria... Son parásitos. Algunas personas, quiero decir. ¿Qué respeto tienen por nada? Sí, ¿qué respeto?

Sacudiendo los hombros, la enorme muchacha condujo a Mary en dirección a la pálida hilera de edificios abandonados. Tan pronto hubieron doblado la segunda esquina, se detuvo y contempló cuidadosamente a Mary de arriba a abajo.

–Me llamo Sharon. ¿Y tú?

–Mary –contestó ella.

Sharon clavó la mirada en sus ojos y frunció el entrecejo. Su ancho rostro parecía soportar una capa adicional de carne, un esponjoso añadido a sus rasgos naturales. Aquella última capa, esa capa rezagada, sugería la dilación de todo cuanto expresara aquel rostro, pensó Mary. Algo parecía perder el ritmo entre aquellos rasgos y los sentimientos que los animaban.

–Jo, chica. Alguien te ha dado un buen repaso, ¿eh? –Soltó una risotada áspera y comenzó a alisarle la ropa a Mary–. En fin, todas hemos pasado por eso, ¿verdad? ¿A que es fantástico? Quiero decir, que yo soy la primera a la que le gusta hacerlo alguna que otra vez y, claro, siempre y cuando se trate de tipos agradables, solo para pasar un buen rato. –Levantó uno de sus dedos índices bien tieso–. Eso sí, no permito que me avasallen. Me niego –añadió con bastante

arrogancia–. ¡No consiento que me avasallen! –Sacudió el polvo de los hombros de Mary–. La verdad, podrían haberte dado algo después, ¿no? Ya sabes, un par de libras para buscarte un hotelito agradable o algo así. Pero ya sabes cómo son los hombres. ¿Verdad que es absurdo que los queramos tanto?

Antes de que Mary pudiera asentir, Sharon ya había emprendido su exagerada marcha y ella se apresuró a seguirla. Sintió que cada vez andaba peor. Lo atribuyó a un insoportable dolor que sentía clavado en algún punto del arranque de su columna vertebral. Qué dolor; qué dolor tan agresivo. Le lastimaba, además, por su perseverante naturalidad, por su amenazante familiaridad. No es más que un simple dolor sin importancia, se dijo. Pero dolía. Eso era lo malo del dolor; no sería tan molesto si no doliera tanto a veces.

–Aquí es donde yo vengo cuando me dejo caer por aquí –dijo Sharon, guiándola a través de una serie de trampillas metálicas por las que podían vislumbrarse viejos automóviles sumidos en un sueño profundo–. Tampoco es que suela venir muy a menudo, no creas.

Siguieron avanzando hasta atravesar las paredes lisas de un recinto vacío. Flotaba en el aire un olor salobre a humedad y vetustez mezclado con otro aroma, más intenso y de origen humano, que provocaba náuseas. Un hombre cubierto de harapos y tendido en el suelo alzó hacia ellas una mirada abotargada. A poca distancia de él, se desplomó una botella y chirrió suavemente al rodar sobre su eje.

–No le hagas ni caso –dijo Sharon con brusquedad–. Es Impy. Lo cierto es que se llama Tom, pero yo le llamo Impy porque es importante..., quiero decir, impotente. ¿A que sí, Impy, pedazo de ruina? –Se volvió hacia Mary y, con tono conciliador, añadió–: ¿Sabes? Siempre he creído que de estas cosas es mejor reírse abiertamente, ¿no te parece? Si no, son capaces de acomplejarse o cualquier cosa. ¿Eh, Impy? ¿Qué tal andas esta mañana?

–Tengo frío –dijo Tom.

–Ya, pues más vale que te las arregles por tu cuenta. A mí no me mires. Ella es Mary, y que no se te ocurra ponerle las zarpas encima. ¿Qué pasa contigo, chica? Cualquiera diría que estás de parto... ¿Te duele?

Mary asintió con gesto de disculpa.

–¿Dónde? ¿Dónde te duele?

Mary se acarició las nalgas suavemente.

–¿También te lo han hecho por detrás? ¿Qué tipo de dolor?

–Un dolor dolor.

Y, entonces, otra mueca, acompañada de un pequeño brinco en el tiempo al mostrarlo en su rostro.

–¡Vaya! Así que eres bastante simple, ¿verdad? –Asió la muñeca de Mary con una mano que resultó menos ruda de lo que esta temía–. A ver –dijo. Mary notó que disminuía la presión en su cintura–. Todos somos algo. Es algo que la vida me ha enseñado. Todos somos algo. No te preocupes por él... Tú ya lo tienes todo bien visto, ¿verdad, Impy? –Sin dejar de sujetarla suavemente por la mano, Sharon la ayudó a quitarse la falda. Al bajar la vista, vieron un enrevesado amasijo de vendas y pinzas–. Hija, estás hecha una pena. ¿Dónde te has metido? ¡Venga, bájate las bragas! Te has tenido que meter en algo. Ven aquí. ¡Vamos, mujer!... Por Dios, qué inútil eres. Hay que estar encima de ti. –Sharon deslizó los dedos bajo la venda central, que comenzó a soltarse con bastante facilidad–. Pero eres guapa. Yo siempre quise ser morena. Te dura más. Y hablas bien, ¿verdad, Imp? Eso es, ahora agáchate. ¡Vamos, boba! Deja que..., sí, así. No, mujer, no te pongas a llorar ahora. Qué niña más tontita. Lo hace todo el mundo. Todo el mundo es algo. ¿Sabes lo que solía decirme mi abuelita? «Todos son un poco raros, querida; excepto tú y yo, querida. E incluso tú, querida, eres un poco rarita.» Vamos a sacarte de aquí, ya lo creo. Vamos a dejarte bien arreglada.

3. VUELTA DEL REVÉS

Por supuesto, Mary no poseía una noción demasiado clara de lo que pudiera significar dejarla «bien arreglada» por Sharon. Arreglada, bien arreglada. Pero pensó que la idea no sonaba mal y, al fin y al cabo, se dijo, ella tampoco tenía ninguna otra mejor.

Juntas, echaron a andar hacia las calles bulliciosas y distantes. A Mary le resultó agradable sentir la hierba al pisarla con los pies. Por el rabillo del ojo podía entrever la enorme mole de Sharon. Ya no temía tanto el reto de reencontrarse con el presente astronómico y vociferante. Y le gustaba pensar que todos eran un poco raros. Alzó la mirada. Los grandes seres estaban otra vez suspendidos en el aire, girando perezosamente y disfrutando del sol. Se preguntó con interés qué le tendría preparado Sharon.

–¡Joder! –dijo de repente Sharon. Se detuvo y puso una mano sobre el hombro de Mary–. Perdona mi francés. –Dobló una pierna y se agachó para tocársela–. Odio caminar por la hierba con estos tacones.

La verdad es que esos tacones tenían muy mala pinta, curvos y finos como dientes de tenedor, y sujetos a sus tobillos con correas metálicas.

–Dios mío, y además tenemos que conseguirte unos zapatos, hija. Suelo contar con algo de ropa para cuando ando por aquí, ya me entiendes, pero... Oye, tú tienes que estar completamente helada. ¡Uf! –Se incorporó con un gruñido–. Menos mal que ha cambiado el tiempo.

Echaron a andar de nuevo. El tiempo había cambiado. Era una suerte. Todo estaba saliendo bien. Mary ya se sentía dispuesta a olvidar o, al menos, a atenuar la insidiosa carga que arrastraba por todo cuanto le había ocurrido mientras dormía. Porque algo le había sucedido. Sí, sin duda alguna, algo le había pasado. Algo se había acercado a ella durante la noche y la había destrozado. Algo la había vuelto del revés. Fuera lo que fuese, ese algo sentía un odio profundo por ella y había intentado asesinar su alma. ¿Acaso así regresaba el pasado? Quizá. En cierto modo, resultaba lógico que el pasado aguardara a vernos dormidos para acercarse sigilosamente a nosotros. Y lo peor era que ella misma había deseado ser objeto de aquella violencia. Era ella quien la había provocado. Y había deseado aún

más.

–¿Sabes, Mary? –dijo Sharon–. Que me jodan si..., perdón..., si sé por qué continúo regresando aquí. Te juro que no lo sé. Por Impy, supongo, por ser una idiota sentimental. La verdad es que no suelo frecuentar círculos semejantes. Yo no soy como ellos. Pero ya sabes, te tomas un par de copas y..., en fin, tú ya me entiendes. Cuando me despierto, jamás consigo comprender cómo he llegado hasta aquí, pero a todos nos pasa lo mismo, ¿verdad? Menuda tontería, ¿no te parece?

–Sí –dijo Mary–, supongo que sí.

Mary volvía a caminar por las calles, pero ahora poseía un objetivo y quizá por ello le resultaron bastante menos agitadas. Sharon conocía el camino: avanzaba con decisión, casi con descaro, pero aun así Mary no veía nada. Las calles no le causaron ninguna impresión y tampoco le llamaron la atención la gente ni sus estallidos de fortuna.

Siguieron caminando tan deprisa que Mary tenía que esforzarse por no quedarse rezagada. El tamaño y el aspecto de las calles por las que Sharon la conducía variaban sin cesar. Algunas eran del dominio de los estridentes automóviles: esas calles estaban tan consagradas al movimiento que hasta el aire mismo parecía empujar a la gente con la corriente de su oleaje y de su resaca. Cuando la gente se agrupaba junto a una esquina en número suficiente, los coches se detenían y esperaban en fila, vibrando de impaciencia. De vez en cuando, algún hombre atravesaba alocadamente por los improvisados pasillos que se formaban entre los hocicudos automóviles que aguardaban quietos en sus carriles, inmóviles y amenazadores. Otras calles pertenecían, en su conjunto y con orgullo cívico, a sus construcciones, las casas: se trataba de vías consagradas a la calma y transmitían serenidad. Rara vez se veía gente entrando en los edificios y prácticamente nunca se la veía salir. Ansiosa por adivinar las leyes de la existencia, Mary presumió que una vez que entrabas, allí te quedabas, evitando así las calles y todos los peligros que acechaban en ellas. Aquí, los coches vagaban con cautela y algunos ya estaban en punto muerto, por lo que las personas podían cruzar más o menos a su antojo.

–Dinero, dinero, dinero, dinero, dinero, dinero, dinero, dinero –dijo Sharon–. Tú no tendrás nada, ¿verdad?

–¿De qué?

–¡De dinero!

–La verdad es que no estoy segura.

–En ese caso, más vale que echemos un vistazo. Menuda borrachera debiste de pillar anoche, guapa.

Sharon comenzó a hurgar hábilmente en el bolso negro de Mary, mientras esta la contemplaba, desconcertada. A pesar de no haberse separado de su bolso, cuya correa aún le colgaba de un hombro, no se le había pasado por la cabeza en ningún momento. Los movimientos de Sharon se volvieron súbitamente tan violentos y frenéticos que Mary estuvo a punto de perder el equilibrio cuando hundió aún más las manos.

–Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? –Sharon alzó los dos trocitos de papel arrugado y algo brillantes con dedos temblorosos–. ¿Sabes lo que podemos conseguir con esto?

–Dinero –aventuró Mary, pero Sharon ya no le prestaba atención. A grandes zancadas, cruzó la calle. Una vez más, Mary se vio prácticamente obligada a echar a correr tras ella.

–¿Tú qué sugerirías? –jadeó Sharon–. ¿Clan Dew? ¿Un par de dobles para cada una? ¿Un buen oporto? –Aminoró el paso–. ¿Qué me dices, si no, de una botella de Emva? –preguntó con gesto travieso. Se detuvo y contempló a Mary con ojos semicerrados.

–También podríamos comprar algún licor...

–Sí –asintió Mary–, compremos un poco.

–Sí, creo que será lo mejor –dijo Sharon echando a andar de nuevo–. Sí, a estas horas de la mañana el alcohol es más... refrescante, ¿no te parece? Aunque, claro está, resulta nefasto, pero todos lo hacen, ¿no? Bueno, espérame aquí un momento, fenómeno. Vuelvo en un instante.

Sharon entró acompañada del sonido de una campanilla. Mary escudriñó tras el brillo de los cristales y descubrió que sabía leer. Bien, esto ya es otra cosa, pensó. Los letreros contenían referencias a sumas de dinero y mercancías de una manera bastante elemental. Quienquiera que hubiese escrito aquellos letreros se había equivocado tantas veces al escribir los números que había tenido que borrarlos varias veces para sustituirlos por otros. Entrecerrando hábilmente los ojos, vislumbró la oscuridad del interior a través de la ventana. Allí dentro podían verse, llamativamente alineadas a lo largo de la pared, las botellas que anunciaban y recomendaban los letreros. Sharon se encontraba en el interior de aquella gruta, ocupada en llevar a cabo su transacción. Concluido el intercambio, el hombre le entregó algo más

a Sharon y esta dio media vuelta y atravesó los reflejos en dirección a la puerta.

–Un clavo saca otro clavo –dijo Sharon una vez hubieron alcanzado una bocacalle próxima. Hizo crujir el extremo superior de la botella y la hizo girar hasta abrirla–. A tu salud, chica.

Su voluminoso rostro, cubierto de una abotargada capa de tiempo, mostraba una expresión a la vez vidriosa y decidida. A continuación, introdujo la pequeña botella en el boquete que se abría en su rostro: la boca, esa parte tan íntima y curiosa, pareciera no tener que estar allí, demasiado vital y salvaje comparado con los contornos entumecidos de sus rasgos. Con un ademán que pasó desapercibido, Mary levantó la mano y comprobó que ella también poseía uno. Entonces, con la lengua, recorrió su interior, el hueso curvado festoneado con dos hileras de duros labios interiores. ¿Existirían en el cuerpo otros lugares que pudieran sentirse igualmente en su interior y en su exterior al mismo tiempo? No sintió ningún otro y, por ello, se dijo que la boca debía de ser importante.

–Bueno, esto ya está mucho mejor –dijo Sharon. Había llegado el turno de Mary–. Vamos –añadió Sharon–, echa un buen trago.

Mary abrió la boca y vertió en ella el contenido.

–En mi vida he visto cosa igual –dijo Sharon unos minutos más tarde–. ¿Se puede saber qué demonios te pasa? Debes de encontrarte en un estado lamentable, hija. Una gotita de brandy de nada y te pones a toser como una loca. No sé, no es lógico, ¿no?

–Lo siento –dijo Mary.

Sharon bebió.

–Sí, claro, lo sientes, ¡pero has derramado la mitad! –Bebió–. En serio, se supone que el brandy es algo que te tiene que sentar bien. –Bebió.

–Lo siento –repitió Mary.

Sharon dejó caer la botella vacía y contempló a Mary con dureza.

–Por si no lo sabes, no soy alcohólica.

Mary le devolvió la mirada. Oh, sí que lo eres, pensó. Y tanto que sí.

*

Sharon es alcohólica, por supuesto (entre otras muchas virtudes)... Alcohólicos: ya sabéis cómo son ellos. Claro que lo sabéis. Seguramente conocéis personalmente a uno o dos o quizá conozcáis a alguien que a su vez conoce a uno. Reflexionad sobre ello. ¿Cuántos conocéis? Hoy en día hay por ahí montones de borrachos. Y, la verdad, sin ir más lejos no me sorprendería que tú fueras alcohólico. ¿Lo eres?

Los borrachos son personas incapaces de mantenerse sobrias. Prefieren estar borrachos. No soportan ser ellos mismos. Y no les falta razón. Es más difícil ser uno mismo que ser un borracho.

Los borrachos no son ellos mismos: solo son borrachos. No son como los demás, aunque sí lo eran antes de su transformación. Las personas normales son diferentes entre sí: los borrachos, no.

Los borrachos, cuando están borrachos, piensan, sienten y se comportan exactamente del mismo modo. Cuando están sobrios, solo piensan en beber. Constantemente. Es cierto. No piensan más que en eso. Si alguna vez os da por preguntaros en qué piensan cuando no están borrachos, ya tenéis la respuesta: en emborracharse.

Algunos borrachos apenas saben los motivos por los que no soportan ser ellos mismos. Otros los tienen bien claros. Pero todos están convencidos de que saben cosas que el resto de los borrachos desconocen y se creen especiales. Se equivocan. No son especiales: son borrachos y todos los borrachos saben las mismas cosas. Eso, para ellos, resulta más triste y más interesante y, en cierto modo, así es. Todos tienen sus motivos, algunos bastante buenos. Personalmente, a ninguno le reprocho su condición.

Yo sostengo la teoría de que todos seríamos unos alcohólicos si pudiéramos soportar ese estado. Nos sentiríamos mucho mejor si anduviéramos siempre borrachos, pero terminar siendo borracho es muy duro. Al parecer, los únicos capaces de terminar siendo borrachos son ellos mismos.

Yo me veo obligado a tratar con estas personas tan extrañas y tan patéticas. Y tú también te toparás con más de una. Eso sí, todas se hallan controladas por mí, por supuesto. Todas gozan de mi control y

de mi protección.

*

Sharon estaba ocupada en contar a Mary las razones por las que en ocasiones le gustaba tomar un par de copas –se debía a sus nervios, explicaba, y a su inclinación por pasar un buen rato alguna que otra vez–, cuando, de repente, sin previo aviso, los edificios se alejaron para mostrar una enorme grieta al aire libre que se abría en medio de la ciudad atestada y atónita. Apenas unas calles, mágicamente arqueadas, habían sido seleccionadas para dejar espacio a aquella masa de aire. Mary no pudo evitar que su cuerpo se asustara. Ella se habría dado media vuelta y habría echado a correr, pero Sharon, en absoluto aterrada, la obligó a apresurar el paso. A medida que se aproximaban al inmenso pórtico del cielo, Mary bajó la mirada y vio que el confuso camino que discurría bajo ellas, vivo y burbujeante, lanzaba al aire sin cesar pedacitos de sí mismo, como si quisiera atrapar los pájaros chillones que giraban y planeaban, burlones y rabiosos, a escasa distancia de su superficie.

–Es demasiado grande –dijo Mary.

–¿Perdón? Adoro el río. Corre callado, dulce Támesis. Nos dirigimos a la orilla opuesta –explicó, al tiempo que señalaba con el gesto las imponentes estructuras que, melladas como almenas, se elevaban en la distancia–. Primero vamos a casa y luego te llevaré al bar.

Acelerando el paso para seguir el ritmo de Sharon en su ruta hacia el sur, Mary se preguntó cómo serían aquellos dos lugares.

–¡Ya estamos en casa! –gritó Sharon.

Mary se mantuvo detrás de ella, en el interior de aquel recibidor cúbico. Conque ese era el aspecto que tenía por dentro: ya estaban en casa. Todo parecía hallarse acolchado o protegido y hacía más calor de lo que se había imaginado.

Inmediatamente, se abrió de golpe una puerta semiacristalada situada al fondo del pasillo. Un hombre que daba la sensación de ser

muy grande y muy pequeño al mismo tiempo asomó la cabeza, la echó hacia atrás con un gesto de desesperación y acudió galopando hacia ellas a lo largo del pasillo.

–Ni hablar, hija mía –dijo con voz retumbante–. Vamos... ¡Fuera, fuera, fuera!

–Oh, vamos, no seas así –gimió Sharon cuando el hombre comenzó a empujarla haciéndola retroceder hacia Mary y hacia la puerta.

–¡Aquí no pintas nada!

–¡Joder, esta es mi casa!

Aunque Sharon resultaba bastante más temible que aquel hombre con el que torpemente forcejeaba, toda su fuerza y obstinación fueron desapareciendo de su rostro. Tenía el aspecto de una persona a la que aún le quedaban por hacer todas las cosas que ella misma había hecho. Otra vez nos van a echar, pensó Mary, no cabe duda. Pero entonces los rasgos de Sharon volvieron a crisparse súbitamente bajo la capa de tiempo que los cubría y sus hombros reaccionaron con una convulsión similar provocando un grito áspero en aquel grueso hombrecillo que terminó rodando por el suelo.

–¿Lo ves? ¿Lo ves?

–¡Jo, papá, déjame ya! ¡Ni siquiera te he tocado!

Al agacharse hacia él con gesto solícito, una pierna salió disparada contra ella y, al cabo de un instante, ambos, enredados, se peleaban a los pies de Mary.

–¡Madre! –chilló el hombre–. ¡Por Dios, que alguien me ayude!

–¿Se puede saber qué pasa ahora? –dijo una voz preñada de hastío y obediencia. Una mujer asomó por el oscuro hueco de la puerta y salió a la luz a todo correr–. Ahora le da por asesinar a su propio padre, ¿no? Ya veo –añadió en el mismo tono.

Una mano regordeta, liberada de la masa que formaban ambos combatientes, reptó por el suelo. La recién llegada aprovechó la oportunidad para pisotearla con su pie derecho. Mary advirtió que aquel zapato, grotescamente desproporcionado, estaba provisto de una extensión semejante a un ladrillo adherida a la suela. Quién sabe si su propósito no era otro que el que acababa de cumplir.

–Esa mano que estás pisando es mía, madre –señaló el hombre–. Agárrala del pelo.

–Maldita Ada. Échanos una mano, anda –dijo la madre dirigiéndose a Mary–. ¡Gavin! ¡Gavin!

Antes de que Mary pudiera obedecer aquella cuestionable petición, Gavin bajó las escaleras y, con un suspiro, procedió a desenmarañar a los contrincantes. Mary contemplaba la animada reunión con una preventiva sensación de pánico. (Sabía que las calles se hallaban repletas de trampas, pozos y redes...) Todo aquello carecía de sentido para ella, pero quizá para ellos fuera comprensible.

Y así era.

Al poco rato, Sharon y sus padres discutían amigablemente en el salón, una estrecha estancia interior cuyos prismas eran demasiado diversos para que Mary pudiera intentar desentrañarlos de un vistazo. Pasó el tiempo, mucho tiempo. Lejos de exigirle una explicación de su presencia y también lejos de ignorarla sin más, el señor y la señora Botham recurrieron una y otra vez a Mary para confirmar y apoyar las gozosas acusaciones que iban lanzándole a su hija. Mary no comprendía por qué esperaban que ella estuviera al tanto de cosas que ellos mismos desconocían y, aunque se sentía bastante reconfortada por el modo en que se dirigían a ella en todo momento llamándola Mary, no podía evitar preguntarse qué querían de ella o para qué la estaban utilizando. Debo de resultar de lo más chocante, pensó, una muchacha descalza que ha perdido la memoria. Ninguno de ellos, sin embargo, parecía reparar en ello en absoluto, acaso por el vínculo que los unía (un hecho sobre el que a menudo insistían con gran indignación con expresiones tales como «su propia hija», «su propio padre» y «tu propia madre»), acaso por ser todos aún más raros de lo que Sharon había dejado caer.

No obstante, qué deprimente sería que todo quedara en eso... Se negaba a aceptar que pudiera ser así. Gavin permanecía sentado junto a ella. Desde el principio, su actitud fría y ausente, así como la carencia de aquella aura de vagar rezagado, tras un tiempo perdido, se había mantenido diferenciado del resto. A Mary la impresionaron muchísimo sus ojos, no solo por la exuberancia de su color y su luminosidad, sino porque parecían saber cosas que los ojos de los demás jamás habían sabido. Conocían cosas que no se hallaban allí.

Se volvió hacia ella y dijo:

–¿Tú también eres una de ellas?

–¿Una de quiénes? –preguntó Mary.

–Una artista erótica. –Su mirada se desvió fugazmente hacia los otros tres–. Se pasan la vida así –dijo–. Nunca se enteran de qué demonios pasa.

–¿Y tú?

–Yo, ¿qué?

–¿Tú te enteras de lo que está pasando...?

–Y, ahora, si me perdonáis –dijo Sharon con voz muy alta–, creo que lo que mi amiga Mary necesita es un buen baño caliente.

–Claro que sí, pobrecita –dijo la señora Botham–. ¿Cómo ha llegado a encontrarse en ese estado?

–Oh –dijo Sharon–, tan solo sufrió un pequeño accidente.

En cuanto se encontraron encerradas y a salvo entre los aceros y porcelanas del baño, Sharon abrió un armarito y comenzó a hurgar en su interior. Y lo hizo con el mismo frenesí que había mostrado al rebuscar dinero en el bolso de Mary. Y, claro está, tampoco esta vez tardó en hallar su recompensa.

–Esto ya es otra cosa –dijo Sharon tras destapar una botella marrón y echar un largo trago de su contenido.

–Gavin... ¿Cómo es?

–¿Gavin? De ese ya puedes olvidarte. Es rarito. ¿No lo has notado? ¿No te has dado cuenta de esos ojitos que pone?

–Sí, me he dado cuenta –contestó Mary dándose por vencida por el momento.

–Y aun así es guapo. Bueno, pequeña... Tampoco es como para darse un baño, ¿no? Bastará con darte un repasito, ya sabes, frótate las axilas y el bollo. Lávate bien las piernas. Al fin y al cabo, poco vas a tardar en abrirlas, ¿eh? –añadió amenazadora–. Quítatelo por la cabeza. Así. Espera, déjame que piense un segundo. Por ahora, puedes ponerte mis botas blancas. ¿Qué número calzas? Y la falda roja de mamá te puede sentar muy bien. Para ti es un poco mini, desde luego, pero qué más da, ¿verdad? ¿Eh? Ay, perdona, ¿te hago cosquillas? Soy

una canalla. Lo soy, lo soy, lo sé. Levanta los brazos. A ver... Sí, puedes ponerte mi jersey blanco de cuello vuelto, así lucirás tus tetitas. Los vas a dejar mareados, hija. –Se marchó, pero regresó unos segundos después–. ¿Sabes, Mary... Siéntate aquí... ¿Sabes, Mary? Me sorprendería que termináramos esta noche sin un par de pavos en el bolsillo. ¡Uf! Bueno, te quedan un poco anchos, pero qué se le va a hacer. Estoy convencida de que Whitey se va a volver loco cuando te vea, si es que está allí, claro... Te saltará encima como un canguro. No, mete las piernas por aquí. No te hacen falta braguitas en esta época del año. Ni siquiera sé si tengo un par que estén limpias. Además, no creo que a ellos les importe, ¿verdad? ¿Eh? ¿Eh? Esto lo remetemos un poco y ya está. Te lo digo en serio, cuando aparezcas por allí se van a creer que es Navidad. Muy bien. Déjame que te mire.

Sharon abrió de nuevo el armarito y Mary se contempló a sí misma. Inmediatamente, volvió la cabeza.

–¿Qué pasa? Venga, mírate. Alégrate... Sí, eso es. No dirás que no te cuido. Tienes una pinta imponente, ya lo creo que sí. Un bombón. Cuando entres en el bar, te van a comer viva, te lo digo yo.

Entrar en la casa no había sido fácil y tampoco lo fue salir de ella.

Sharon advirtió a Mary que se preparara para marcharse a toda velocidad. Al bajar la escalera, vieron al señor Botham de pie ante la puerta de entrada con los brazos cruzados.

–Tú no vas a ningún sitio, jovencita –dijo–. Te vas a quedar en casa.

Se inició una apagada escaramuza y, arrastrando los pies, la señora Botham acudió a aportar su toque de escándalo. El señor Botham juraba que su hija no saldría por aquella puerta si no lo hacía pasando por encima de su cadáver, pero Sharon se las apañó y atravesó el umbral seguida de Mary.

–¡No vayas, Mary, por el amor de Dios! –sollozó la señora Botham–. ¡No vayas con ella! Te arrepentirás...

A Mary no le cabía la menor duda de que la señora Botham tenía razón. Todo aquello confirmaba sus sospechas acerca de las casas y de los hogares. Resultaba difícil entrar y, una vez dentro, no era buena idea salir de ellos.

4. PALABROTAS

El bar era un local público, uno de esos lugares extraños a los que uno puede ir sin que le inviten, razón por la cual se habían tomado las medidas necesarias para producir la mayor agresión posible a todos los sentidos del cuerpo, pues, de otro modo, todo el mundo acudiría a aquel sitio y nadie lo abandonaría jamás. Reinaba un calor rancio, agrio y polvoriento al que se añadía un sistema invisible destinado a perforar los oídos: un muro de sonido que se abatía sobre uno de un modo en extremo ingenioso, a intervalos engañosamente breves como para que uno no tuviera tiempo de reordenar sus pensamientos. Todos los objetos clamaban por el intercambio: el cristal multicolor, suspendido sobre su trinchera, las panzudas máquinas con sus trampillas chasqueantes, el estado y las exigencias de todos los presentes... Hasta el mismo aire que allí se respiraba hacía que picaran tanto los ojos que hacía llorar. Ya hacía un buen rato que aquel local estaba atestado, pero a nadie le daba por abandonarlo. Aquella sala de techos altos y de gran amplitud parecía aumentar de tamaño, repleta de gente que formaba círculos de poder y exclusividad que de tanto en tanto se abrían para admitir a un recién llegado o se cerraban para rellenar el hueco que otro dejaba al marcharse. Todos jugaban con algo que Mary podía identificar como fuego.

–Por supuesto, no es que sea una ninfómana ni nada por el estilo, ¿sabes? –le aseguró Sharon, desviando la mirada hacia la puerta–. Considero que no existe una palabra más tonta, ¿no te parece?... ¿Dónde están? Lo que quiero decir es que de vez en cuando me gusta pasarlo bien.

De vez en cuando... Cada vez ese de vez en cuando era más frecuente. En aquel local, Sharon era conocida, apreciada y respetada, y la fiaban. Un par de minutos de coqueteos y ruegos en la barra bastaban para hacerse con una botella de cerveza Stingo. A Mary también le dieron la suya, una botella que contenía un líquido negro burbujeante tan desagradable al paladar que, después de darle un par de prudentes sorbitos, volvió a dejarla sobre la mesa. Sin embargo, Sharon nunca tenía bastante: parecía encantada al sentir cómo aquel líquido la calmaba y velaba sus ojos con su capa de tiempo.

–Me pone a tono –decía–. ¿Qué hay de malo en ello, verdad? ¡A tu salud! Siempre a tu salud. Eso es lo que se suele decir.

A Mary le parecían, las observaciones de Sharon, más convincentes de lo que habría cabido esperar. La maldad, la salud y el tiempo eran precisamente ese tipo de cosas acerca de las cuales ansiaba saber más. Como es natural, los comentarios que sobre ellas hacía Sharon eran demasiado íntimos para resultar de gran ayuda, pero revelaban a Mary que el lenguaje era algo que estaba allí, presente en algún lugar, esperando que ella lo descubriera y lo utilizara. Cada palabra que reconocía le daba la sensación de ir poco a poco restaurándose, solidificándose, como si los tejidos destruidos fueran reestructurándose lentamente, como las celdas de un panal. Ya entonces sabía que el lenguaje podía representar e incluso contener algo de orden, un orden que no podía de ningún modo subsistir en nada de cuanto ella había encontrado hasta el momento: la sombra que se deslizaba por aquella pared incolora, los automóviles alineados sobre sus carriles respectivos, aquel murmullo fortuito del aire que te hacía daño si tratabas de seguirlo con la mente... En la lectura podía muy bien hallarse la clave del orden que encerraba el mundo, pensó Mary, ansiosa por ejercitar aquella nueva habilidad. Apenas había nada que leer en aquel local. Tan solo unos escuetos anuncios que proponían intercambios y un par de cosas tales como «No es que haga falta estar loco para trabajar aquí, ¡pero siempre AYUDA!» o «Efectivamente, eres una persona difícil, pero con un pequeño esfuerzo, ¡podrías ser INSOPORTABLE!».

–¡Joder!... ¡Ay! –exclamó Sharon–. Perdona. Se me ha caído en todo el vestido. No suelo decir palabrotas, aunque todos decimos alguna de vez en cuando, ¿verdad? ¿Verdad que sí?

Sharon se encaminó de nuevo hacia la barra. Tardó en volver, pero regresó con otra botella de cerveza Stingo. Se sentó dejándose caer.

–Joder –repitió.

Al cabo de un rato comenzó a contemplar la solitaria botella de Mary, evaluándola con expresión muy digna. Su mano se deslizó por la mesa.

–No sé por qué todo esto está tan muerto hoy –dijo.

Mary paseó fugazmente la mirada por todo el local atenta a sus sonidos. Se preguntó por qué la gente utilizaba con tanta frecuencia la palabra «joder» y otras similares. No eran como el resto de las palabras y las utilizaban tan a menudo que el aire parecía llenarse de graznidos. En el centro del local, dos hombres se enfrentaban a empujones rodeados por los gritos de ánimo de varios espectadores,

pero apenas podía oírse lo que decían. Mary pensó: si esto es cuando está muerto, ¿cómo será cuando esté vivo?

–Lo que pasa es que con algunos tipos... –continuó Sharon con tristeza–, bueno, se siente una especie de electricidad, ¿verdad? No hay quien se resista. A mí hay bastantes tipos que me producen esa sensación eléctrica. La verdad es que me ocurre con la mayoría. Suerte que tengo, supongo. Me gusta... –Una áspera exclamación escapó de los labios de Sharon. Se había tapado la boca con la mano, pero ya era demasiado tarde–. Ay, perdona... Quiero decir que me gusta pasar un buen rato. No hay ningún mal en ello. Aunque mira que son cabrones a veces, ¿verdad, Mary? El problema es, y mira que he estado con miles de tíos, el problema es que si andas con muchos te pegan enfermedades de esas y entonces se supone que debes parar. Y el problema es que... ¡yo no puedo! ¿A santo de qué tendría que parar? Quiero decir que, al fin y al cabo, soy una mujer joven y sana. Las lágrimas comenzaron a deslizarse libremente por sus mejillas. Mary se preguntó si las demás personas también se solían derretir de aquel modo. Sharon sorbió y añadió–: De pequeña quería ser monja. Mi madre me decía que estaría preciosa con un velo de monja. Aún puedo..., quiero decir, que nunca es tarde, ¿verdad, Mary? Nunca es tarde para cambiar. Y una se encontraría con todos esos años de felicidad por delante, ¿no te parece? El padre Hoolihan fue el único hombre que me ha entendido en mi vida. Pienso ir y... ¡Mira, ahí están! ¡Yujú, Jock! ¡Jock, estamos aquí!

Dos hombres se unieron a ellas, y Mary se dio cuenta de que se hallaba metida en un buen lío. Para empezar, al instante advirtió con toda claridad que Sharon ya no estaba de su parte, si es que lo había estado alguna vez de verdad. Sharon ya se había ocupado de ella todo lo que iba que ocuparse, así que Mary volvía a estar sola. Sharon ya no estaba de su lado. Se había pasado al lado opuesto.

Ya de por sí, aquellos hombres resultaban más que inquietantes. Jock, el de los granos, era alto, lento y grande en exceso. Su pelo negro estaba cubierto de una húmeda capa de luz. Aunque no hablaba mucho, su boca –en cuyo interior podía vislumbrarse la lengua, reposando sobre los dientes inferioressiempre se mantenía abierta. Era difícil adivinar el grado de peligro que albergaba Jock. Su compañero, que respondía al nombre de Trev, era un ejemplar más vistoso. Todo su cuerpo, pequeño y fuerte, embutido firmemente en su ropa, desprendía un brillo pecoso y acaramelado, un brillo idéntico al olor que despedía. Su pelo era de un naranja sucio y reflejaba un destello amarillo allí donde incidía la luz. Trev estaba mucho más cerca de Mary que Jock y parecía decidido a acercarse más aún. Ambos

compartían el mismo aire de desafiante desaliño. Y los ojos de ambos eran como los de Mary.

–¿De dónde la has sacado? –preguntó Trev, acariciando la mejilla de Mary con su aliento. Su voz poseía una especie de entonación ascendente que en sí no era desagradable.

–Del solar –dijo Sharon.

–¿De dónde es? –continuó preguntando.

–¡Es verdad!, ¿de dónde eres, Mary? –dijo Sharon.

Mary sintió que una ola de calor le abrasaba el rostro. Habría querido saber qué era más seguro para ella, si revelar su temor u ocultarlo.

–¿Lo veis? –dijo Sharon–. ¡No tiene ni puta idea! Eres bobita, ¿verdad, mi vida?

Mary alzó la mirada. Nuevas copas y nuevos hombres habían hecho que el rostro de Sharon se ensanchara. Aquello constituía su victoria personal. Mary supo que no debía esperar más ayuda de ella.

–Mírala –dijo Trev con voz grave. Hizo una pausa–. Mírala. La muy jodida es como una actriz de cine.

–¿A que sí? –dijo Sharon–. Cualquiera pagaría diez pavos por ella. Ánimo, Trev. Te la he lavado y todo. La última vez lo prometiste. Con Janice me lo prometiste.

–No empieces ya con la pasta, Shar –dijo Trev–. No empieces con la pasta.

–Janice era escoria –dijo Jock con su voz gutural.

–¡Pues si es lo que te estoy diciendo! –dijo Sharon–. Mary, sin embargo, es algo especial. Di algo, Mary. Anda, diles algo a los chicos.

–¿Folla? –dijo Jock.

Sharon volvió la cabeza hacia él. (¿Follo?, pensó Mary. A ver, ¿yo follo?)

–¡Claro que folla! –exclamó Sharon indignada. Mary se alegró de que Sharon aún la defendiera, pero, a continuación, Sharon se inclinó hacia Trev y dijo–: Es boba. No le importará. Con ella puedes hacer lo

que te parezca.

Mary sintió acercarse de nuevo el aliento de Trev; un aliento húmedo y fétido que casi se condensaba sobre su mejilla. Sus preguntas eran como gotitas pegajosas.

–¿Cómo te llamas?

–Mary.

–¿Cuántos años tienes?

–Soy joven.

–¿Dónde vives?

–Allí.

–¿Conque vives allí, eh? ¿Y a qué día de la semana estamos hoy?

Mary sonrió.

–¿Cuánto es dos y dos?

Mary sonrió.

–¿No tienes ningún hombre que te cuide?

–Yo...

–Eres jodidamente guapa, ¿lo sabías? Oye, Jock –dijo, sin desviar la voz ni la mirada–. Digo que es jodidamente guapa. Confieso que sabes elegir, Sharon. Ahora escucha, Mary. Nos vamos a tomar un whisky. Luego, cuando cierren esto, nos vamos a casa de Jock y te follo hasta el Día del Juicio. ¿De acuerdo?

Mary se encogió de hombros y dijo que sí. Tras ella, dominada por el paroxismo de la náusea, una máquina comenzó a escupir dinero sobre su ranura metálica.

–Hora de cerrar –gritó de manera cansina un hombre viejo yendo de un lado a otro recogiendo vasos–. Hora de cerrar. Hora de cerrar.

*

Mucho me temo que Jock y Trev son unos delincuentes. Se ganan la vida haciendo cosas tan peligrosas y tan deprimentes que pocos serían capaces de llevarlas a cabo. Todo es cuestión de dinero, por supuesto, como sucede con tantas otras cosas. Y Mary aún no sabe nada acerca del dinero.

Jock, por ejemplo, decidió cuando no era más que un muchacho que el mejor modo de obtener dinero consistía en atacar a personas débiles que ya lo tuvieran. ¿Y a qué personas débiles? Él las dividía en cuatro categorías: muchachos débiles, muchachas débiles, ancianos débiles y ancianas débiles. Unas cuantas excursiones después, se convenció de que las ancianas débiles eran las más débiles entre los débiles y, por ello, las mejores personas a las que asaltar. (También a ellas parecía importarles menos, probablemente por casi nunca tener mucho dinero.) Su ficha policial no tardó en convertirse en una lamentable y monótona relación de abuelitas abatidas. Jock solía acercarse corriendo a aquellas mujeres, las golpeaba tan fuerte como le era posible y luego intentaba huir con su dinero. El problema era que ni siquiera las más ancianas parecían en absoluto dispuestas a soltar sus bolsos; Jock detestaba tener que hurgar en el interior de aquellos bolsos de cuero agrietado mientras las viejas chillaban con ese toque presumido común a todas ellas. A veces se limitaba a golpearlas todo lo fuerte que osaba y, con el aliento entrecortado, esperaba hasta que consideraba que ya no había peligro en salir corriendo, cosa en la que era sumamente hábil, pues lo cierto era que corría muy deprisa. Aquella parte sí que se le daba bien. Cuando tenía una mala racha y Jock recordaba los contados éxitos que había tenido en su vida, se le humedecían los ojos con lágrimas de orgullo al pensar en la rapidez que había demostrado en aquellas ocasiones.

Trev es distinto: sus dos pasiones fundamentales son la bebida y las peleas. Desconoce el motivo por el cual continúa haciendo las horribles cosas que hace. A veces lo atribuye al feroz odio que experimenta hacia todo desconocido. Sin embargo, también odia a todos aquellos a quienes conoce, así que el motivo no puede ser tan solo ese. Como todo héroe auténtico, Trev posee un defecto trágico: no pelea especialmente bien, aunque afirma –y de hecho cree– que lo cierto es lo contrario. Por ello, se pasa la vida iniciando peleas, peleas que invariablemente dan por terminadas sus contrincantes. Sí gana, eso sí, las peleas que sostiene contra las mujeres, que no son pocas.

Espero que a Mary no le suceda nada. Es una vergüenza, por no decir otra cosa, que haya tenido que caer en manos de esta clase de

gente durante esta etapa inicial. Aún no está preparada para enfrentarse a ellos. Además, por si fuera poco, allí donde hay un delincuente, los policías no suelen andar lejos y lo que menos falta nos hace ahora es ver a Mary metida en un lío con ellos.

*

Echaron a andar –Jock acompañando a Sharon y Trev caminando junto a Mary– por un callejón empinado y tan estrecho que los edificios que se alzaban a ambos lados parecían apoyarse el uno en el otro en las alturas para mantenerse en pie. A Mary le sorprendía que hubieran terminado siendo esas las parejas. Había supuesto que se emparejarían por colores. Al fin y al cabo, el pelo de Sharon y el de Trev era del mismo tono anaranjado y, por su parte, Mary era tan morena como Jock. En lugar de ello, las parejas se habían formado según el tamaño, y Trev era pequeño y fuerte, como ella. Las cabezas de Sharon y de Jock también se rozaban entre sí; ambos se adelantaron un poco, explorando la oscuridad mientras, un trecho más atrás, Mary caminaba con el brazo pelirrojo del pelirrojo Trev rodeándole con fuerza los hombros. Su acompañante procuraba asegurarse de que ella no pudiera huir. Hubo un momento en que Sharon y Jock se desviaron aún más hacia la oscuridad de la noche (al tiempo que alzaban la voz en una especie de quejido extraño para permitir que los otros pudieran seguir su rastro) y Trev aplastó a Mary contra el muro e intentó cubrir su boca con la suya. ¿Veis? Otra vez las bocas. La boca de Trev era algo tan íntimo como la suya; toda humedad y mal olor. Su boca, la de ella, trató varias veces de escapar a la de él, lo que hizo que los brazos de Trev se estrecharan aún más alrededor de su cuello. Además, la boca del hombre estaba viva y no dejaba de buscar la suya. Mary comenzaba a hacerse una idea, pero aún no estaba muy segura de qué tipo de daño intentaba hacerle Trev.

–No dirás que no te cuido –dijo Sharon con tono arrogante, volviendo la mirada mientras sus pasos crujían al descender por una escalinata de piedra.

Mary –quien, por cierto, no tenía intención alguna de contestar que sí– se detuvo y parpadeó al ver un edificio medio derruido. De repente, se vio a sí misma caída de rodillas y llorando desnuda al otro lado de una puerta que alguien se había apresurado a cerrar. Sintió en sus hombros el acoso apremiante de Trev, quien se hallaba a punto de

conseguir lo que deseaba de ella.

–Vamos, Mary. Ya hemos llegado.

Mary inclinó la cabeza y continuó descendiendo los escalones.

Más tarde, al intentar recomponer las diferentes partes de aquella larga noche, descubrió que los recuerdos acudían a ella como impulsos palpitantes de imágenes y latidos... Una estancia oscura y rancia sobre una de cuyas paredes se dibujaba un halo cuadrado de luz lechosa. Pesadas botellas marrones pasaban de mano en mano junto con unos cacahuetes blancos que los demás se tragaban. Sharon de pie, tropezando, brincando a la pata coja, quitándose el vestido por la cabeza con un chisporroteo eléctrico, dejándose vencer de nuevo por una risa despreocupada y desapareciendo con Jock tras un biombo. A continuación, el lento ataque de Trev. Mary ignoraba qué deseaba, no comprendía qué buscaba.

–Relájate. He dicho que te relajes –dijo.

Buscaba, buscaba, tanteando su piel en busca de sus brechas. Quizá habría forcejeado menos de haber sabido lo que él pretendía. Ya le había golpeado dos veces en la boca. Ella pensó que quizá aquello formara parte de todo aquel proceso. Oyó un sonido metódico y jadeante que procedía de detrás del biombo. Intentó vaciar su cuerpo de toda su capacidad de resistencia. Comenzó a comprender. Los dos puntos rojos y húmedos del hombre intentaban acercarse cuanto fuera posible a ella, esos dos puntos intentaban penetrar en ella. Las dos lenguas de él buscaban sus dos bocas. Puedo soportarlo, pensó; pero había más. Se vio tumbada de un modo diferente, de costado y con las piernas abiertas, mientras él comenzaba a preparar algo sumamente complicado en el punto de unión de su cuerpo. Se mordió la mano para distraer el dolor. Aquello era nuevo, desde luego. Era peor. Aun en ese momento, recordó algo: sentada en cuclillas sobre el suelo del garaje, una botella que aún chirriaba al rodar sobre su eje, Impy contemplándola y Sharon diciendo que todo el mundo lo hacía. Trev soltó una carcajada y dijo:

–Zorra asquerosa, tú ya has hecho esto antes. Y tanto que ya lo has hecho antes.

Mary no podía creer que ya hubiera hecho aquello antes: lo que sí sabía es que no deseaba volver a hacerlo jamás. De repente, el cuerpo del hombre sufrió una tensa convulsión y ella sintió una exhalación

fétida sobre sus hombros. A continuación, el hombre se dejó caer de costado, saliendo y separándose de ella.

–Despiértame dentro de una hora –dijo–. Con la lengua.

Durante un rato, Mary no se movió. Estoy muerta, pensó. Me ha matado. ¿Por qué? ¿Cómo ha podido atreverse? Y, dentro de poco, va a matarme de nuevo. Así que, tan pronto como oyó las toses que anunciaban el despertar de Trev, la idea acudió a su mente como la cosa más obvia del mundo. No, pensó, a mí no me matará: a él, yo lo mataré a él. Rápidamente, tanteó entre los escombros que había por el suelo. Encontró un ladrillo en forma de cuña, un ladrillo pesado y afilado. Le golpeó dos veces y ambas pudo oír un crujido. Le golpeó en la boca, por supuesto. ¿Dónde, si no?

Ya estaba lista cuando Sharon y Jock se levantaron. También ella había dormido un poco… y el pasado había vuelto a agredirla mientras estaba inerte e indefensa. Permaneció sentada contra la pared, abrazándose las rodillas. Trev yacía en el rincón opuesto, doblado sobre sí mismo y silbando al respirar. Mary ya había inspeccionado su rostro fríamente –la parte inferior era un pingajo sanguinolento– y le había dado la vuelta de modo que descansara contra la esquina de piedra de la chimenea en desuso. Esperó. Finalmente, Sharon y Jock resucitaron de su sueño y, al apartarse el uno del otro, se oyó un crujido y emitieron un gemido ahogado de dolorido reproche.

Y al instante vio a Jock, ya en pie en el centro de la habitación, completamente desnudo y jadeando débilmente.

–Dios mío, ¡qué golpe se ha dado Trev! –dijo.

–Lo siento –dijo Mary, que ya se hallaba dispuesta a explicar lo que había hecho y el porqué.

–No es culpa tuya. –Se aproximó–. Este Trev se vuelve loco de atar cuando bebe. –Se arrodilló ante él–. Joder, el tío se ha partido la boca –dijo, volviéndose hacia Mary medio confuso.

–Vamos, Mary –dijo Sharon desde la puerta.

Sharon la contemplaba con indiferencia. Se había marchado. Se había pasado al otro lado.

Mary corrió hacia el exterior. Aún no había conseguido abrir los ojos a la luz cuando notó una mano de hierro que la sujetaba por el hombro y la empujaba hacia la calle. Alguien oprimía el pecho contra su espalda y Mary pensó, lógicamente, que volverían a follarla.

–Pura rutina, preciosa –dijo una voz masculina con tono indolente–. Relájate y no pasará nada. Enseguida nos ocupamos de ti.

Reduciendo la presión de la mano, la condujo hacia un autobús negro en uno de cuyos laterales estaban tranquilamente apoyados dos hombres vestidos con un traje azul con botones plateados. El autobús se abrió para recibirla.

–Salía en este momento, señor. Vamos, guapa, adentro.

Mary obedeció. Las puertas volvieron a cerrarse. Se sentó sobre el estrecho banco y se rascó el pelo. Un rayo de sol le sonreía a través de los barrotes de las ventanas. Transcurrieron un par de segundos confusos antes de que Mary advirtiera que no estaba sola. Sintió su aliento antes de verle: una figura cuadrada que permanecía sentada en el banco opuesto. Tuvo que colocarse la mano a modo de visera para poder ver sus ojos, un fulgor verdoso en el negativo de la sombra.

–Nombre –dijo.

–¿Qué nombre?

–El tuyo. ¿Cómo te llamas?

–Mary.

Suspiró.

–¿Cómo te apellidas, Mary?

–Mary Lamb. –«Mary Lamb suena bien», pensó Mary.[1]

–Suena bien –dijo él–. Por lo menos, suena inocente. Yo ya te he visto antes, ¿no? Yo a ti te conozco.

–Yo a ti no te he visto antes –dijo Mary. Hubo un largo silencio y Mary comenzó a notar de nuevo que le faltaba riego en la cabeza.

–¿Cómo has venido a parar aquí, joven Mary Lamb? Esta gente no es de tu clase, ¿verdad que no?

–No. No lo creo.

–En ese caso, permanece junto a los tuyos. Escucha. Si vuelvo a verte, habrá problemas. Montones de problemas. ¿De acuerdo? Anda, largo de aquí.

–Gracias.

El hombre abrió la puerta de una patada.

–Déjala marchar, Dave –dijo–. Esta no tiene nada que ver con ellos.

Mary caminó muy erguida calle abajo, sintiendo el escozor de multitud de ojos en su espalda. Tan pronto dobló la segunda esquina, se apoyó en un muro y se sujetó la frente con la mano. Lo más extraño de aquel hombre era su aliento. El olor de su aliento se estaba de algún modo relacionado con su recuerdo más antiguo: un recuerdo de hacía dos días, cuando se había despertado en aquella habitación blanca. Ahora lo recordaba. Había alguien junto a ella cuando se despertó; alguien que le había preguntado si se encontraba bien y que le había dicho que se cuidara y que fuera buena... Bueno, lo intentaré con todas mis fuerzas, pensó. Y, entonces, echó a andar de nuevo.

Había otra cosa que también ocurría con su aliento. El aliento de todos los demás estaba vivo, pero el suyo no. Su aliento estaba muerto.

Parte segunda

5. GANANDO TERRENO

–¿Más té, cariño?

–Sí, por favor –dijo Mary.

–Entonces, ¿cómo te encuentras?

–Bien, bien. Cada vez me encuentro mejor.

–Ya vas volviendo en ti, ¿verdad, pequeña?

–Sí, un poco... –mintió Mary.

–No es más que cuestión de tiempo –dijo la señora Botham con aire pensativo–, tan solo cuestión de tiempo...

Seguida de cerca por la mirada y la sonrisa de Mary, la señora Botham se arrastró de regreso a su sillón; su infranqueable sillón, encajonado en el rincón junto al fuego de llamas de mentira. «Cojear» era una palabra que apenas describía acertadamente (reflexionó Mary con frialdad) el espectacular desequilibrio de los andares de la señora Botham: caminaba como uno de esos muñequitos andadores de cuerda. Mary atribuía ese fenómeno al hecho de que una de las piernas de la señora Botham era más o menos el doble de larga que la otra. La pierna normal disponía de una extensión propia que semejaba un ladrillo negruzco, pero con ella apenas conseguía compensar su disparidad con la pierna larga, la cual, permanentemente combada en un arco compasivo, en todo momento parecía avergonzada de su propio despilfarro. El señor Botham –y Gavin, naturalmente– hablaban de algún mal indeterminado que había afectado a la pierna de la señora Botham hacía ya tiempo. Algo que respondía a un nombre oscuro y que se había encargado de alargarle una de las piernas. Nadie mencionó cómo había sucedido aquello ni por qué.

–Una vez conocí a una señora en la clínica –dijo la señora Botham, inclinando la cabeza en un gesto solícito– que una noche se dio un golpe en la cabeza: decía que no podía recordar nada, ¿sabes?, o casi nada.

–Seguro que andaba curda –dijo Gavin quien, siguiendo su costumbre, permanecía sentado en el sofá, a poca distancia, hojeando una revista repleta de hombres deslumbrantes y semidesnudos. Todos

ellos habían tratado de esculpir su cuerpo y en todos los casos el resultado había sido un desastre espantoso.

La señora Botham volvió la cabeza hacia su hijo.

–¡No estaba curda, Gavin! Quiero decir, borracha –añadió, volviéndose con una sonrisa hacia Mary–. Tenía amnesia. ¡Tenía la mente completamente en blanco! Por la mañana ya no era capaz de reconocer a nadie, ni siquiera a su propio marido, un hombre que no dejaba de abrazarla, ni a sus hijitas, Melanie y Sue.

–Eso no es amnesia, madre –dijo Gavin.

Los rasgos de la señora Botham, que hasta entonces habían parecido resignados a una melancólica somnolencia, adquirieron una expresión severa y recelosa.

–Y, entonces, ¿qué es?

–Lo llaman resaca –dijo Gavin, sin levantar la vista.

–¿Por qué te comportas de este modo con tu propia madre, Gavin? ¿Por qué? Dime por qué, Gavin, te lo ruego.

Gavin pasó otra página de la revista y otra minúscula cabecita emergió de su fortaleza con una sonrisa.

–Porque eres una alcohólica, madre –dijo.

–No lo es –dijo el señor Botham quien, siguiendo su costumbre, había permanecido en silencio contemplándolos con cariño desde la mesa–. Es una exalcohólica.

–Ay, no, querido –dijo la señora Botham, al tiempo que su rostro se iluminaba una vez más–, ahí es donde te equivocas. Los exalcohólicos no existen...

–Solo los alcohólicos.

–Solo los alcohólicos.

–Solo los alcohólicos –dijeron todos a una.

–¡Y ella era amnésica! –dijo la señora Botham, dirigiéndose a su hijo–. Y, además, al fin y al cabo, tú no eres más que un marica.

–Exacto, madre –dijo Gavin, pasando otra página.

–¿Te das cuenta, Mary? –dijo la señora Botham–: el alcohólico ya es alcohólico para siempre. ¡Ay, si hubiera podido convencer a Sharon para que fuera conmigo a Alcohólicos Anónimos! Pero jamás quiso ir. Andaba demasiado bebida todo el tiempo. ¿Sabías, Mary, que el verdadero alcohólico –dijo cerrando los ojos al llegar a este punto– no teme a nada? A nada. Oh, yo le di a todo, Mary, lo confieso. Licores metílicos. Trementina. Loción para después del afeitado. A todo. Limpiadores de plata. Herbicidas. Aguarrás. Detergente de fregar platos. Todo. Desinfectante. Colonia. Jarabe para la tos. Descongestivos nasales. Limpiacristales. Colirio. He probado todo. ¿Te das cuenta? Eso ocurrió antes de que yo comenzara a valorar mi sobriedad por encima de todo. Para mí, la sobriedad es un tesoro. ¿Alguna vez has buscado la palabra sobriedad en el diccionario, Mary? ¿Dime, la has buscado? Pues fíjate, no solo quiere decir no estar borracho. Sobrio también significa honesto, apacible, moderado, tranquilo, sano, digno, templado, modesto, honesto...

Mary adoptó una postura más cómoda. Hacía media hora que la señora Botham le había explicado el valor que le daba a la sobriedad, pero en ese momento ya estaba tan borracha que no se acordaba de sus palabras o quizá todo le diera igual. A Mary no le importaba. Fijó la mirada en el rostro entumecido de la señora Botham, en cuyos rasgos reconoció a Sharon, y recurrió a una técnica que había ido perfeccionando esos últimos días. Cuando la señora Botham te hablaba, bastaba con mirarla, no era preciso escucharla. A la buena mujer no parecía importarle. Para ella, lo principal era hablar. No lo hacía tanto por los demás como por ella misma, a la señora Botham no le costaba reconocerlo. Muchas veces comentaba lo agradable que resultaba charlar con Mary. Decía que eso era lo que más le gustaba: tener a alguien con quien hablar.

De cuando en cuando, Mary echaba una ojeada a su alrededor o enviaba a sus inquietos sentidos a hacer la ronda por el salón. Sobre la mesa descansaban el plato vacío de color azul, la tetera y toda la familia de esta última. Todas las noches, a las nueve en punto, la señora Botham se metía en la cocina y cerraba la puerta tras ella. Decía que la horrorizaban las noticias de las nueve. Mary no se lo reprochaba. También a Mary le daba miedo la televisión. Aquella ventana, al otro lado de la cual podía suceder de todo, la superaba, razón por la que Mary trataba de mantenerse alejada de apartada de la misma. Más tarde, a las nueve y media, la señora Botham reaparecía protagonizando un desfile triunfal, portando sobre la bandeja una pequeña metrópoli compuesta por dos pilas gemelas de tostadas que rezumaban mantequilla, un té rosado aún en ebullición y tan fuerte que te hacía chillar y unas galletas de un color oscuro

similar al de los perros dormidos dibujados en la lata que las contenía. Según Gavin, la señora Botham siempre se emborrachaba cuando estaba sola en la cocina. Mary le creía. Lo cierto es que regresaba sumamente ansiosa por hablar del tema de la sobriedad, pero a Mary no le importaba. Sentía un gran agradecimiento hacia la señora Botham por todo lo que había hecho por ella y por el modo en que la había acogido.

–No te preocupes –le dijo Gavin a Mary la primera noche–. Soy marica.

Debían compartir una habitación con una cama. Mary seguía aterrorizada. No veía motivo por el cual no terminaría otra vez follada.

–¿Qué significa eso exactamente? –preguntó.

–Significa que me gustan los hombres. No me gustan las mujeres.

–Lo siento –dijo Mary.

–No te preocupes –repitió, contemplándola con sus ojos profundos–. Tú sí me gustas, pero no quiero follar contigo ni nada por el estilo.

–Me alegro –musitó Mary para sus adentros.

–La verdad es que es una lata –dijo Gavin, quitándose la camisa. También él había procurado esculpir su cuerpo, y el resultado no era tan lamentable como el de los hombres que aparecían en las revistas–. Se supone que no pasa nada porque a uno le gusten los hombres, pero a mí no me gusta. No me gusta que me gusten.

–¿Y por qué no lo dejas?

–Bien pensado, Mary. Mañana mismo lo dejo. –Y suspiró antes de decir–: Conozco a un tipo aún más homosexual que yo. Solo le gustan los camareros españoles. Nada más. Quiero decir que ni siquiera le gustan los camareros italianos. «Qué curioso», le dije yo, «a mí me gustan de todas las clases», le dije yo. Me dijo que tenía mucha suerte, pero no es cierto. Tan solo ocurre que no tengo tan mala suerte como él, pero eso no significa que tenga mucha suerte. ¿Tú puedes..., consigues recordar qué es lo que te gusta?

–No –dijo Mary.

–Resultará interesante, cuando lo averigües.

–Quizá a mí también me gusten los hombres.

–Y por eso no serás homosexual.

–¿No?

– Ya veremos. Buenas noches, Mary.

–Eso espero –dijo ella.

*

A los homosexuales les gustan los hombres más que las mujeres debido a que les gustaba más su madre que su padre. Esa es una de las teorías. Ahí va otra: a los homosexuales les gustan más los hombres que las mujeres porque los hombres son menos exigentes, más sociables y, sobre todo, más baratos que las mujeres. Lo único que ansían los homosexuales es protegerse de las tormentas menstruales. En fin, ya sabéis cómo son los homosexuales.

Mary tampoco tardará en saberlo. Por el lugar en que se halla, no me cabe la menor duda de que aprenderá muy rápido. No podía haber encontrado nada mejor que los Botham. Los Botham no la asustan y, lo que es más importante, ella tampoco los asusta a ellos.

De hecho, la señora Botham es la única convencida de que Mary es amnésica: de ahí su constante defensa de tan impopular teoría. Gavin, el miembro de la familia que más tiempo pasa con ella, ha llegado a alcanzar la vaga certeza de que sufre alguna forma de retraso: según él, Mary posee la mente de una niña de doce años extraordinariamente despierta, curiosa y sistemática (a menudo se sorprendía a sí mismo pensando que cuando creciera sería una muchacha muy inteligente). Por último, por diversas y poderosas razones personales, el señor Botham abriga el secreto convencimiento de que Mary es absolutamente normal en todos los aspectos. Sin duda, el propio señor Botham constituye un enigma en sí mismo. Muchas personas (vecinos y gente así, Mary, acaso vosotros mismos) presumen que debe de tratarse de un hombre dotado de un nivel de inteligencia espectacularmente bajo. ¿Cómo, si no, puede habérselas arreglado para vivir con una alcohólica durante treinta años? La respuesta es

que el propio señor Botham ha sido un alcohólico veintinueve de esos treinta años. Ese es el motivo por el que se ha mantenido unido a la señora Botham durante tanto tiempo: cuando ella estaba borracha, él también lo estaba.

Ahora, no obstante, Mary ganará terreno enseguida. Si alguna vez filmáis una película acerca de su siniestro misterio, necesitaréis gran cantidad de música progresiva para subrayar la renovación que está experimentando en manos de los Botham. La paradoja es que disfruta de ciertas ventajas con respecto al resto de las personas. Sus percepciones, aún no distendidas por la acción del tiempo, no se hallan condicionadas por la repetición: resultan multiformes, instantáneas y aleatorias, como el propio presente. Ella es capaz de cosas de las que nosotros no seríamos capaces. Si echamos un vistazo a una calle desconocida, ¿qué vemos? ¿Un conjunto de formas, figuras y luces y la presencia o la ausencia de movimiento? Mary ve una ventana tras la que asoma un rostro, el entramado de los adoquines y las tuberías de desagüe, y el reparto de esas sombras responde al aspecto de todo el firmamento. Cuando contemplamos la palma de una de nuestras manos vemos sus cinco o seis surcos centrales, así como sus principales afluentes, pero Mary es capaz de percibir la totalidad de sus innumerables contornos y conoce todos ellos con la misma certeza con la que nosotros conocemos el perfil de nuestra dentadura. Es capaz de decir el número de veces que se ha contemplado las manos: ciento trece veces la mano izquierda y noventa y siete la derecha. Es capaz de reconocer la semejanza entre el velo de humo que surge de una puerta y una de las arrugas que forma su manta al deshacer la cama. Todo ello parece poseer cierto sentido para ella. Cuando no se recuerda el pasado, el presente se torna inolvidable.

Mary siempre sabe qué hora es sin necesidad de mirar el reloj. Y, sin embargo, apenas sabe nada del tiempo ni de los demás.

*

Aun así, ahora ganaba terreno rápidamente.

Llegó a conocer bien la montañosa topografía de su cuerpo: los siete ríos, los cuatro bosques, la música atonal de sus entrañas. De tanto observar al señor Botham –quien solía hacerlo de modo

frecuente y expresivo–, aprendió a sonarse la nariz. Su cuerpo dejó de sorprenderla. Se mantuvo imperturbable incluso frente a la primera aparición de sangre menstrual. La señora Botham hablaba de esas cosas a todas horas y Mary se hallaba preparada para afrontar prácticamente cualquier desastre. (La señora Botham vivía obsesionada por los espantosos tormentos que acechaban a lo largo de lo que ella denominaba con tono amenazador «el Cambio». El Cambio no era algo que a Mary se le antojara demasiado interesante de experimentar y confiaba en que faltara mucho tiempo hasta que le tocara sufrirlo a ella.) Le comentó a la señora Botham la cuestión de la sangre y, con su característica falta de pudor, la puso al corriente acerca de las medidas que había de tomar al respecto. La solución le pareció sumamente ingeniosa. Sí, puede decirse que en conjunto Mary se sentía bastante satisfecha con su propio cuerpo. El mismo Gavin, experto en todo lo relacionado con el culto al cuerpo, sentenció que, salvo por sus tríceps Mary tenía muy buen cuerpo. En cambio, Mary no pensaba que el cuerpo de Gavin hubiera conseguido los objetivos que se había marcado su dueño, siempre con sus mancuernas, sus extensores pectorales y sus pestilentes camisetas, pero ella dio por sentado que Gavin sabía de lo que estaba hablando. En el barrio donde vivían había muchísimos cuerpos en malísimo estado, cuerpos con pedazos de más o de menos; cuerpos retorcidos y cuerpos estirados. Mary, por tanto, se encontraba muy satisfecha del suyo propio que, desde luego, resultaba sumamente interesante.

Comenzó a leer en serio.

Al principio se sentía algo cohibida por desconocer el grado de intimidad de la lectura. Siempre estaba atenta a cuanto leían los demás y, en cuanto le era posible, ella también leía eso mismo en secreto.

El señor Botham solía leer un pringoso fajo de sucio papel gris que aparecía y desaparecía diariamente y cuyo nombre nunca era el mismo. Había fotografías de mujeres desnudas y, en las últimas páginas, se compraban y vendían hombres –mujeres no, las mujeres costaban un montón de dinero–. En las páginas centrales, había alguien llamado Stan que hablaba siempre de la batalla librada entre el cáncer y Mildred, su esposa. Al final, había vencido el cáncer, pero el heroísmo de seres como Stan y Mildred no conocía la derrota. El resto de páginas estaba dedicado a otros lugares, algunos (quizá) no demasiado lejanos. Se hablaba de tremendas desigualdades económicas, de muertes, de cataclismos y de premios de lotería. Costaba mucho leer aquello, pues las palabras nunca casaban con la forma o el tamaño que cabría esperar de ellas. La señora Botham leía

folletos que le enviaban desde Alcohólicos Anónimos, folletos de los que ella siempre hablaba con gran ternura. En todos los folletos aparecían alcohólicos y esos alcohólicos decían las mismas cosas que solía decir la señora Botham. Incluían escalas y gráficos acerca de los hábitos propios de los alcohólicos: bebían solos, mentían, robaban, temblaban y padecían alucinaciones en las que veían ratones y elefantes rosados. A continuación, olvidaban todo y, finalmente, morían, pero todo terminaba bien si uno depositaba su confianza en Alcohólicos Anónimos y en Dios.

Gavin pasaba un montón de tiempo hojeando desdeñosamente sus grasientas revistas, pero en el armario de su dormitorio había otras cosas que a veces consultaba o revisaba. Se trataba de libros y resultó que era en los libros donde se conservaba el lenguaje. Algunos eran del colegio; otros habían sido adquiridos para un curso nocturno que Gavin no tuvo ánimo de terminar; otros habían llegado allí por la imposición de un amigo suyo, poeta y soñador. A Mary le sorprendió bastante descubrir que Gavin había asistido al colegio durante once años y que, aun así, se consideraba a sí mismo una persona lamentablemente poco instruida. Jamás habría imaginado que pudiera haber tantas cosas que aprender. Gavin le dijo que podía coger sus libros cuando quisiera y, en cierto grado animada por sus gestos de asentimiento y por algún que otro comentario entre gruñidos, ella se lanzó de lleno a su lectura.

Los libros eran difíciles. Leyó Las grandes tragedias de William Shakespeare. Trataba acerca de cuatro hombres melifluos, dominados por el ansia de poder y la histeria, que vivían en sitios enormes y desapacibles donde desplegaban sus discursos atemorizados; hombres que acababan siendo asesinados con astucia por mujeres que se servían de una cebolla, un acertijo, un pañuelo y un botón. Leyó Una antología de Dickens, que trataba de ciertas zonas de Londres que ella aún no conocía. En todas las historias aparecían un amable jovencito y una amable jovencita que habían de abrirse paso entre una multitud de canallas vehementes, cómicos desfigurados y severos patriarcas hasta que, por fin, tras una enfermedad, una separación o un largo viaje por mar, volvían a reunirse y vivían felices para siempre. Leyó La rima y la razón: Introducción a la poesía inglesa. Trataba acerca de un mundo amplificado, compuesto de simetrías e impresiones huidizas; se hallaba cubierto por una capa, una suerte de revestimiento hasta entonces desconocido para ella y que sabía que nunca lograría atravesar. Las palabras desfilaban una tras otra hasta llegar al final de la línea, repicaban allí como un carillón, regresaban de un salto hasta el principio y volvían a emprender la marcha con renovadas fuerzas, guardando una armonía absoluta con aquello, fuera lo que fuese, que

determinaba su función. Leyó Lo mejor de Jane Austen. Las seis historias de las que se componía le hablaron en un lenguaje más directo que todo cuanto había leído hasta entonces. En todas ellas ocurría lo mismo: la muchacha amaba a un hombre malo que parecía bueno y, más tarde, se enamoraba de un hombre bueno que parecía malo, con quien, como cabía esperar, finalmente se casaba. ¿Cuál era el problema de los hombres malos que parecían buenos? Eran poco varoniles y embusteros y, al menos en dos claros ejemplos, se dedicaban a follar a otras. Mary releyó una de aquellas historias y se preguntó con cierta ansiedad si las cosas podrían ser de modo diferente a como habían sucedido la primera vez. Sí, leyó que podrían ser distintas y eso la tranquilizó enormemente. Leyó El arcoíris, Lo que Maisie sabía y dos volúmenes gruesos y brillantes que trataban de los desastres naturales y las especies en peligro de extinción. En un momento dado se dijo que los libros no trataban acerca de otros lugares, sino acerca de otras épocas, el pasado y el futuro. Sin embargo, al contemplarlos más de cerca, observó que el libro de Shakespeare era mucho más nuevo que el de Lawrence, lo cual resultaba absurdo. No, los libros trataban, efectivamente, acerca de otros lugares.

¿Dónde se hallaban? ¿Hasta dónde se alargaba la vida? Podía ser eterna o podía detenerse de golpe al volver la primera esquina. Al otro lado del río había un lugar llamado el Fin del Mundo, que durante mucho tiempo representó el límite de la vida en la mente de Mary. (Algo parecido sucedió el día que oyó en la televisión que en Kentish Town se estaban librando batallas con ametralladoras y carros de combate. Cuando por fin descubrió que la lucha tenía lugar en el Kurdistán, sintió un gran alivio.) Se preguntaba dónde estaría el fin del mundo y si dicho fin estaría constituido por una capa de niebla, por altas barreras o tan solo por la ausencia de todo. ¿Moriría quien entrara allí? A menudo se agotaba dejando vagar sus pensamientos por el cielo, más allá de los hinchados juguetes infantiles que flotaban en el aire, hasta alcanzar el azul infinito y liminal. Ahora ya sabía algunas cosas acerca de la muerte. Sabía que era algo que les sucedía a todos, absolutamente a todos, sin excepción alguna. Por supuesto se trataba de algo malo que no gustaba a nadie, pero nadie sabía a ciencia cierta cuánto dolía, cuánto duraba o hasta qué punto constituía el fin de todo o el principio de algo diferente. Mary pensó que no podía ser tan mala cuando la gente la ponía en práctica constantemente.

Mary solía pasear, a veces con Gavin, a veces con la señora Botham y a veces sola, por las calles de Londres, por el sur de Londres, hasta alcanzar el río, en ocasiones hasta el parque Common, tallando poco a

poco un rastro familiar por el entramado de callejuelas desvencijadas, solares destripados y elevados tramos aislados de cemento armado. Hacía falta recorrer al menos siete veces el mismo sitio para que este dejara de inspirar temor. Conocer a otras personas le era de gran ayuda y, transcurridos unos días, Mary ya conocía a bastantes que la saludaban con la mano al pasar junto a ellas o le dirigían la palabra cuando acudía a las tiendas para intercambiar dinero por mercancías bajo la severa pero poco metódica tutela de la señora Botham. En esas salidas rutinarias Mary se sentía invadida por emociones desmesuradas. Le bastaba un gesto amable por parte del tendero para no perder la sonrisa en toda la tarde; las lágrimas asomaban a sus ojos y se sumía el resto del día en una niebla de melancolía si el lechero no le devolvía la mirada. Una mañana, frente al quiosco del vendedor de periódicos, Mary experimentó una breve excitación ante unas revistas como People, Life, Woman y Time, pero al final no resultaron ser como ella había imaginado por los títulos de las mismas. También estas trataban acerca de otros lugares.

En las tiendas todo el mundo hablaba de dinero. Últimamente, el dinero había hecho algo irremisible: nadie parecía capaz de perdonarle lo que había hecho. No obstante, Mary lo disculpó en secreto. El dinero le parecía una buena cosa. Le gustaba que pudiera ser ahorrado al tiempo que se gastaba. Mary llegó a adquirir un buen olfato para las ofertas, especialmente en el supermercado, donde, de todos modos, no paraban de animarte a comprar con descuentos. La señora Botham les contaba a todos cuánto dinero ahorraba gracias a Mary. Teniendo en cuenta que no hacía más que gastar y gastar, consideraba que la cosa tenía su mérito. Aun así, la señora Botham no cedía y jamás perdonaría al dinero. Odiaba el dinero; sí, lo detestaba. No dejaba de despotricar contra él.

Además de todo ello, entre otras cosas, Mary aprendió algo acerca del cristal, el deseo, el vudú, la paz, la lotería, las bibliotecas, los laberintos, la venganza, la fruta, los reyes, la risa, la desesperanza, los tambores, las diferencias, los castillos, el cambio, los juicios, América, la niñez, el cemento, el gas, las ballenas, los remolinos del viento, la goma, el olvido, los tíos, el control, el otoño, la música, la enemistad y el tiempo.

La vida era buena; la vida era interesante. Tan solo una cosa la mantenía preocupada: el sueño.

–Buenas noches –dijo Gavin, aún jadeando rítmicamente por las

cincuenta flexiones con las que siempre daba por terminado el día.

–Eso espero –dijo Mary.

–Oye, ¿por qué siempre dices lo mismo, «Eso espero»?

–Porque es la verdad. Espero pasar una buena noche. Hasta ahora no he tenido una buena noche.

–¿Y eso? ¿Tienes pesadillas o qué?

–Sí, creo que debe de ser eso.

Había esperado que el sueño fuera algo monótono y ordenado, pero para ella no lo era. Sus días tenían su propio orden, ordenados eran los días de todo el mundo, pero sus noches no tenían rumbo alguno y estaban dominadas por el terror.

Mary sabía que los demás tenían a veces malos sueños, pero estaba convencida de que de ningún modo podían ser tan malos como los suyos. Le sucedían cosas increíbles mientras dormía. Hora tras hora, por más que, si de ella hubiera dependido, se habría rendido a aquellos sueños, su mente luchaba en la oscuridad para alejarlos, pero esa mente suya se negaba a escucharla: su mente golpeaba y golpeaba y, dominada por el frenesí, le enviaba realistas imágenes cortadas de una gran tristeza y de caos fluorescente, imponiéndole el doloroso deber de resolver crisis y calmar deseos y arrastrando tras ella alfabetos de juguete en los que las letras p y q eran venenosas. Luego, la envolvían los sueños y se veía obligada a sufrirlos contra su voluntad.

Intuía que los sueños procedían del pasado. Ella jamás había visto ninguna playa roja salpicada de charcos e iluminada por un sol tan furioso y variable. Nunca había sentido tantísima velocidad como para que su nariz recordara después el fuerte olor del aire candente. Y los sueños terminaban siempre destrozándola: descendían como una cortina de humo negro y la despedazaban nervio a nervio.

Y ella rogaba que así fuera y deseaba más.

6. LOS OJOS DE LA LEY

–Moderación –dijo la señora Botham–. Templanza. Calma. Discreción. No estar continuamente borracho. ¡En eso consiste la sobriedad, Mary! Y quien pierde la sobriedad lo ha perdido todo. ¡Lo reconozco, ay, lo reconozco, Mary! Betún, champú, Mistol, Glassex, Harpic...

En el aire flotaba un dulce aroma a té y tostadas. La televisión destellaba y emitía un ruido sordo acerca de otros lugares, captando, menuda ironía, la atención del señor Botham. Gavin descansaba junto a Mary con una revista en el regazo. Las brillantes páginas desplegadas ante él mostraban una nueva clase de personas, un hombre con todo el cuerpo cubierto de pelo. A juzgar por la expresión de aquel hombre, las personas de esta clase, tan escasas en número y tan imponentes de aspecto, gozaban del aprecio general. Gavin había dejado caer uno de sus brazos sobre el regazo de Mary y a Mary le gustaba que estuviera ahí. También le gustaba que el señor y la señora Botham estuvieran donde estaban. Le gustaba el fuego, con sus llamas de mentira. Olía el aire y le gustaba su sabor. Estoy bien, pensó. Contempló la gibosa tetera y su disciplinada familia; contempló los graciosos sillones, con sus altos hombros desplegados como alas en un gesto de artrítica bienvenida. Con esto me basta, pensó Mary. ¿Por qué tendría que terminar?

*

Por lo siguiente.

Cien metros más abajo de aquel adosado de piedra, en un solar rodeado de tres muros y poblado de muebles viejos y cochecitos destrozados, Jock y Trev están agachados el uno frente al otro, jadeantes de astucia y atragantados de adrenalina y de alcohol. Sus miradas se cruzan para decidir cuándo es el momento de lanzarse. Poco a poco, Trev comienza a reírse disimuladamente en la oscuridad...

No deja de ser el suyo un noble objetivo: entrar corriendo en el hogar de los Botham, causar a este y a sus ocupantes tanto daño como

razonablemente les sea posible durante los pocos minutos de destrucción que se han concedido de antemano… e infligir a Mary, a nuestra Mary, ese daño tan singular que ella teme. Quizá finalmente tengan que llevarse a Mary consigo cuando se marchen. Trev, por ejemplo, tiene unas cuantas cosas que querría hacerle a Mary y necesita tiempo y calma para hacerlas realidad.

«Tú te encargas de ellos dos y yo me encargo del marica», ha jadeado el pelirrojo Trev a su amigo hace unos segundos. El gran Jock, a quien no le apetece lo más mínimo emprender semejante aventura, ha escuchado las palabras de Trev con bastante alivio. «Ellos dos» significa el señor y la señora Botham y el señor y la señora Botham son viejos. A Jock se le dan muy bien los viejos. Lo suyo son los viejos. Jock se ha metido en esto solo por lo mucho que lo desea Trev. Trev imagina que Jock desea hacerlo tanto como él mismo y, la verdad, él mismo lo desea muchísimo.

Como si se tratara de un viejo cetáceo enfermo, la lengua de Trev se agita con un movimiento inútil entre los escollos y las lapas que pueblan su boca. Recuerda aquella noche; recuerda lo que él le hizo a ella y lo que ella le hizo a él. Desde aquel día, su boca no ha cesado de rugir y palpitar, como un acantilado infernal de raíces desolladas y nervios destrozados. Trev aún no está muy seguro de qué fue lo que le hizo Mary, pero sabe con absoluta certeza lo que él piensa hacer con ella. La va a volver del revés. «Vamos», dijo Trev.

El tiempo es una carrera, una carrera cada vez más rápida. Si se escucha con atención es posible oír el jadeo de cada segundo en su intento por no quedar rezagado. ¡Hacedlo! Escuchad. El tiempo es una carrera de relevos, sesenta tras sesenta, en la que todos los segundos corren, entregan el testigo y se detienen exhaustos tras haber concluido su propia etapa. El tiempo también acabará, algún día. El tiempo, ¿sabéis?, también se terminará algún día, gracias a Dios. Todo, vuestros huesos, el aire mismo… Todo desaparecerá algún día con el tiempo.

*

Tan pronto como oyó la llamada en la puerta, Mary sintió una serena inminencia de cambio. Ya era tarde. El señor y la señora Botham se enderezaron al unísono, y Gavin se estiró con un gruñido,

alzando la mirada de su revista. El salón adquirió un aspecto desnudo y único ante los ojos de Mary, un carácter fugitivo que no obstante iba a eternizarse en su mirada. En ese instante supo que había perdido aquel salón con todo lo que contenía.

–Como sea Sharon... –masculló la señora Botham al tiempo que su marido se incorporaba–. Que Dios me perdone, pero te juro que la mato.

El señor Botham pasó junto a Mary al dirigirse a la puerta. Su rostro reflejaba con toda claridad que no se le había pasado nada por la cabeza. Lentamente, recorrió el pasillo. Tampoco había prisa, abrir, abriría... Oyeron cómo la puerta se abría. Oyeron el grito ascendente y ahogado del señor Botham y, a continuación, un golpe sordo en dos partes. La segunda parte retumbó con un sonido más abrupto que la primera. A la señora Botham solo le dio tiempo a gritar antes de que los hombres irrumpieran en el salón.

Mary lo vio todo.

Dominado claramente por el desconcierto y la angustia, Jock se vio a sí mismo en cabeza. Trev se había entretenido dando unos cuantos sonoros pisotones más en el pasillo. Acuciado por el tiempo, Jock atravesó patéticamente el salón y comenzó con la señora Botham. Al instante, como si fuera una reacción eléctrica, en un movimiento de autodefensa, el zapato ortopédico saltó disparado y aquel pesado ladrillo negro alcanzó a Jock entre las piernas. Jock dio un grito ahogado, se llevó las manos a la parte dolorida y anduvo unos pasos con expresión ausente antes de dejarse caer lentamente de rodillas. En ese momento, Trev acababa de hacer su aparición. Medio extenuado después de haber dado tantos pisotones, había perdido su primer empuje, pero tan pronto vio a Mary, desechando perder ni un segundo para Gavin, se abalanzó vorazmente hacia ella. Gavin se puso en pie, dibujó un cerrado arco con el brazo y aplastó un puño musculoso contra la parte inferior del rostro de Trev. Trev se detuvo apenas el instante en que le dio tiempo a lanzarle una mirada de reojo, con expresión ofendida y molesta, antes de verse impulsado hacia atrás y echar a volar por los aires para aterrizar boca abajo e inmóvil junto a la puerta del pasillo. Entretanto, Jock, a cuatro patas, vomitaba en el interior del balde para el carbón meramente decorativo (obedeciendo, sin duda, a un último acto reflejo de delicadeza). La señora Botham gritaba cada vez con más fuerza. Gavin, frotándose los nudillos y con el entrecejo fruncido, pasó sobre el cuerpo de Trev y desapareció por el pasillo.

Mary no se había movido en ningún momento.

Al día siguiente, sin embargo, se vio obligada a hacerlo: no quedaba más remedio. Al día siguiente volvió a encontrarse sola. Siempre había sabido que aquello habría de sucederle más pronto o más tarde.

–Ya te dije que si volvía a verte habría problemas, ¿recuerdas?

–Sí, me lo dijo –respondió Mary.

–Y te estoy viendo.

–Sí.

–Y hay problemas.

–Lo sé.

–¿Cuántos años tienes... Mary Lamb? ¿Saben tus padres a lo que te dedicas?

–Voy a cumplir veinticinco años –dijo Mary andándose con cuidado–. Mis padres murieron.

–¿De qué?

Mary vaciló.

–De tisis y de pena, respectivamente.

–Hoy en día, la gente ya no muere de esas cosas. O sí, pero ahora lo llamamos de diferente manera... ¿De qué murieron, Mary? Por supuesto, no contestes si te resulta demasiado doloroso.

Y lo era.

–No estoy muy segura de que tenga usted derecho a hablarme así –dijo Mary, más por deseo de cambiar de tema que por auténtica indignación.

–Oh, ya lo creo que sí. Tú ya deberías saber que sí.

–¿Por qué?

–Porque has quebrantado la ley.

Mary no sabía qué significaba eso. Su primer impulso, bastante comprensible dadas las circunstancias, fue preguntar cuándo pensaban que la ley se recuperaría, pero dijo:

–Lo siento. No lo sabía. ¿Cuál es el castigo por quebrantar la ley?

–Mucho tiempo.

Su despacho era como su aliento: poseía el mismo aroma inerte de los hospitales. El sabor contenía algo adicional, algo acre que recordaba los dolores de cabeza y la cera.

–Entiendo –dijo Mary.

–Pero no te preocupes.

–¿Por qué no?

–Aún no has hecho nada grave, al menos no ante los ojos de la ley.

Mary apartó la mirada de él. Sus ojos la aterrorizaban: sabían demasiado. Eran de un verde femenino, pequeños y extrañamente curvados en su comisura exterior. En lugar de luz, tan solo contenían un destello amarillo, de un amarillo feo, el amarillo de la orina y de la fiebre. ¿O acaso serían aquellos los ojos de la ley, pensó, los ojos de la autoridad y del cambio? El hombre se puso en pie. Su cuerpo rellenaba la ropa con la obediente indiferencia de un maniquí de escaparate. ¿Quién había concebido, quién había ideado, quién había dibujado el fino puente cuña de su nariz, la perfecta línea horizontal de su boca, su pelo corto pero abundante? Sacó un pañuelo y lo agitó levemente en el aire.

–Estás llorando.

–Lo siento. Gracias –dijo Mary.

–Escúchame. Has empezado mal. Tienes que cortar con esa clase de vida, con esa clase de gente. Tú no perteneces a ese ambiente y lo único que conseguirás es que te escupan una y otra vez. Necesitas un trabajo. Necesitas un hogar. Espera. –Se inclinó sobre su mesa y comenzó a escribir algo a gran velocidad–. Aquí podrás vivir un tiempo. Hablaré con ellos. Si necesitas ayuda, ya sabes dónde estoy. Mi nombre es John Prince. Te lo escribiré. –Se incorporó y sostuvo la mirada de Mary unos instantes. Mary jamás había pensado que aquel rostro pudiera mostrar una expresión de desconcierto, pero así era. Adivinó que el hombre intentaba situarla en su mente.

–Está intentando situarme, ¿verdad? –dijo con voz atemorizada.

Él se echó a reír y dijo:

–Tengo tiempo de sobra para ti, Mary.

Mary y Gavin regresaron en el metro. Gavin había prestado declaración, pero no quería hablar de ello. Mary había viajado un par de veces en los autobuses rojos con la señora Botham, por contra aquella era la primera vez que iba en metro. Gavin le dirigió una advertencia lacónica y Mary se lo agradeció. Ni él ni ella mostraron demasiadas ganas de hablar a lo largo del trayecto de regreso.

Cuando uno pensaba en este mundo –gente empujada bajo tierra y embutida en jaulas metálicas y lanzada a toda velocidad por los túneles, rodeada de puertas que se cierran con un chasquido y azotada por fríos vientos árticos mezclados con polvorientas llamaradas procedentes del núcleo del planeta– resultaba difícil recordar lo delicada que es la vida, lo frágiles que son las cosas. Las cosas se rompían con facilidad; las cosas eran tremendamente delicadas. Por supuesto, Mary acababa de quebrantar la ley, del mismo modo que había quebrado la espalda del señor Botham la noche anterior. Sí: crac, se la había roto. No se habría roto de no haber sido por ella. Aquello a Trev le iba a costar lo suyo, pero a su manera, a Mary también. Todo el mundo decía que el estado del señor Botham era «sumamente grave». Mary lo entendía, pero pensaba que habría sido más grave si le hubiera roto el corazón o los nervios, la gente moría de eso. Aun así, aquello era indudablemente grave. Mary se había enterado por Gavin de que el señor Botham era instalador de moquetas, al menos a eso se dedicaba cuando conseguía encontrar trabajo. Bien, ya no encontraría ningún trabajo. Ni siquiera sería capaz de buscarlo. Nadie sabía si se recuperaría de la espalda. Y, además, era viejo, lo que agravaba aún más la situación.

Aquella diminuta casa era perfectamente consciente de que las cosas habían cambiado; no le gustaba que la vieran en semejante estado. Se mostraba indefensa y superada. En su interior, claro está, no había nadie. La señora Botham permanecía en el hospital día y noche junto al lecho de su marido. Ahora bebía más o, al menos, bebía con menos disimulo. Mary no podía quedarse –en realidad, no quedaba nada junto a lo que permanecer–, pero dijo:

–¿Por qué no podemos quedarnos tú y yo aquí y esperar a que

regresen?

Él la miró de mala gana, con desdén. Mary sabía que no debía haber dicho aquello.

–No digas tonterías –dijo–. No podemos permitirnos el lujo de tenerte aquí. Nunca hemos podido permitírnoslo. Nosotros no… No tenemos margen. ¿No lo entiendes?

–Lo siento.

–¿Adónde irás? –preguntó.

– Aquí.

Sacó el trozo de papel que le habían entregado.

–Dios –dijo él.

–Dijo que él los llamaría y que todo iría bien.

Gavin desvió la mirada.

–Sí, supongo que irá bien durante algún tiempo –dijo–, pero no me va a hacer ninguna gracia pensar que estás ahí dentro.

Entre los dos hicieron la maleta. Había algo de ropa de Sharon y de la señora Botham que a esas alturas ya era prácticamente de Mary. Ella habría querido llevarse uno o dos libros, pero no quiso correr el riesgo de pedírselos. Gavin le explicó cómo llegar en metro y le dio cuatro libras: eso era todo lo que podía permitirse. En el umbral de la puerta se detuvo y la abrazó con fuerza, pero Mary supo que Gavin ya se encontraba en el otro lado. Apresuradamente, se desasió de él y echó a correr escaleras abajo.

Mary no quería volver bajo tierra.

Anduvo. Al principio, la maleta le pareció ligera, pero fue pesándole más y más a medida que avanzaba el día. Preguntó por el camino que debía tomar a varias personas, mostrándoles el pequeño trozo de papel. Leían la dirección y hacían lo que podían. Algunas no le fueron de ninguna ayuda; otras hablaban tan mal que, aunque hubieran querido ayudarla, ella no las habría entendido; a otras les asqueaba tanto el papel que seguían caminando sin responder. Al fin, consiguió llegar. No había tardado mucho tiempo.

Durante el camino tuvo su primer recuerdo. La sensación la obligó a detenerse, soltar la maleta y llevarse las manos a la cabeza. Oyó gritar a un niño y dio media vuelta tímidamente. Se encontraba en una calle tranquila envuelta con un halo de belleza y pobreza. Sus casitas, apiñadas unas contra otras, tenían las puertas y las ventanas abiertas y en sus jardines escalonados aparecía expuesta la ropa de toda la familia. Sí, aquella era una calle tranquila, pero... ningún lugar podía ser ya tranquilo para Mary. Deseaba hallarse en algún lugar que fuera de su mismo tamaño, sumida en una oscuridad indolente, un lugar desde donde poder acallar el clamor del presente. Sin embargo, permaneció donde estaba, con las manos en la cabeza, y recordó.

Recordó una época, ella más joven, en la que había querido iluminar las ventanas de los demás con una luz y ver el interior de sus casas... Se hallaba sobre la cima grisácea de una colina con huertos dispuestos en terrazas. Acaban de cerrar las afiladas rejas de las verjas del parque. El guarda se aleja en la distancia, guarda las llaves y echa una ojeada a su alrededor. Todos los niños han regresado a sus casas. Ya todos están a salvo, tomando el té en hogares ajenos a ella, resguardados por los cristales de ventanas ajenas. Si volvía la cabeza podía ver la falda de la colina, con la plaza al fondo. Allí, acostados en sus habitaciones, todos se parapetaban para hacer frente a las sombras. Quería verlos, iluminarles, percibir las espontáneas arrugas de sus alfombras, las grietas invisibles del papel pintado que cubre sus paredes, las sombras de sus escaleras. Sabía que era imposible: jamás le permitirían entrar. Dio media vuelta y echó a correr hacia donde debía ir.

Mary dejó caer los brazos. Aquello era todo: ya no podía seguir persiguiéndose a sí misma. Alzó la mirada e, inmediatamente, la calle –el aire, el irremediable presente– perdió algo de su brillo. Asió la maleta y reanudó el camino, apresurando el paso, ansiosa por hallar su lugar. Ahora ya sabía que con el tiempo lo encontraría.

7. NO TE DERRUMBES

Todas las jóvenes que se hospedan en la Residencia Femenina del Ejército de Salvación han sufrido algún revés recientemente. Todos de consideración. Algunas se han derrumbado. (Y algunas tampoco son ya tan jóvenes.) Todas ellas han ido demasiado lejos en la vida.

Todas ellas han hecho demasiadas cosas demasiadas veces con demasiados hombres, de un modo y de otro, con este y con aquel. Si están aquí dentro es porque han gastado todo lo que tenían fuera: dinero, amigos, oportunidades y suerte. Todas ellas han sufrido algún revés y han perdido el norte. Algunas intentan recuperarse. Otras ya han dejado de intentarlo. Son mujeres acabadas.

Se encuentran en una situación vergonzosa o, al menos, eso podría pensarse. Sin embargo, la palabra vergüenza no sirve para expresar lo que sienten. Sí, lo comprendo, pero, entonces, ¿qué sienten? ¿Quién les ha hecho esto? ¿Cómo te sentirías tú?

¿Dices que sí has sufrido algún revés? ¿Un grave revés? ¿Crees que te recuperarás? Si ves que te acecha un revés y te es imposible evitarlo, lo más importante es que no te derrumbes. ¡No te derrumbes! ¿Que te está acechando otro? ¿Acaso es enorme? Si sientes que te acecha y te es imposible evitarlo, no te derrumbes... Porque si te derrumbas, jamás nada logrará que te recuperes. Yo sufrí un revés enorme y lo sé. Nada. Jamás.

*

Así, Mary comenzó a vivir según las normas.

En el sótano, al igual que a sus dos compañeras de habitación, el sonido de un timbre la despertó a las seis y media en punto. Siempre se despertaba atemorizada, procurando alertar rápidamente sus sentidos. Se vestía al mismo tiempo que Trudy, una divorciada de rasgos afilados que enlazaba un cigarrillo tras otro, y ambas se unían a la cola que conducía al cuarto de baño mientras Honey, una apática

joven sueca, remoloneaba en la cama antes de subir las escaleras para reunirse más tarde con ellas y con todas las demás en el comedor y desayunar. Allí, permanecían sometidas a la severa vigilancia de la señora Pilkington, la codirectora, una mujer natural de Sri Lanka, sentada a una mesa separada. A esas horas, su marido, el delgado señor Pilkington (el codirector) ya había perdido los nervios despachando el papeleo diario, encerrado en el caldeado despacho que poseía cerca de la puerta principal. Al menor problema, las muchachas eran expulsadas. Un desayuno costaba seis peniques, por lo que Mary se limitaba a tomarse un té.

–Te vas a quedar ciega, guapa, ya lo verás –dijo Trudy.

–Ciega no –dijo Honey, parpadeando.

–Ciega sí, ¿sabes? ¿No puedes dejarlo ya? ¿No puedes...? Conociéndote, eres capaz de agacharte y hacerte otra antes de que acabemos, ¿a que sí? ¿Una rapidita, por si acaso?

–Dicen que es bueno.

–¿Quién lo dice? ¿Esos libracos de coños que te pasas el día leyendo?

–No son libracos. Dicen que es bueno tocarse.

–¿Ah sí?

–Que es bueno para la ansiedad.

–¿Y puede saberse de qué ansiedad sufres tú, lumbreras? ¿Qué hay que pueda producirte ansiedad a ti pasándote como te pasas todo el día tirada por ahí masturbándote?

–Necesito un empleo –dijo Mary–. ¿Qué hay que hacer para conseguir uno?

–Vaya, que tú necesitas un empleo, ¿eh? –dijo Trudy, volviéndose hacia Mary y asintiendo despacio. Agitó una de sus piernas cruzadas bajo la mesa–. Ya... Bien, ¿y en qué consiste su vocación, Madame? ¿A qué se dedicaba usted antes?

–Aún no lo sé –dijo Mary, quien a menudo se preguntaba a qué se había dedicado, antes de perder la memoria.

–Qué gente... –dijo Trudy.

A Trudy le molestaba la belleza de Mary. Sí, así era. Y Mary lo notaba. Le molestaba que Mary fuera mucho más atractiva que ella. Trudy atribuía su falta de suerte a su falta de belleza. Mary solía sorprenderla con la mirada fija tras el cristal de la ventana de su habitación, sin observar nada en concreto, con expresión tensa y agria. Mary sabía lo que pensaba. Pensaba: si hubiera podido ceder parte de mi inteligencia a cambio de algo de belleza. ¡Dios, qué bien me habría venido un poco de belleza…! Mary consideraba que probablemente la gente tenía toda la razón del mundo al quejarse para sí misma de esas cosas, pero no estaba segura. ¿Acaso podían intercambiarse las cosas? La respuesta tenía que ser por fuerza que sí: si no, sería incomprensible que la gente se dedicara a perder el tiempo.

Honey también era bastante atractiva y, por esa misma razón, en cuanto anunció que iba a bajar un momento y se dispuso a marcharse con su taza y su plato, Trudy la reprendió en voz alta:

–¿A hacerte otra de esas rápidas, eh? Se te van a despellejar las manos, hija de mi vida. Pielecita a pielecita –añadió, dirigiéndose a Mary–. Esa chica es increíble. Está seca de tanta paja. ¿Entiendes lo que quiero decir? Está lo que se dice totalmente pajeada.

–Necesito un empleo –dijo Mary–. Quiero ganar dinero.

–Tómatelo con calma, guapa –dijo Trudy, observándola con los ojos entrecerrados–. Dar con empleo lleva su tiempo, ¿sabes?

–Ya lo sé –dijo Mary.

A las nueve tenías que estar fuera y no podías regresar antes de las doce. En la calle y sin dinero, el tiempo pasaba con mucha lentitud. El tiempo se hacía eterno. A través de las alambradas, Mary contemplaba a los niños jugando al sol. Los niños desprendían un ruido y un movimiento incontenibles todo el rato. Contemplaba a las amas de casa que se desplazaban de tienda en tienda como enormes cetáceos. Esclavas de sus bolsas de la compra, iban acumulando mercancías con gesto sombrío hasta que casi no podían caminar. Contemplaba a los hombres ociosos que formaban grupos abiertos en el exterior de las casas de apuestas o en las esquinas próximas a los pubs cerrados. Sin nada más que hacer en ese momento, los hombres agitaban la cabeza al viento y gesticulaban con total libertad. Un perro enorme descansaba jadeante pegado al bordillo seco. Las hormigas surgían de entre las grietas y se adueñaban de los adoquines desiguales de la acera. A las gruesas criaturas blancas del cielo les encantaban los días así. Todas estaban allí. No faltaba una.

Mary buscaba un empleo. Ignoraba si para encontrarlo era mejor moverse o permanecer quieta. ¿Dónde estaban? ¿Quién los proporcionaba? Disponía de todo su tiempo para vender, pero desconocía quién podría querer comprarlo. Pensó en los trabajos que había visto hacer al resto de la gente y en las particularidades del tiempo que aquellas personas ponían a la venta. Todas ellas eran maestras en sus respectivas habilidades conspiradoras. El tendero se movía entre sus atestados estantes sin dejar de manipular con destreza sus bolsas de papel frente al inquieto ciempiés mecánico que le suministraba dinero, pero, además de disponer de tiempo, el tendero tenía comida para vender (dispuesta por niveles como las municiones de un polvorín). A lo largo de todo el día, el hombre del autobús parecía trepar agarrándose de un asidero a otro con gestos certeros, vociferando información acerca de su propio avance y desenrollando costosos papelitos de la máquina con que cargaba junto a su bolsa de dinero, pero, además de su tiempo, aquel hombre disponía de un autobús, que compartía con el hombre sentado en la parte delantera, y de los recorridos que vendían. ¿Quién pagaba las espaldas encorvadas del barrendero? ¿Quién pagaba a los basureros por enarbolar pértigas y escudos como si fueran gladiadores? ¿Quién pagaba al policía por su lucrativa arrogancia? A todos ellos debía de pagarles alguien. Solo los vagabundos preferían perder su valioso tiempo… Cuando paseaba por las calles, Mary alzaba a menudo la vista hacia el estrecho borde de los desfiladeros y contemplaba, con una sensación de exclusión traslúcida, a las personas que se asomaban a las altas ventanas con la intención de averiguar qué ocurría en cielo.

Mary almorzaba porque todo el mundo almorzaba a aquella hora. Por las tardes, una podía permanecer en la sala común, siempre y cuando no armara alboroto. Las muchachas solían dedicarse a escribir cartas, inclinadas sobre una mesa, hacían labores de punto o se sentaban a mirar las musarañas. Para entonces, el día había comenzado ya a superarlas, a reducirlas a su propia esencia, a desafiar el vacío que sentían… Las residentes podían leer los libros del armario si luego los devolvían. Mary se los leyó todos. Las muchachas que aparecían en los libros del armario no eran más que parodias irónicas de las jóvenes que se hallaban condenadas a leerlos. ¿Acabará Alexandra contrayendo matrimonio con el anciano Lord Brett o lo hará con el joven pero informal Sir Julian? Cuando Bettina llega a Farnsworth, todos los Boyd-Partington excepto Jeremy la tratan con desprecio hasta que salva al pequeño Oliver de morir ahogado y se descubre que es una rica heredera. Solitarias mansiones, carruajes, caballos que galopan hasta reventar, bosques, juramentos, lágrimas,

besos, corazones destrozados, botes de remos a la luz de la luna, felicidades eternas… Como muchas otras historias, aquellas solían acabar en matrimonio, pero ninguna despertaba inquietud alguna al leerlas, pues le daban al lector la certeza que otros libros no llegaban a desvelar: que las historias no eran más que mentiras inventadas por dinero, tiempo vendido y tiempo comprado.

Después, al atardecer, las muchachas se reunían en la sala común, en las escaleras o en sus dormitorios. Todas las conversaciones giraban en torno a la buena suerte y a la falta de la misma que todas ellas compartían. Se conversaba con amargura: si yo hubiera, si ellos no hubieran, si tan solo hubiera… Algunas de ellas habían recibido niños pequeños de manos de ciertos hombres y a continuación los habían visto desaparecer a manos de otras personas. Hablaban todo el rato de aquellas criaturas que habían pasado por sus vidas y aseguraban una y otra vez que, si volvieran a encontrarlas o recibieran otras nuevas, las tratarían como es debido esta vez, sin desatenderlas jamás ni pelearse con ellas. Algunas de las chicas seguían peleando con los hombres, peleas que siempre perdían y de las que siempre salían con alguna señal. ¿Por qué habrían de pelearse un hombre y una mujer?, se preguntaba Mary. El hombre ganaba siempre; un hombre no peleaba, se limitaba a hacer daño, a lastimar. Sus compañeras hablaban acerca de los hombres con los que se habían peleado; algunas sentían miedo y un odio enorme; otras, desinterés; otras, una ojerosa melancolía hacia lo que consideraban una inconveniente pero inconfundible muestra de interés, como si un ojo morado constituyera una preciada medalla entre las elegidas. Algunas eran prostitutas o, al menos, lo intentaban. A juzgar por las apariencias, a la mayoría no les iba nada bien. Ellas se mostraban dispuestas a ofrecer su cuerpo a los hombres a un precio determinado, pero los hombres no solían considerar que mereciera la pena pagar el precio fijado por ellas fijaban y ellas terminaban por ofrecérselo a cambio de nada. Mary observaba con atención a aquellas conocedoras del género masculino, de la resignación y el tiempo. Siempre hablaban de cosas que se podían comprar con dinero, como si el dinero no fuera más que un juego, un truco, una palabra. Algunas eran alcohólicas. Solían hablar de…, en fin, Mary ya sabía de qué hablaban los alcohólicos. Conocía muy bien a los alcohólicos. Sabía perfectamente lo que los alcohólicos hacían.

A pesar de todo aquello, Mary no sabía si algún día conseguiría huir de aquella gente, de la gente que ha ido demasiado lejos en la vida, que ha buceado a demasiada profundidad y luego intenta alcanzarte desde lo hondo y arrastrarte hacia abajo hasta que te asfixias o te ahogas. ¿Lograría alguna vez cruzar al otro lado, hasta aquel lado al que se había referido Prince, hasta aquel lugar en el que

el dinero no tenía importancia alguna y el tiempo transcurría sin sobresaltos? Al mirar a las demás comprendía que esas personas siempre andarían por ahí, que siempre existirían y que siempre pretenderían que ella regresara allí, a ellas, seres perdidos, acabados, destrozados, olvidados. No debo aventurarme en la vida a bucear a demasiada profundidad, pensó. No debo arriesgarme a ir más allá de donde haga pie. Debo mantenerme en la superficie. Resulta demasiado fácil hundirse y demasiado difícil salir de nuevo a flote.

Por la noche, cuando ya habían apagado las luces, Mary solía sentir cierta liberación al escuchar los estúpidos y rutinarios grititos de descarga y de abandono que profería Honey. «¡Enseguida termino!», respondía en tono suplicante a los imprevisibles y vehementes reproches de Trudy. Sin embargo, aquello era algo que también la preocupaba. En secreto, Mary había intentado, sin éxito, desarrollar aquellas técnicas. No conseguía concentrarse en ello. Su mente evitaba aquellos asuntos y, en consecuencia, se dedicaba a pensar en otras cosas.

–¿En qué piensas cuando lo haces? –le preguntó a Honey en cierta ocasión.

–En hombres guapos –contestó Honey con aire ensimismado. En aquellos momentos, su sonrisa poseía una expresión de insulsez celestial–. En hombres guapos y fuertes.

–Ya entiendo –dijo Mary.

Aquella noche, intentó pensar en Gavin y en el señor Botham. No funcionó. Muy a su pesar, pensaba en Trev y eso tampoco era de gran ayuda. Sin duda, resultaba imposible controlar los propios pensamientos. Se trataba de una de las habilidades más extrañas que ejercitaban los demás.

–¿Qué imaginas exactamente cuando lo estás haciendo y piensas en hombres guapos? –le preguntó a Honey al día siguiente.

–Pienso en Keith. Es mi favorito. Y en Helmut. Me azotan –contestó Honey sonriendo con disimulo– y me obligan a hacer cosas terribles. Keith me coge por detrás y Helmut me mete la...

–Oh, ya entiendo.

Honey alzó la mirada y preguntó tímidamente:

–Puedo hacértelo yo, si quieres.

–No, déjalo –dijo Mary–. Pero eres muy amable, gracias.

–De nada. No hay de qué –dijo Honey.

Tan pronto estuvo a solas en el dormitorio, Mary se dedicó a hojear los folletos de Honey: Ámate a ti misma, Ser mujer, Fantasías eróticas femeninas. Y lo comprendió rápidamente. Se trataba de un juego de memoria. Supo entonces que ella no podía jugar a aquello.

Se preguntó si alguna vez lo habría hecho antes, cuando estaba viva. ¿Se habría encerrado ella en una habitación y se habría desnudado entera y se habría abierto a sí misma de aquella manera? ¿Lo habría deseado? ¿Y quién más habría habido junto a ella en aquellos momentos? No podía recordarlo: podría haber sido cualquiera. Según Trev, ella «ya había hecho esto antes». Y lo había dicho en serio, desde luego: Mary jamás lo había dudado. Aun así, le costaba creer que alguna vez volviera a desear hacerlo.

La carta llegó el séptimo día.

–Es para ti –dijo Trudy.

Mary estaba sentada frente a su taza de té de las mañanas. Contempló el sobre blanco, el nombre y la dirección. Sí, Trudy tenía razón. Era para ella.

–¿Es de un hombre? –preguntó Honey.

–Claro que es de un hombre –dijo Trudy–. Mira el remite.

Apremiada por sus miradas, Mary dio la vuelta al sobre. Llevaba un mensaje escrito con letras pequeñas: «Abre esto cuando estés sola».

–Te lo dije –masculló agriamente Trudy.

Mary bajó al dormitorio y se sentó sobre la cama. Mientras esperaba a que se aquietara la agitación de su pecho, inspeccionó el sobre y lo hizo con gran calma, eso pensó. Ya había visto abrir sobres a otras personas, pero resultó mucho más difícil de lo que parecía a simple vista. El sobre saltaba y se retorcía entre sus dedos y sufría pequeños desgarros cada vez que intentaba liberar la carta. Al fin, perdió los nervios y lo desgarró brutalmente.

La carta se había rasgado por la mitad. Mary sabía que había hecho algo terrible. Lanzando un gemido, unió los dos trozos de papel rosado y los alisó sobre la manta. La carta no decía gran cosa. Decía:

Querida señorita Lamb:

¿Debo llamarla así? Quiero decir... ¿es ese el nombre acertado? Ya le dije que la había visto antes, ¿no es cierto? ¿Lo recuerda?

Por supuesto, podría equivocarme, pero procure no andar muy lejos y yo, entretanto, seguiré investigando y me pondré en contacto con usted.

Atentamente,

John Prince

Mary leyó la carta varias veces. Seguía sin tener sentido para ella.

Sin pensarlo, dio la vuelta a la parte inferior de aquel papel rosado. Había más palabras. Describían a una muchacha llamada Amy Hide (veintiséis años; uno setenta de estatura; cabello oscuro; británica; ninguna) que había desaparecido hacía poco. La policía pensaba que había sido asesinada, pero no estaban absolutamente seguros.

Mary cogió la mitad superior de la carta y le dio la vuelta. Había una fotografía de una muchacha. Era Mary.

8. FRENAZO EN SECO

Era Mary. ¿Era Mary? Sí, era ella... ¿Cómo era posible?

Aquella noche, cuando se suponía que todas las luces ya debían estar apagadas, Mary se contempló en el espejo del cuarto de baño del sótano mientras sostenía la carta de papel rosado junto a su cara. Sobre su cabeza, lucía una bombilla desnuda y polvorienta.

Era Mary. Pero era más vieja que Mary... Aquel rostro la contemplaba con actitud desafiante, casi podría decirse que con un asomo de desdén o burla en la curvatura elevada de la comisura izquierda de su boca. La boca en sí parecía más relajada que el rostro de Mary, más arrugado a lo largo de su línea divisoria. El lunar que tenía bajo la sien derecha estaba ahí, pero aparecía situado en el lado contrario. Y los ojos... Esos ojos no eran los suyos. Esos ojos estaban muertos; eran astutos, abúlicos, viejos. Mary sostuvo su propia mirada. Durante unos instantes, el atisbo de sonrisa de la muchacha de la fotografía pareció ampliarse, convertirse en una sonrisa franca, aceptar a Mary. Parpadeó y miró de nuevo. La sonrisa había desaparecido, pero los ojos parecían celebrar el triunfo. Soltó la carta rápidamente y giró en redondo, llevándose una mano a la frente. Ya sabía en qué consistía exactamente la diferencia. El rostro de Mary (pensaba Mary, quería creer Mary) era un rostro bueno, de alguien bueno, pero el rostro de la muchacha de la fotografía...

–Dios mío. Dios mío, ¿qué he hecho yo en la vida? –dijo Mary.

A lo largo de todo el día una sensación de náusea había estado intentando trepar una invisible escala de cuerda por todo el interior de su pecho. Ahora, aliviada, humillada, aterrorizada, se arrodilló en el suelo del cuarto de baño y, asqueada, vomitó de un modo convulsivo, hasta sentir que su cuerpo se volvía del revés, vomitó hasta morir. Quería deshacerse de cuanto de ella misma pudiera deshacerse. Vomitó durante tanto tiempo que temió que su corazón se desprendiera y se estrellara contra el suelo, partiéndose en mil pedazos.

Desde entonces, se pasaba las mañanas esperando más noticias acerca de sí misma, pero ninguna llegó. No hubo más noticias y no sucedió nada.

El tiempo pasaba con tanta lentitud... Ya no le quedaba dinero para ayudar a que el tiempo transcurriera de otro modo. Había que tener dinero para que el tiempo pasara: de ese modo el dinero se cobraba las deudas del tiempo. Y el tiempo no daba tregua.

Mary releyó todos los libros. Leyó los devocionarios que había dispuestos sobre la mesa de la entrada. Compartían una idea básica con los folletos que la señora Botham recibía de Alcohólicos Anónimos, una idea según la cual al final todo salía bien, tanto si así lo parecía como si no. Todos disfrutábamos de una segunda oportunidad a lo largo de nuestra vida y todos podríamos ser redimidos sin gran dificultad. Siempre había sucedido así, desde la Caída del Hombre, cuando el hombre cayó y se hizo pedazos. Pero no había que preocuparse. Dios se encargaría de todo. Las chicas hablaban de Dios a menudo o, al menos, se referían a Él con bastante frecuencia, así como a Su hijo, Jesucristo. Y, la verdad, no parecía servirles de gran ayuda.

–Yo no sé en qué estáis pensando la mitad del tiempo –les decía la señora Pilkington–. Todo lo habéis perdido, no tenéis nada al llegar aquí...

Mary coincidía en todo con ella.

–Dices que no sabes cuál es tu número de la Seguridad Social.

–Así es.

–No sabes si has cotizado o no.

–No. No lo sé.

–¿Dónde demonios está tu documentación?

–Me rindo –dijo Mary sin pensar–, ¿dónde está?

–Oye, mira, no te muestres tan descarada conmigo. Dices que necesitas un empleo, cuesta bastante conseguir un empleo. Primero, tienes que hacer todo esto. –Golpeó amenazadoramente con el índice el montoncito de formularios que tenía delante–. Anda. Rellénalos todos –dijo antes de volver a su trabajo. Y, sin levantar la vista añadió–: No sé si sabes que aquí solo puedes permanecer tres meses.

–¿Tres meses? –dijo Mary.

Se sentó, deshecha en lágrimas, sobre el banco azotado por el

viento. Últimamente, solía salir a llorar. Uno por uno, fue dejando caer los impresos en su regazo. No podía leerlos. Podía leer Timón, pero no podía leer aquellos formularios. Aunque intentara leerlos despacio, siguiendo las frases al tiempo que hacía estúpidos gestos con los labios, como Honey cuando leía Ámate a ti misma, no conseguía que las palabras le revelaran nada; aquellas palabras petulantes y engoladas, cargadas de cosas buenas que a ella le eran burlonamente negadas. Mary quería salir de allí y abrirse paso a otro modo de vida, pero aquellas palabras no iban a servirle de ayuda. Habían sido dispuestas con el único objetivo de mantenerla allí donde estaba.

No hubo más noticias. Mary las buscaba en el espejo. Jugaba al juego del espejo. Mary Lamb comenzaba a conocer a Amy Hide bastante bien.

¿Era Mary verdaderamente Amy o había sido Amy en algún momento? Y, de ser así, ¿hasta qué punto lo había sido? Amy había hecho cosas. ¿Hasta qué punto y con qué automatismo las había hecho Mary? ¿Tenía importancia la respuesta? ¿Quién representaba allí la autoridad? ¿Dios? ¿Prince? ¿Quién importaba?

Mary. Mary se importaba a sí misma. Se encerraba en el cuarto de baño y se miraba al espejo. Quería ser buena y se negaba a creer que Amy pudiera haber sido mala del todo si Mary procedía de ella de algún modo. Quizá todas las chicas fueran en realidad dos... Mary se miró al espejo. No tenía tan mal aspecto. Al contrario, su aspecto era bastante bueno. Fíjate, por ejemplo, en el blanco de los ojos: tan blanco como el de las claras de huevo; fíjate en la perfección del tabique de su nariz; los dientes albergaban algún que otro rincón descolorido, pero el rosa sugerente de sus encías tenía un aspecto suave y continuo, y la línea de sus labios encajaba a la perfección con el uniforme óvalo de su barbilla... Al girar sobre sí misma vislumbró el espectro de una sonrisa en el rostro de aquel genio astuto que vivía tras el cristal. La imagen vaciló: allí, en algún lugar, reinaba el caos. Mary volvió a mirar. Sus ojos recurrieron a toda su luz para doblegar al ser que se ocultaba tras el cristal. Sin embargo, al marcharse, supo que aquello, fuera lo que fuese, se recompondría con toda tranquilidad aprovechando su ausencia y continuaría esperando lo que fuera que estuviera esperando.

Sus sueños cambiaron. Cesaron o, al menos, eso pensó ella. Los sueños iban de variedad, pero los suyos ya no eran distintos unos de otros. A partir de entonces, las noches fueron todas idénticas, tanto como los días.

Durante las primeras horas, permanecía acostada sobre su espalda y dejaba bullir la cabeza con lo opuesto al sueño, con pensamientos enloquecidos, con pensamientos dolorosos, con pensamientos que no se preocupaban en lo más mínimo de su capacidad para soportarlos. A continuación, caía rendida y el sueño siempre era igual.

Amy atravesaba corriendo un firmamento negro. Amy volaba: podía ir allá donde ella quisiera y a la velocidad que ella quisiera. Temía tan poco a su perseguidor que de vez en cuando se giraba hacia él y le lanzaba una carcajada provocativa y maliciosa. El perseguidor, claro está, era la bestia. Era negra, por supuesto. Quizá se tratara de una pantera, pero poseía los colmillos amarillentos y la cabeza cuadrada y pesada de los perros. A menudo, Amy permitía que su perseguidor se acercara mucho para luego, juguetonamente, cambiar de dirección con tal precisión y tal ligereza que la bestia perdía terreno y avanzaba dibujando un amplio arco antes de volver a enderezar su trayectoria hacia ella con un galope mecánico y constante, ganando así terreno en la oscuridad que la separaba de ella. Entonces, ella volvía a cambiar de dirección, pero esa vez la bestia le pasaba a tan solo unos centímetros, lo que le permitía sentir el cálido azote de su furia aguijoneada y el olor a saliva y a encías inflamadas. Ahora era Mary y ahora era comida. De repente, el negro suelo que pisaba se convertía en un estrecho túnel y ella corría tan desesperadamente que parecía adelantarse a sí misma. Sus piernas eran como las ruedas doradas de un carruaje, su pelo parecía una crin hecha de nervios. La bestia la seguía dando saltos enormes. Esperaba sentir en cualquier momento la tenaza de sus fauces, su peso aplastándola contra el suelo y el zarpazo de sus patas sobre el rostro. Entonces, ella frenaba para que todo sucediera cuanto antes, se detenía para que lo que tenía que ocurrir ocurriera de una vez. La bestia se elevaba y, con mucha rapidez, despectivamente, hacía estallar su cuerpo en una llamarada de sangre. Entonces, se despertaba sintiendo que su mente bullía de nuevo con pensamientos que no se preocupaban lo más mínimo de su capacidad para soportarlos. Sucedía todas las noches. Todas las noches. ¿Por qué?

*

Porque este no es más que uno de los modos que utiliza el pasado, el pasado frustrante e infatigable, para regresar a nosotros.

¿Sabrás, sin duda, que tus malas acciones, aunque las hayas olvidado, no dejarán jamás de intoxicar tus pensamientos…? ¿Duermes bien? ¿Confías en tus sueños? ¿Todo está razonablemente en calma? ¿O parece hincharse y estar a punto de reventar? ¿Todo está ahí dentro listo para darte caza en cualquier momento?

Dios mío… A veces me despierto por la noche y no hay nada. No soy más que un diente muerto en las mandíbulas del mundo viviente. Mi mente ya no está de mi parte. Se ha pasado al otro lado. Reina en el otro lado… Mary: hazlo bien la próxima vez, sé buena la próxima vez. Oh, Mary, mi vida, cúrame.

Antes pensaba que no había mejor tiempo que el presente. Antes pensaba que solo había tiempo presente. Ahora sé que sucede algo distinto, sé que la cosa no es así. Al final, el pasado siempre está. El pasado es todo: el presente nunca permanece junto a nosotros el tiempo suficiente y nadie puede adivinar el futuro. Al final, siempre hay que recurrir al pasado. Al final, el pasado siempre te alcanza.

*

Todas las muchachas, todas aquellas muchachas que habían caído, tan solo buscaban una segunda oportunidad, anhelaban un respiro. Lo mismo le sucedía a Mary. Y entonces se le presentó una.

Era mediodía. Vagaba por las calles medio dejándose llevar, sin rumbo, pero decidida a evitar las rutas que le eran familiares, los asideros que ya conocía en el entramado de aquella ciudad. Erró hasta adentrarse en una zona bulliciosa y resguardada de casas medio derruidas y tiendas cavernosas. Encorvados, hombres y mujeres colocaban sus pertenencias en estanterías desnudas que acababan de montar en la calle y los transeúntes añadían sus voces a los sonidos de aquel comercio tan elemental y de aquellos intercambios informales. Más allá, una calle inclinada subía al encuentro del frío resplandor matutino, como una pasarela recién construida hacia el cielo. Incluso los gruesos holgazanes blancos del cielo se habían aproximado volando a la tierra para ver qué sucedía… Sí, claro que sí, pensó Mary, y no debo olvidarlo jamás: la vida es interesante, la vida es buena, el interior de todo cuanto vemos está lleno de autenticidad. Al doblar la siguiente esquina, se vio frente a un ventanal amplio y oscuro con un mensaje escrito, pero, en aquel momento, al pasar a toda velocidad,

una furgoneta ocultó las palabras al bloquear la luz del sol. Esperó unos instantes y el mensaje reapareció ante sus ojos con algo menos de claridad, pero con igual insistencia. Se trataba de un anuncio. Decía: «SE BUSCA CAMARERA».

–¿Quién? ¿La policía? –se preguntó Mary, pensando en Prince y en su despacho.

Se acercó al letrero. Decía: «SE BUSCA CAMARERA – Razón en el interior».

Mary preguntó en el interior. Aún no se habían acostumbrado sus ojos a la penumbra cuando un joven, entre bostezos, ya la había escrutado de arriba abajo, se había recostado en la silla y había intercambiado un gesto de aprobación con la mujer que permanecía tras el mostrador antes de preguntarle si podía empezar a trabajar al día siguiente. Mary respondió que sí y giró en redondo para marcharse antes de que nada se torciera.

–¡Oye, espera! –gritó él–. ¿Es que no quieres saber nada más de las condiciones? ¿Horario? ¿Sueldo?

–Ay, sí, por favor –dijo Mary.

–De ocho a siete con domingos libres.

–¿Y dinero...?

–Mañana hablaremos de eso. Me llamo Antonio, pero puedes llamarme señor García. ¿Cómo te llamas tú?

–Mary Lamb.

–Muy bien, Mary. Mañana, a las ocho en punto...

–No tengo número de Seguridad Social, ni nada –añadió ella rápidamente.

–¿Y qué? –dijo el señor García, bostezando de nuevo–. Nos importan un pimiento esas mierdas.

Mary reanudó su camino calle abajo. Se sentía muy optimista. Sabía perfectamente en qué consistía el trabajo de las camareras y sabía que podía hacerlo tan bien como cualquier otra.

9. CAMPO MAGNÉTICO

El pálido Alan estaba sentado en su despachito, detrás de la cocina, mirando a través de la ventana y preocupándose por la posibilidad de quedarse calvo.

Mary le observó detenidamente. Resultaba muy interesante. Cada diez o doce segundos, la mano derecha de Alan se deslizaba por la mesa y, con un movimiento nervioso pero decidido, como si su dueño no ejerciera control alguno sobre ella, se elevaba para llevarse un pellizco de pelo de su cabeza. A continuación, con una expresión de penetrante irritación, en silencio, Alan inspeccionaba el contenido de la palma con sus pálidos labios apretados. Por fin, sacudía la mano con gesto abatido y volvía a apoyarla sobre la mesa. Transcurridos diez o doce segundos, el proceso recomenzaba desde el principio.

Disimuladamente, no era la primera vez que lo hacía, y por mera curiosidad, Mary hizo con el pelo lo mismo que Alan hacía con los suyos. Al abrir la mano, descubrió un curioso y vibrante mechón de luz que, acto seguido, procedió a soltar sobre el suelo de la cocina. Sin embargo, el proceso no causó en ella el mismo disgusto que producía en el pálido Alan. Mary disponía de abundante suministro de material de gran calidad. Alan no. Alan tenía el pelo chamuscado y despoblado, como el maíz seco, y en cantidad relativamente escasa. Mary pensaba que las cosas irían mejor tan pronto perdiera Alan todos los pelos o terminara él con todos ellos. De ese modo, no tendría que estar arrancándoselos. Al fin y al cabo, además, el cabello no era necesario, ¿verdad? Muchísimas personas se las arreglaban perfectamente sin él, pero Alan no lo veía así y Mary asistía a su sufrimiento con un dolor comparable al suyo. Quería decirle que no se lo arrancara más si lo valoraba tantísimo, pero no lo hacía. Sabía que al pálido Alan le aterrorizaba hablar de cualquier cosa relacionada con el pelo.

–¡Qué hay, calvito!

Mary percibió el empuje de la corriente de aire que se produjo al abrirse los batientes de las puertas y a sus oídos llegó el cómico estertor de los platos sucios. Se volvió y vio a Russ, con su andar relajado y sigiloso, su deslumbrante camiseta negra, sus gruesos vaqueros y esos zapatos tan singulares suyos que parecían dos ratas aplastadas, entrando tranquilamente en la cocina. A los ojos de Mary, aquellas ratas parecían lejos de hallarse satisfechas con el papel que

les había tocado en la vida y daban constantemente la impresión de estar planeando rencorosamente su regreso.

–¡He dicho que qué hay…, calvito!

–Ya –dijo Alan, tensamente inclinado sobre su mesa.

Russ se situó detrás de Mary, tan cerca que ella pudo percibir el agradable zumbido que producía su campo magnético y, extendiendo un brazo con mucho arte, derribó una perfecta estructura de platos en el interior del fregadero. Mary se volvió hacia él y sonrió. Mary no había conocido jamás a nadie parecido a Russ. Aunque también era cierto que Mary nunca había conocido a nadie parecido a nadie.

–Mira lo que tenemos aquí –murmuró Russ, acercando sus gruesos labios a la nuca de Mary, que, siguiendo el desdeñoso consejo de la anciana señora García, siempre llevaba el pelo recogido cuando estaba en la cocina. Abruptamente, Russ dio un paso atrás, dejó caer la cabeza sobre el pecho y alzó los brazos como confuso por una inesperada salva de aplausos–. No, no –dijo–. No debo darte esperanzas. Bastantes corazones he destrozado ya en la vida. –Avanzó de nuevo, frotándose detrás de la oreja con el dedo índice–. ¿Sabes, chica? Lo único que pasa es que aún no estoy seguro de que seas lo bastante guapa para mi gusto. En conjunto, me gustan un poquito más guapas que tú. ¡Oh, Dios mío, no llores, Mary! ¡Dios mío, no llores, por favor! –Lo decía con tanta seriedad que, de hecho, Mary solía sentir deseos de llorar cada vez que él le pedía que no lo hiciera–. No obstante, tú insiste, chica. Qué mal hay en conservar la esperanza, ¿verdad? Igual tienes suerte, si sigue haciendo este calor. Mira, te voy a decir una cosa: no me importaría asesinarte. Eres digna de ello, lo confieso.

Mary no dijo nada. No era necesario. Russ solía decir tan alegremente que asesinaría muchachas que Mary comenzaba a preguntarse si realmente se trataba de una cosa tan grave. Según la escala de valores de Russ, para una muchacha era preferible ser digna de que la asesinaran que no serlo. «No merece ni que la asesinen» era lo peor que podía decirse de una chica y Mary se sentía aliviada al saber que ella no estaba tan mal.

Russ se deslizó hasta el centro de la cocina.

–¡Que te den por culo, mi vida –vociferó dirigiéndose al aire al tiempo que hábilmente extraía un peine del bolsillo trasero de sus pantalones–, tan solo te pareces a Brigitte Bardot! –Se inclinó hacia

atrás frente al polvoriento espejo que colgaba de la pared y comenzó a saltar y a contorsionarse como si unas manos invisibles le mantuvieran asido por el cinturón–. Déjalo, Sofía –dijo con aire severo y amenazador antes de enderezarse–. ¡Aaah! –Se encorvó de nuevo y comenzó a dirigir zarpazos al fantasma que cabalgaba sobre sus hombros–. ¡Aaah, Raquel! Quieres... bajarte... de una puñetera vez de mi... –Por fin, consiguió deshacerse de aquel fantasma tirándolo al suelo y Russ le propinó una soberana paliza con el pie. Ya más calmado, se ajustó los vaqueros y volvió a inclinarse frente al espejo–. Santo Dios, qué cantidad de pelo –dijo mientras se atusaba y acariciaba la cabeza con ambas manos–. De dónde sale, es lo que a mí me gustaría saber. ¿Sabes, Mary? –dijo, volviéndose hacia ella y agitando el peine–, ¿sabes qué es lo que de verdad me está arruinando? ¿Sabes en qué me gasto todo el dinero? ¡En el peluquero! En serio, te lo juro. Cheryl me dice que me lo deje largo, pero Farrah dice que le gusta corto. ¿Qué opinas tú?

–Russ –dijo Alan.

Russ continuó peinándose.

–Dime, calvito, ¿qué puedo hacer por ti?

–Un puto día de estos te voy a asesinar... –continuó Alan con su voz temblorosa e insegura antes de añadir nervioso–: cerdo repugnante.

–Ay, no hagas eso, Al. No me asesines, por favor. Que alguien me sostenga –gimió–, se me doblan las rodillas. ¿Cerdo? ¿Cerdo? –Dio un salto hacia atrás y colocó ambas manos sobre su estómago–. No hallarás ni una gota de grasa superflua en el cuerpo de este espléndido espécimen. Si tan gordo estoy, ¿cómo es posible que todas esas actrices de cine anden detrás de mí? ¿Eh? ¿Eh? A ti no te persiguen, ¿verdad? Claro que no. ¿Y sabes por qué? Porque la calvicie les repugna. Por eso.

–Russ –dijo Alan, cerrando los ojos.

–Espera, espera, Al. En cierto modo, tienes razón. La polla. Es cierto que sin duda tengo la polla tirando un poco a gorda, lo confieso. Las estrellas de cine me lo están diciendo siempre: Russ, mi vida, estoy loca por ti, muchachote, pero tu...

–Russ –dijo Alan–. ¿Se puede saber qué quieres? ¿Eh?

Russ dirigió la mirada a Alan, que se acababa de levantar y

mostraba toda su palidez desde el hueco de la puerta. Entonces, Russ miró el reloj que colgaba sobre Mary. Eran las seis menos diez.

–Ah, sí –dijo Russ–. El viejo Pedro Paella, que dice que quiere las facturas antes de esta noche.

–¿A qué hora?

–Antes de las seis, creo que dijo.

–¡Joder, Russ! –dijo Alan, abalanzándose de regreso a su mesa.

Con un agudo silbido, Russ se enderezó el cinturón y se dirigió hacia Mary sin decir palabra. Lentamente, le rodeó la cintura con un brazo. Asintiendo con la cabeza con gesto aprobatorio observó a Mary fregar un plato, luego otro y otro.

–Escucha, ¿sigues queriendo invitarme a una copa el sábado por la noche? –susurró roncamente.

Mary asintió.

–Necesito una promesa solemne por tu parte de que no intentarás emborracharme ni nada por el estilo. Y de que no tratarás de aprovecharte.

–Te lo prometo.

–Así me gusta. Ven. –Tomó su barbilla con un dedo y le giró la cabeza hacia él. La contempló ceñudo durante unos instantes con expresión severa y dubitativa–. ¿Sabes? Puede que sí seas lo bastante guapa para mí. Puede que no tuviera tan mal aspecto subido encima de ti. Puede que sí seas mi tipo... –Siguió contemplándola unos segundos y cerró los ojos, negando con la cabeza–. No –dijo–. No lo eres. No lo eres.

Russ desapareció tras las puertas batientes y Mary continuó fregando platos. Alan, sentado en silencio, trabajó frenéticamente otros nueve minutos y desapareció también. Regresó al cabo de unos instantes. Mary no necesitó volver la cabeza para saber que era él. Su campo magnético, completamente distinto al calor humano que desprendía Russ, se componía de anhelo y de disculpa y de inmensa inseguridad. Durante unos momentos notó cómo el aire se movía tras ella, como si Alan se retorciera en complicados ademanes de ruego y de súplica, pero sabía que tan solo se trataba de sus ojos recorriendo su espalda.

*

Me temo que, tras pasar cincuenta horas en su presencia, Alan se ha enamorado de Mary. Siento decirlo, pero es así. Lo es. Cuesta más desentrañar los sentimientos de Russ. Su campo magnético es más resistente en todos los sentidos. Pero Alan se ha enamorado perdidamente. Piensa en Mary todo el tiempo. Todo lo que ella hace le destroza el corazón.

Si alguien le preguntara cuándo ocurrió, diría que ocurrió a primera vista. Se enamoró a primera vista de su rostro, de la rosada suavidad de sus labios, de su voluminoso y brillante pelo negro, de su centelleante y esperanzada mirada. Se enamoró del modo en que asentía con la cabeza, con los brazos cruzados, diciéndole que sí a todo al viejo señor García, y de que no le importara fregar los platos. Se enamoró de la manera en que se ponía a trabajar sin prestarle demasiada atención a Russ cuando este se ponía a bailotear a su alrededor como de costumbre... Alan está perdidamente enamorado. Incluso el siniestro psicodrama de su calvicie ha pasado a convertirse en un mero argumento secundario comparado con el heroico poema de sus pensamientos (¿Puede Mary Amar A Un Hombre Completamente Calvo?). Piensa en Mary todo el tiempo. El tiempo y Mary son una misma cosa. Mary le destroza el corazón. Teme que no pertenezca a su misma clase, seguro que no. El pálido Alan está muy, muy preocupado.

Y yo también lo estoy. Amor. Enamorado. Enamorarse de otras personas. ¿Estás tú enamorado? ¿Es amor? ¿Ya estás perdidamente enamorado? Si te enamoras perdidamente, puedes estrellarte, puedes derrumbarte. Enamórate, pero no te estrelles. ¡No te derrumbes! Y no cumplas con la literalidad de la expresión, no te enamores perdidamente. El amor no es más que lo máximo que se puede sentir, eso es todo. Nunca permitas que nadie te diga que lo que sientes no es amor (no te pierdas ahora en eso) si sabes que es lo máximo que puedes sentir. Por sí solo, el amor no es nada. El amor no es nada si tú no estás ahí para sentirlo.

¿Sabes qué desearía? Desearía que Mary supiera más de sexo. ¿Por qué? Porque lleva su tiempo aprender sobre el sexo. Es lo único que no puede aprenderse si no se dispone de tiempo.

*

A Mary le encantaba su trabajo.

Le encantaba que todos conocieran a todos, le encantaba la familiaridad con que se saludaban y despedían por la mañana y por la tarde, el sentirse integrada y, gracias a ello, sentir que el tiempo se aligeraba, le encantaban los ángulos que formaba el sol del verano en los platos recién fregados.

«¡Hombre, la pequeña Mary!», solía decir el viejo señor García desde la estrecha garita que había junto a la puerta de entrada. El viejo García hablaba tan mal que a menudo parecía saludar diciendo «¿Qué mal?» o «¿Cómo se entuerta hoy?», pero resultaba inofensivo. Por el contrario, solía animarla dulcemente acariciándole las caderas y el trasero o masajeándole con gesto meditativo los pechos con las palmas de las manos. Hacía aquellas cosas sin abandonar su postura encorvada, con gesto despreocupado y sonriéndose para sí muy satisfecho, y Mary siempre le dirigía una cálida sonrisa antes de apresurarse hacia el interior del café.

La anciana señora García ya solía encontrarse detrás de su mostrador, mientras que el lánguido Antonio siempre estaba hecho un ovillo en algún rincón oscuro, amodorrado o profundamente dormido. A veces se dormía sobre varias sillas dispuestas en fila o, cándidamente, tendido como un niño sobre una de las mesas del fondo. Aquel día estaba tumbado sobre el calientaplatos, frotándose los ojos con los puños. La miró con una sonrisa maliciosa. Mary se preguntaba por qué al señor García y a Antonio les gustaba tanto mirarla. Les gustaba tanto que incluso la miraban cuando estaba sentada en el váter. Habían hecho un agujerito en la pared y se turnaban para verla. A Mary la intrigaba que les gustara mirarla en aquellos momentos tan desagradables y penosos. Un día, dos veces seguidas, al salir del baño, los saludó y se dirigió a ellos por su nombre. A partir de entonces, dejaron de mirarla. Dejó de gustarles mirarla, al menos así fue durante un tiempo, pero últimamente se mostraban más amables con ella y parecían haber recuperado el gusto por verla.

–Eh, Mary, puta tonta, ¡vente a cocina, eh![1] –gritaba la pintoresca señora García sin desatender lo que se llevaba entre manos, y Mary

corría toda ilusionada junto a ella.

Después, atravesaba las puertas batientes para ir a su puesto y allí podrían estar Alan, encogido sobre la mesa de su cuchitril, y Russ, espatarrado indolentemente sobre una silla colocada junto al fregadero.

–Buenos días, Mary –solía decir Alan echándose hacia atrás y escudriñándola a través de sus paliduchas pestañas dándoles la misma intensidad a todas sus palabras, como si estas pudieran intercambiarse y guardaran un secreto compartido tan solo por ellos dos.

–La llaman La Lollo –solía comenzar así Russ casi todas las mañanas–. Y no los culpo, porque buen repaso me dio anoche. «Gina, otra vez no, ¿eh?, haz el favor. Tengo una cita a las tres en Park Lane con esa zorrita de la Dunaway», le decía yo todo el rato, pero ni caso... ¡No, Mary, no me toques! ¡Aún no!

En cuanto daban las ocho, Russ se deslizaba de su silla y se adentraba en el santuario de la antecocina, un espacio asfixiante por el horroroso calor que desprendían los fogones y el microondas. El viejo García asomaba la cabeza por su escotilla y comenzaba a vocear los primeros pedidos del día. Mary transportaba los resbaladizos platos de la encimera donde los iba dejando Russ a la bandeja del señor García y recogía los escombros que le devolvía para dejarlos en su fregadero. El señor García, con gesto solemne, recorría de arriba abajo el local entre la creciente algarabía del café. A veces decía «Mary, trae... las tostadas con bacon», «Trae el filete y la ensalada, Mary» o «Mary, trae tú la melaza» y Mary obedecía, estirándose el delantal y atusándose el cabello antes de aventurarse en la ruidosa luminosidad del café. Se pasaba prácticamente todas sus horas de trabajo frente al fregadero, eliminando de los platos todos los rastros de jugos que desprendía la comida. A media mañana, superado el alboroto del desayuno, Russ abandonaba sus dominios y se acercaba al fregadero para ayudarla a secar. Y, superadas las dos horas de pánico del almuerzo, incluso Alan solía dejar sus cuadernos y sus grapas y sus chinchetas para arremangarse junto a ella. Aquellos momentos en que los tres se hallaban frente al fregadero constituían para Mary el punto culminante del día. En el aire, las moscas gregarias dibujaban una densa nube. «¡Joder con las putas moscas! –protestaba Russ, dando un paso atrás y gesticulando inútilmente–. Me gustaría saber para qué coño sirven.» A Mary, que incluso conocía a algunas de vista, no le molestaban. Sabía para qué servían.

El mundo se había desplegado ante ella para acogerla. Verdaderamente, lo más notable de la vida era su propia sobreabundancia: había muchísimas cosas y siempre había espacio para más. Las muchachas de la residencia, incluso aquellas con empleos y hombres, sufrían amargamente a manos del aburrimiento. Decían que la vida era aburrida en sí misma, que estaba muerta. No cabía duda, sin embargo, de que el peligro se hallaba en lo contrario: en perder la cabeza al ser consciente de todo cuanto ofrecía la vida.

Y cuando el presente te parecía demasiado atestado, uno siempre podía levantar la vista al firmamento y contemplar otras fortunas más idealizadas. Su propia variedad resultaba abstracta. Por las mañanas, camino del trabajo, el firmamento era el cielo. Al regresar a la residencia por las tardes, parecía el infierno. Por la mañana, los seres blancuzcos cabalgaban la bóveda azul a bordo de yates y galeones, con todas sus velas desplegadas, o, con gesto engreído, se daban un baño de sol con las manos bajo la nuca envueltos por una paz y una libertad celestiales. Más tarde, obedientes a la iconografía propia de la tarde, perdían su silueta entre los infernales riscos del oeste y se convertían en una escarpada falla rojiza que desaparecía en el caos de la noche.

Eso cuando hacía buen tiempo, por supuesto. Cuando hacía mal tiempo, Mary se sentía apesadumbrada y agobiada al pensar en las cosas que quizá hubiera hecho en la vida. Y, además, en esos días, aparecían las nubes y era imposible ver a las criaturas.

10. UN HADA BUENA

Una mañana, Mary cargaba con una bandeja llena de generosos platos con destino al cuarteto de taxistas, todos increíblemente viejos, que gustaban de sentarse siempre junto a la ventana más próxima a la puerta. La trataban con amabilidad, aquellos ancianos la trataban muy bien... No está mal, pensaba Mary, seguir siendo amable con la gente después de cuarenta años de pelea. Por otra parte, suponía que también contaba a su favor el hecho de que siguieran conservando aspecto de hombres. A aquella edad, las mujeres ya no parecían mujeres. A aquella edad, las mujeres parecían hombres: habían renunciado ya a toda sombra de feminidad. Quizá eso se debiera a que la vida era especialmente dura con las mujeres o quizá se debiera a que ser hombre fuera un estado más natural al que antes o después las mujeres se veían obligadas a regresar a pesar de sus esfuerzos.

Hacía una mañana espléndida. Era día de paga. Por la noche se iría a tomar una copa con los chicos. Y había otra cosa que aún le alegraba más: la tarde anterior se había atrevido por fin a preguntarles si tenían algún libro que pudieran prestarle para leer.

–¡¿Libros?! –habían exclamado ambos al unísono con expresión tan atónita que Mary temió haber metido la pata y más al oírlos toda la tarde mascullar esa palabra–: Libros, ¡libros!... Libros...

Sin embargo, esa mañana se habían presentado con tres libros cada uno y le habían dicho que podía quedárselos el tiempo que quisiera. Alan le había traído La vida en la cumbre, La expedición de la «Kon-Tiki» e Introducción a la gestión de empresas; Russ, El sexo en el cine, Dentro de Linda Lovelace y Britt. Al día siguiente era domingo y tendría tiempo de empezar a leerlos.

Tras su acostumbrada pequeña reverencia, Mary se dispuso a servir los platos sobre la mesa cuando oyó una voz a sus espaldas:

–Hola, Mary.

En ese momento, Mary no podía girarse y dudó. Uno de los taxistas extendió la mano para coger su plato y dijo:

–Este es el mío, preciosa.

Había ya muchas personas que la llamaban Mary, pero sabía muy

bien quién se había dirigido a ella.

–No está tan lejos, Mary –dijo.

Se giró. Era Prince. Allí estaba, reclinado sobre su silla y con el respaldo apoyado en la pared. Comparado con el resto de los presentes, sin duda, aquel hombre era una persona espontánea y observadora. Su periódico, su taza de café, su cigarrillo: todo él transmitía tener todo bajo control y estar él al mando de todo.

–Hola. ¿Qué es lo que no está tan lejos? –dijo Mary.

–¿Hablas conmigo? Yo no he dicho nada –respondió él.

–Sí, ha dicho que no estaba tan lejos. Le he oído.

–Tienes buen oído, ¿no es así, Mary? –preguntó Prince con interés.

–¿Cómo? –preguntó Mary, sonrojándose.

–Y, además, eres curiosa.

–Ya, y usted tiene la cabeza completamente cuadrada.

–No seas tan descarada.

–¿Qué? –dijo Mary, llevándose una mano a la cara. Sintió arder su mejilla.

–Eres respondona, ¿eh?

–¿Qué?

–Que hablas mucho.

–No sé... Lo siento.

–No llores, bobalicona, y no seas cabeza hueca.

–Tengo la cabeza dura –sollozó Mary.

Prince se echó a reír y dijo:

–Dios mío... Me lo voy a pasar bomba contigo, desde luego.

–¡Mary! –llamó el señor García–. ¡Te he dicho que traigas las tostadas con huevo escalfado!

Mary hizo ademán de salir corriendo para cumplir con esa orden, pero Prince se adelantó y la tomó de la muñeca. El señor García le vio y dijo rápidamente:

–Está bien, Mary, está bien.

–Siéntate –dijo Prince–. Mary, Mary Lamb… Me muero de risa. Vaya nombre.

–¿Qué quiere de mí?

–Saber quién eres: eso es lo primero que pretendo averiguar. ¿Quién eres? ¿Eh? ¿Eh? ¿Eres Amy Hide?

–No lo sé –dijo Mary.

–Menuda chica esa Amy.

Mary bajó la mirada.

–Dios mío, espero que no sea así –dijo ella.

–¡Qué cosas hacía…!

–Quiero… Yo quiero que me perdonen…

–¿Que te perdonen?

–Eso es.

–¿Qué?

–Que sí.

Se echó a reír de nuevo.

–Eres increíble –dijo–, pero, ahora, hablando en serio: en este momento me encuentro en una situación de lo más complicada. Y tú también. Sé sincera conmigo y yo seré sincero contigo. Aclaremos las cosas, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –dijo Mary.

–Bien. Hay gente que está convencida de que Amy Hide acabó mal.

–¿Sí?

–Al parecer, sí, acabó muy mal. Todo sea dicho, la verdad es que

siempre andaba buscando bronca, pero… aquí estás tú.

–Si es que soy yo.

–Si es que eres tú. –Sacó un trozo de papel del bolsillo interior de su gabardina–. Tengo algo para ti. Una dirección. Quizá sea tu casa. –Se puso en pie. Los dos orificios nasales emanaban sendas columnas de humo que parecían colmillos fantasmales–. ¿Por qué no vas y lo averiguas, Mary? –dijo.

Mary leyó el papel: la dirección del señor y la señora Hide.

–Mantente en contacto conmigo –dijo Prince.

Mary le siguió con la vista caminar hacia la calle. Un automóvil negro se acercó a la acera y Prince subió a él.

–Sabe quién soy –murmuró Mary mientras atravesaba el atestado café.

–Lo que no soporto es esa sensación de autodesprecio. Por las mañanas. De haber sido utilizado una vez más. No soy más que un tío fácil. Pertenezco a cualquiera… siempre que se trate de una estrella de cine. Soy pan comido. Abro los ojos y ahí están: Mia o Lisa, Bo o Elke, Nastassia, Sigourney, Imogen, Julie, Tuesday, Cheryl o Meryl… ¡Ja! Pero no te preocupes, sé perfectamente que no es mi inteligencia lo que las atrae. Como a ti ahora, Mary, por ejemplo…

–Oh, vete al cuerno, Russ –dijo Alan marcando las sílabas. El tono de su conversación había degenerado bastante esa última media hora.

–No, venga. Hablo en serio. Mary. Tú ves a alguien como yo, a un bicho enorme y guarro como yo, con su camiseta, sus vaqueros y demás. ¿A que el mensaje que recibes es clarísimo? S, E, X, O. Venga, dilo, ¿a que es verdad?

–Russ –dijo Alan.

–¡Es cierto! Venga, reconócelo. Brindo por ti, mi vida. Ya sabes que soy tu hada buena.

–Sí. Salud –dijo Alan alzando su vaso.

–Una cosa te digo, guapa –dijo Russ–, y es que has animado un montón este lugar. En serio. Le has dado vida. La anterior siempre

andaba por ahí con cara de perro. Un viejo caniche.

–Sí –dijo Alan–, es verdad. Tiene razón.

–Claro que sí –dijo Russ.

–Es fantástica –dijo Alan.

–Fíjate. Yo creo que es su voz. Habla como una puñetera princesa.

–Cierto. Como una puñetera duquesa.

–¿Qué digo? ¡Como una puñetera emperatriz! En serio. Estaría oyéndola día y noche. ¡A tu salud, Mary! ¡De tu hada buena!

¿Lo veis?, quería decir Mary. Soy buena... Sí, lo soy.

Miró a su alrededor y contempló todo el café. Aunque el ambiente de intercambio resultaba tan solo medianamente frenético, el local estaba tan atestado de gente y se oían tantas cacofonías como el local al que recordaba haber ido el segundo día con Sharon, Jock y Trev, pero ahora las cosas le parecían ya mucho menos ruidosas y variadas. Oh, sí, eso sí, seguían pareciéndole interesantes, interesantes, interesantes: el modo en que aquella mujer alzaba la vista de su periódico hacia la ventana y emitía un suspiro de agotamiento o el modo en que a aquel hombre se le esbozaba una sonrisa cargada de cariño al contemplar la paciencia de su perro, tendido bajo la mesa con el morro entre las patas. Sí, pero todo esto no basta para saciar mis pensamientos; ni siquiera aquí, con amigos, gastándome el dinero que he ganado vendiendo mi tiempo. Me estoy volviendo como los demás, pensó. Estoy haciéndome miedosa y permitiendo que el presente se desdibuje.

*

Tenía que pasar, Mary.

La vida está hecha de miedo. Hay personas que se alimentan de sopa de miedo tres veces al día. Algunas personas toman sopa de miedo en todas las comidas. Yo tomo sopa de miedo alguna que otra vez. Cuando me sirven sopa de miedo, intento no tomármela, intento devolverla, pero a veces me da demasiado miedo devolverla y acabo

tomándomela.

No temas la sopa de miedo. Devuélvela.

Algunas personas sienten miedo y otras, en cambio, se sienten confiadas. ¿Qué sientes tú? Tú no sientes confianza, lo sé. Lo sé, porque, de hecho, nadie la siente. Ni siquiera los hombres y las mujeres más seguros tienen confianza. Nadie la posee. Todo el mundo tiene miedo. (A no ser que tengan una tercera cosa que los hombres llaman locura.)

Temen ser ellos mismos un secreto que la gente terminará descubriendo algún día. Temen no ser más que un chiste que la gente pillará algún día.

¿Sabes, por ejemplo, qué teme el pequeño Alan? Teme que Mary y Russ no tarden en irse solos a algún lugar para disfrutar de una larga y frenética sesión de sexo. Lo teme. Imagina a Mary quitándose sus braguitas inmaculadas y echando una tímida ojeada por encima del hombro mientras el dotadísimo Russ la observa sonriente desde la cama. Y se imagina a sí mismo, a Alan, contemplando la escena desde un escondite indeterminado, en silencio, sin pestañear y completamente calvo, como si fuera un ser procedente del futuro. Russ, por su parte, teme que Alan le revele a Mary, o que Mary descubra accidentalmente, que él, Russ, no sabe leer ni escribir. (Russ tiene además otro punto débil: se niega a creer que su pene es anormalmente pequeño y, al hacerlo, se equivoca: debería dejar de resistirse a creerlo. Sí, su pene es anormalmente pequeño.) Mary, por su parte, teme la dirección que lleva en el bolso. Teme a Prince y todo cuanto este pueda saber. Teme que su vida ya haya transcurrido de alguna manera decisiva; que la vida que está viviendo ahora no sea más que el reflejo de otra vida, su espejo o su sombra. Todo lo que ve posee una faceta inquietante, como un prisma sumergido en gasolina, como un conjunto de rostros envueltos en llamas, como la gente cuando atraviesa zonas de luces y sombras: visiones que intuimos que deberían revelarnos algo, que no tardarán en revelarnos algo o que ya nos han revelado algo que se nos ha escapado y que jamás volveremos a tener la oportunidad de saber.

*

–Hora de cerrar –dijo el hombre del mostrador–, hora de cerrar,

señores, por favor.

Alan se puso en pie de un salto con expresión culpable y, al golpear la mesa con la rodilla, derribó un vaso vacío. Russ intentó atraparlo en el aire, pero no consiguió sino acelerar su caída hacia el suelo. No se rompió, ni estalló. Resucitó con un rebote y regresó a su sitio sobre el mantel húmedo.

–Esto, escucha… Te acompañamos a casa –dijo Alan rápidamente.

–Sí, ¿dónde vives? –preguntó Russ.

–Cerca de aquí. Vivo con unas chicas –dijo Mary.

–Entonces, yo no voy. No puedo arriesgarme –dijo Russ.

Pero se arriesgó. Los tres se arriesgaron. Caminaron entre los gritos y las sombras de la noche. Cada vez que se oía el portazo de un automóvil, desaparecía una luz. La semana concluía con un suspiro inquieto, preparándose para volver a comenzar desde el principio.

–Hablarás con ellas por mí, ¿verdad? –dijo Russ–. Se lo explicarás y todo eso…

–Si quieres –dijo Mary–. No creo que las veas. No puedes entrar.

–Se trata de uno de esos lugares de patrona a la puerta, ¿eh? –dijo Alan–. Nada de transistores, nada de gatos.

–Y nada de estrellas de cine –dijo Russ–. Ahí está el fallo.

–No, en realidad no es así –dijo Mary.

Llegaron donde vivía Mary. Dos muchachas fumaban en los escalones. Contemplaron en silencio a los recién llegados unos segundos y, después, siguieron fumando. Mary podía ver el humo que escapaba de sus labios en pequeñas nubes. No hablaban de nada importante. A través de la puerta abierta se veía el viejo pasillo verde y se percibía la suave respiración del tablón de anuncios.

Alan se volvió hacia ella.

–¿No vivirás ahí, verdad, Mary? –preguntó de manera entrecortada y suplicante.

–Sí –contestó ella–, me temo que sí.

–¿Cómo has podido terminar aquí, muchacha? –dijo Russ.

–No había otro sitio.

–Esto no puede ser –musitó Russ con gravedad.

–¿Qué te ocurrió? –preguntó Alan con ojos implorantes–. Quiero decir, ¿no tienes familia, ni nada?

Mary no podía responder. Ya no sabía qué decir. La señora Pilkington había aparecido en el umbral, en la mano su manojo de llaves. Las muchachas se incorporaron y arrojaron las colillas al aire. A continuación, se volvieron sin alzar la vista del suelo. Mary dio un paso adelante. No había nada que decir. A mitad de la escalinata de entrada, se giró y dijo adiós con la mano. Los dos hombres la vieron entrar sin sacar las manos de los bolsillos. Después, también ellos dieron media vuelta y echaron a andar por el largo desfiladero de aquella calle.

–Su parada –dijo el conductor.

¿Y qué has hecho tú en la vida?, se preguntó Mary al bajar del voraz autobús rojo. El conductor la siguió con la mirada, respirando por la boca. Era grande, grueso y rojo como el autobús que conducía. Mary le devolvió la mirada o permitió que la de él rebotara sobre su rostro, como si este se tratara de un espejo. El autobús esperó obedientemente, respirando también por la boca, jadeando a la espera de partir de nuevo. Las puertas se cerraron y el vehículo se estremeció y se puso en marcha con un gruñido.

Mary echó a andar. A ambos lados de la calle se alzaban unas casas grisáceas, pedantes y cubiertas de musgo, estoicamente apartadas de la calzada y separadas de esta por anchas extensiones de hierba desde las que numerosos aspersores lavaban con sus chorros los efímeros arcoíris que flotaban en el aire. En las melosas sombras de los muros de los jardines revoloteaban en una nube confusa de confeti de mariposas y gruesas abejas. Todo ello sucedía ante los ojos de Mary aquel domingo por la mañana. No hace tanto tiempo, Mary habría permitido a sus sentidos disfrutar con la voluptuosidad del presente, pero ahora sentía hervir su mente hecha jirones. Había perdido aquella habilidad suya para elegir el tema de sus pensamientos; sentía que los pensamientos ya no le pertenecían.

Aclarándose la garganta, alisándose la falda, abriendo y cerrando

innecesariamente el bolso, preguntó el camino a otras personas. No había mucha gente por la calle: algunos hombres que transportaban fardos de periódicos, unas cuantas mujeres que empujaban cochecitos, ancianos..., pero preguntar el camino era la manera más sensata de llegar a los sitios. Antes o después, siempre daba resultado.

Ya había encontrado la calle y comenzó a contar los números, perdiendo el paso una y otra vez, cuando, de pronto, se detuvo, se llevó una mano a la boca y un nuevo recuerdo se atravesó en su camino... Ahora no, ahora no, pensó, y recordó cómo, siendo mucho más joven, se había visto obligada a abandonar su habitación y entrar en otra estancia diferente donde había otras personas. Se estaba poniendo un vestido de color rosa, un vestido que su piel adoraba. No se trataba del rosa pastel que suelen llevar las niñas pequeñas; ese color albergaba ternura, pero también sangre: era el color de las encías y de las partes más íntimas del cuerpo. Levantó el vestido y parpadeó al deslizarse la sombra rosada ante sus ojos. Se alisó las caderas como si el color y la textura fueran idénticos a los de su alma. Lanzó una rápida ojeada por la habitación –su habitación, una habitación que, una vez más, no era más que un decorado para su propio ser–, abrió la puerta y echó a andar por el pasillo en dirección a la otra puerta y a las voces y los ojos que había tras ella.

¿Se abrirá?, pensó Mary, inmóvil en el silencio de la calle, con las manos en la cabeza. En fin, no tardaré en averiguarlo.

11. ¿LA NENA DE QUIÉN?

La puerta se abrió. Apareció una mujer vestida de negro.

Mary intentó empezar, pero no pudo.

–Pero si eres Nena –dijo la mujer con inquietud o preocupación en su voz.

Mary sintió que su mandíbula temblaba.

–¿Nena? –dijo.

La mujer se inclinó hacia adelante. Un destello de asombro cruzó por sus ojos.

–Oh, perdón. ¡Dios mío! –Retrocedió, llevándose la mano a la altura del corazón–. No me hagas caso. ¿Puedo ayudarte en algo, hija mía? –añadió tratando de sonar más natural.

–Ya veo... Lo siento. Yo...

–Escucha, ¿te encuentras bien, hija? Pareces... Diría que... ¡George!

Cinco minutos más tarde, Mary estaba sentada con una taza de té en la cocina a esas horas bañada por el sol. Al igual que la mujer de negro, sujetaba su taza con ambas manos. Soy una chica, pensó, y por ello utilizo las dos manos para beber líquidos calientes. Por algún motivo, las chicas siempre lo hacen. ¿Por qué? George solo utiliza una. Los hombres solo utilizan una mano a pesar de que su pulso no es tan firme como el nuestro. Acaso se deba a que las muchachas tienen las manos más frías. La cocina, el pasillo, la casa, no significaban nada para ella. Nada.

–Habrá sido por el calor... –dijo la mujer de negro–. Y yo, probablemente, te he asustado. Pensé que era Nena, George. Por un instante habría jurado que Nena había venido a visitarnos. ¿No crees que se parece a Nena, George?

–No mucho –dijo George.

–Perdone, ¿la nena de quién? –dijo Mary.

–Nena es la menor. Se llama Lucinda, pero siempre la hemos

llamado Nena. Perdona, ¿cómo dijiste que te llamabas, hijita? –preguntó volviendo a su otro tono, más neutro.

–Mary Lamb. He venido a preguntar por Amy Hide.

El nombre produjo un efecto inmediato: qué nombre más fuerte, pensó Mary, sobresaltada, qué nombre más potente. La mujer de negro le lanzó una mirada airada y sorprendida, pero George desvió la mirada, pareció partirse en dos y humilló la cabeza. A veces, Mary también reaccionaba así cuando pensaba en lo que le había hecho al señor Botham.

–¿Sí? Pues cuanto menos se hable de ella, mejor –dijo la mujer con tono tajante. George soltó un gruñido de aprobación y echó mano de su pipa.

Como había medio planeado hacer, Mary respondió apresuradamente:

–Lo siento. La conocí hace mucho tiempo, antes de que... Sé que es muy triste lo que ocurrió.

Entonces la mujer hizo algo que Mary solo había leído que sucediera en los libros. Lanzó una risa amarga. Conque eso es una risa amarga, pensó Mary. Advirtió que aquello no era una forma de risa en absoluto: ese era el sonido que las personas emitían para mostrar su rechazo unánime.

–¿Triste? –dijo–. No es triste. En aquella muchacha no había nada triste.

Mary se sintió desolada. Dijo:

–Pues para mí lo es.

–Ay, lo siento, hijita... Claro que sí. ¿Te encuentras mejor ahora? Tómate otra taza, cielo –dijo mientras se ponía en pie para alcanzar la tetera.

–No, gracias –dijo Mary.

–Lo que pasa es que no puedo dejar de pensar en el dolor que causó a sus pobres padres. Juraría que su madre murió de pena a causa de esa chica. Oh, sí, juraría que sí...

–Marge –dijo George.

Marge se dejó caer en la silla y se llevó las manos a la frente. Las puntas de sus dedos alcanzaban los delicados surcos de su entrecejo. Mary se sorprendió al ver lágrimas brillantes y cristalinas como gotas de hielo bajando por sus mejillas.

–Marge –dijo George.

–Yo... Sí, lo siento. Un minuto y estaré bien.

–Lo siento –dijo Mary. Todo el mundo lo sentía muchísimo.

–¿No tiene gracia que todavía sea capaz de hacernos sentir así?

Mary comenzó a llorar también. Sintió las lágrimas deslizándose milímetro a milímetro por sus mejillas, pero no tuvo fuerzas ni para enjugárselas con las manos.

–Oh, Dios mío, tú también estás llorando.

George se dirigió al fregadero y regresó con una larga tira de papel. Cortó varios trozos, repartió unos cuantos y se guardó uno, tras lo cual se sonó de manera violenta. A continuación, como si fuese lo más natural del mundo, los tres, agotados, sintiendo alivio, se echaron a reír suavemente.

Mary dijo:

??Otra cosa. Siento todo esto. Lo siento mucho. En ningún momento pretendí herirles... ¿Podría ver su habitación, la habitación de Amy? Es muy importante para mí.

O podría serlo, pensó. Podría serlo.

Recorrieron el pasillo de la primera planta en fila india. De haber tenido tiempo, Mary se habría preguntado por qué las personas necesitaban tanto espacio y tantas cosas que disponer en el mismo. Quedaba mucho espacio entre una cosa y otra... Pero se sentía entumecida, se sentía en carne viva, y tan solo deseaba que lo que tuviera que ocurrir a continuación ocurriera rápidamente.

–Es aquí –dijo Marge.

Una vez más, Mary sintió una ráfaga de calor en su cabeza. Marge vaciló y George se situó detrás de Mary, tan cerca que ella podía percibir su aroma a tierra y el lento sonido de su respiración.

–Evidentemente, todo está distinto –dijo Marge con la mano aún

sobre el picaporte blanco–. Hace… Amy no ha vuelto por aquí desde hace, a ver, oh, tiene que hacer ya ocho o nueve años. Ahora lo tenemos de cuarto de invitados. Pero algunas cosas no han cambiado.

La puerta se abrió, permitiéndoles el paso, y luego se cerró tras ellos.

La habitación contempló a Mary de arriba abajo. Era una habitación normal y contempló a Mary con mucho recelo. La soleada mesa que se alzaba frente a la ventana cubierta con un mantel blanco sostuvo su mirada durante unos segundos y luego bajó la vista y volvió a su estado natural. La estrecha cama se acurrucó en el rincón y escondió la cabeza bajo unos cojines. Los juguetones trasgos y duendes que adornaban el papel de las cuatro paredes y que antaño surtieron las tenaces pesadillas interminables ahora no le decían nada. Vuelto de espaldas desdeñosamente y con los brazos cruzados, sin dejar de golpear impacientemente el suelo con el pie, el viejo reloj del tocador continuó su lento tictac sin dignarse mostrar el rostro. Mary alcanzó a vislumbrarse a sí misma en el espejo y el espejo le dijo lisa y llanamente que desconocía si a ella le correspondía estar allí y que, además, si alguna vez aquella habitación había albergado alguna alma, esta había desaparecido o había muerto hacía mucho tiempo.

–¿Qué es eso? –dijo Mary para intentar ocultar el pánico que sentía.

Sobre la repisa de la chimenea estaban dispuestos en fila varios marcos de metal con fotografías. Mary y Marge se acercaron y recorrieron con la mirada toda la balda. Había grupos aislados de personas que saludaban o hacían gestos. Un perro sentado bajo el sol jadeaba con expresión feliz, esperando quizá que la cámara resultara ser comestible. En otra fotografía, Marge y George, con las mejillas juntas, parecían estar muy unidos. Había un retrato más grande y menos informal de un hombre, una mujer y una niña pequeña en una pradera dominada por un cielo hostil. El hombre era alto y de facciones angulosas y su pelo era de un gris brillante; la mujer, alta y morena, madura, pero mujer aún, y aún dotada de un destello femenino en los rasgos de su rostro, apoyaba una mano sobre el hombro de él y su expresión era de amable insistencia; entre ellos, enmarcada por sus siluetas, se encontraba la niña.

–Ella es Nena –dijo Marge–. Hace muchos años, por supuesto.

–Sí, ¿y ellos quiénes son?

–Él es el profesor –contestó Marge tragando saliva– y ella es la señora Hide.

Mary se volvió hacia ella y dijo:

–¿No es usted la señora Hide?

–¿Cómo? ¡Dios mío, no! Dios bendito. Nosotros nos limitamos a, ya sabes, solo cuidamos de la casa cuando no está el profesor.

–Entiendo.

–La señora Hide… –Sus rasgos se tensaron y se llevó una mano al pecho–. Como habrás imaginado, no voy vestida de negro por Amy –dijo.

–Lo siento.

Así que sí le había roto el corazón, pensó. Amy le había roto el corazón.

Marge alzó nuevamente la mirada hacia la balda. La última fotografía albergaba a un joven de aspecto elegante. Con la barbilla apoyada en los nudillos, los contemplaba con ojos serios y pacientes.

–Michael… –dijo Marge con voz ronca–. Hoy en día es famoso, por supuesto. Telefoneó al profesor nada más enterarse. Siempre fue un muchacho muy atento. –Desvió la mirada–. No hay ninguna de Amy –añadió en voz baja.

Mary pasó el resto del día sentada en un banco de un parque cercano, viendo jugar a las familias. Extendían mantas y se sentaban sobre ellas en grupos. Los niños pequeños zumbaban, gritaban y protestaban, derramaban cosas y echaban a correr. Antes o después, la mayoría de ellos acababa recibiendo algún golpe, muchas veces un golpe fuerte y cruel. También muchas veces sus altos guardianes se hablaban de malos modos, agotados quizá por el calor y la mutua antipatía. De hecho, había varias familias ninguno de cuyos miembros parecía disponer de un solo segundo para los demás, ni un instante, nada. Sin embargo, al morir el día, cuando ya apenas había luz, las familias regresaban a sus casas en grupo, casi siempre en parejas. Los pequeños caminaban de la mano de los mayores y los ancianos los seguían a corta distancia.

Cuando volvió al trabajo al día siguiente, le pareció que todo había cambiado.

Hasta las moscas la evitaban. Hasta las moscas la habían desenmascarado.

Russ trabajaba tras su mostrador con expresión sombría. Cada vez que entregaba un plato a Mary, evitaba que sus miradas se cruzaran. Todo era más difícil así. A Mary se le cayó un plato –un huevo tembloroso que se agitó indefenso en medio de una tempestad de sangre de tomate y fragmentos de loza– y, mientras lo limpiaba, pudo vislumbrar el reflejo de Russ sobre la luna: su ancho rostro aparecía partido por una sonrisa de venganza. Incluso Alan la había saludado con frialdad. Ya no sentía la suave sonrisa de sus ojos y, cada vez que se volvía hacia él, nerviosa, siempre le sorprendía mirando en dirección contraria, como si se burlara en silencio de ella y de sus pérdidas. No lo soporto, pensó Mary. Esto es insoportable. ¿Qué se supone que hay que hacer cuando no puede soportarse algo así?

A media mañana, sola en la cocina humeante y amarillenta, Mary aún temblaba frente a sus platos. Como aquellos platos, su mente parecía agitarse y salpicar en un torbellino repugnante de agua. ¿Por qué la odiaban? Pensó que debía de ser por la Residencia. ¿Tan malo era estar allí? ¿Acaso aquella parte de uno contaminaba todas las demás? ¡O quizá fuera por los libros! Al regresar a la Residencia la noche anterior, descubrió que la señora Pilkington había confiscado cuatro de los libros que le habían prestado los muchachos, sin más explicaciones. Quedaban dos: Britt e Introducción a la gestión de empresas. Mary ignoraba hasta qué punto aquello era grave y no sabía qué hacer al respecto. Entonces, la asaltó un pensamiento que hizo que todo su cuerpo estallase de calor. ¿Todo había salido a la luz? ¿Acaso ya sabían todo sobre ella? Lo siento, lo siento, lo siento, recitó para sus adentros, y continuó su trabajo. Las moscas seguían volando a su alrededor dibujando bóvedas de ansiedad cada vez mayores. Qué infame debes de ser, pensó. Qué infame debes de ser cuando incluso las moscas te rehúyen.

Justo al dar las doce, sonó el teléfono en el cubículo de Alan. Mary pudo oírle pronunciar entrecortadamente unas cuantas palabras ahogadas de agradecimiento. Desde la antecocina pudo percibir el alivio que inundó el espacio. Al darse la vuelta, vio a Russ, ansioso, observando detenidamente a Alan, que permanecía en el umbral de su puerta con una sonrisita avergonzada.

–Perfecto –dijo Alan–. Si la quieres, hay una habitación libre donde

vivimos. Está amueblada y no tendrás que pagar más que tu parte de los gastos. Puedes mudarte cuando quieras. Se trata de una especie de buhardilla.

–¿Una buhardilla? –dijo Russ–. Es un estudio, hombre. Un estudio cojonudo, eso es lo que es.

–¿Y bien? –continuó Alan–. ¿La quieres?

–Sí, por favor –dijo Mary echándose a llorar. En parte lloraba de alivio, pero también porque ahora sabía con seguridad que se había equivocado al juzgar a los demás.

–Vaya por Dios, ya tenemos lagrimitas –dijo Russ–. ¿Oyes cómo aúlla?

Alan y Russ corrieron a la vez hacia ella. Alan se detuvo y hubo de conformarse con ver a Russ abrazando a Mary con confianza.

–Vamos, Mary –protestó este con voz suave–. No sientas pena. Siempre mantengo un par de habitaciones libres para mis chicas. Cada vez que llega una nueva, como tú, por ejemplo, echo a una de las antiguas a la calle. ¿A que no te imaginas a quién he tenido que despedir esta vez? A Ekberg. La verdad es que ya estaba un poco latosa.

–En rigor, es una casa ocupada, pero se trata de una casa ocupada bien organizada –dijo Alan con voz trémula.

–En serio, está muy bien –jadeó Russ–. Ánimo, Mary. Estarás mil veces mejor con nosotros.

*

¿Estará mejor con ellos? ¿Qué opináis vosotros?

Las casas ocupadas son casas de ricos a las que van a vivir pobres cuando los ricos no miran. A veces se convierten en un infierno de hippies, pero a veces resultan agradables (si uno sobrelleva medianamente bien la maldita incertidumbre que reina allí). Algunas casas ocupadas son casi legales. La gente se toma muy en serio eso de vivir juntos.

Allí, no obstante, siempre están ocurriendo cosas que nadie puede evitar que ocurran. En la planta baja, la gente discute por botellas de leche medio vacías, facturas y turnos para usar el baño, como se discute de lo mismo en cualquier parte, pero, al subir las escaleras, detrás de otras ventanas, podríamos hallar a alguien atado a una cama –jadeante, caliente, voraz– y cualquier noche la casa puede estallar en gritos. No pueden evitar ciertas cosas; simplemente no pueden escapar a esas cosas. Ellos también pueden caer en cualquier momento, porque es muy fácil caer cuando uno vive en todo momento al filo de la navaja.

Quisiera ver a Mary lejos de todo esto. Quisiera verla fuera de toda esa zona de riesgo de cárceles y clínicas y comedores de caridad y refugios y reformatorios y casas repletas de mujeres locas. Quisiera verla alejada de tanto cazador peligroso. También podría torcerse ella sola: son cosas que pasan. Podría caer y derrumbarse. Para mí es como una copa de cristal a la que alguien ha golpeado demasiado fuerte con el cuchillo y que vibra en su filo de ruptura.

En el filo de la navaja es por donde yo camino o por donde yo a veces creo que camino. Cuando uno camina por su filo, oye cosas que se hallan a punto de quebrarse, el suelo, las paredes del aire, las costuras del firmamento. Hay otros que también caminan por el mismo filo, pero yo no los veo. Los filos se hallan siempre en lugares distintos, jamás se cruzan. No se cruza ningún filo, no se perfila ninguna figura; todos los que se hallan sobre el filo de la navaja se encuentran solos.

Sí, yo también le he hecho algunas cosas a ella, lo confieso. Pero fijaos en lo que me ha hecho ella a mí.

Fijaos en lo que me ha hecho a mí.

12. POBRE FANTASMA

Aquella misma noche dejó la Residencia y se trasladó con los muchachos a la casa ocupada.

La Residencia vibraba en silencio. Siempre era así cuando a alguien le había ocurrido algo. En la Residencia solían ocurrirle cosas a la gente con bastante frecuencia, más o menos cada tres noches. Esta vez le había ocurrido algo a Trudy. Se había peleado con un hombre y había perdido. Como siempre, la lucha había sido desigual. El hombre le había roto la nariz y dos palas y, por su parte, Trudy no había logrado romperle nada. Se hallaba tendida sobre la cama, envuelta por un turbante de gasa, mientras Mary preparaba su maleta. Trudy también tendría que marcharse: al menor problema, las chicas iban a la calle. Trudy ignoraba adónde iría. Expulsar a las chicas que causaban problemas parecía una regla razonable. Jamás habrían llegado hasta allí de no haberse visto envueltas en problemas. Y jamás podrían dejar de estar envueltas en problemas hasta que no salieran de allí.

–Estaré mejor en otro sitio –dijo Mary.

–¿Ah sí? ¿Y cómo coño lo sabes, Mary?

–Este lugar es el peor, ¿no?

Trudy no respondió.

–En fin, espero que te vaya bien –dijo Mary.

–¿Ah sí?

–Sí.

–Ya... –dijo Trudy.

Mary habría añadido algo más, pero por el modo en que la miraba Trudy, comprendió que ya se encontraba en otro lado.

Honey subió con ella las escaleras. Mary tenía que despedirse de la señora Pilkington y dejar una dirección fija. Russ y Alan, entretanto, merodeaban inquietos por la entrada. Resultaba obvio que a ninguno de los dos le gustaba aquel lugar y a Russ le gustaba aún menos que a Alan. Mary intentó darse tanta prisa como le fue posible.

–Bien, pues buena suerte –dijo la señora Pilkington con tono sombrío–. Quedan algunas cosas por pagar, pero imagino que tu caballeroso amigo se ocupará de eso.

–¿Quién es mi caballeroso amigo? –preguntó Mary deseosa de saberlo.

–¡El caballero que paga tus gastos de manutención! ¿Acaso creías que este lugar funciona por arte de magia?

–Pero ¿quién es?

–¿Cuántos hombres tienes que paguen tus gastos? Estas chicas... Se llama... Prince. ¿Te suena de algo, Mary?

Mary se despidió de Honey en la entrada. Honey le dijo a Russ que tenía unos ojos muy bonitos y Russ se la quitó de encima entre bromas y asió la maleta de Mary.

–Eres muy afortunada de poder vivir con un hombre tan guapo y tan fuerte, Mary.

–¿Lo veis? –dijo Russ–. ¿Lo veis? ¿Lo veis?

Mary se alegró de que Honey hubiera dicho aquello. Les dio –al menos, le dio a Russ– algo de qué hablar por el camino. Mary no tenía nada en contra de los silencios rutinarios, opacos e interminables que solían surgir cuando estaba con Russ y Alan, pero a ellos sí les molestaban, especialmente a Alan. Aquellos silencios hacían que su garganta se hinchara expresiones compuestas de palabras anticuadas, tras lo cual Alan se las veía y se las deseaba para lograr manipularlas hasta lograr darles algún sentido. Mary prefería aquellas ocasiones en las que Alan se relajaba y volvía a mostrarse preocupado por su pelo y Russ continuaba preocupándose por aquello que fuera que siempre lo tenía preocupado.

–Esto va a ser para ti como una nueva vida, guapa –dijo Russ–. He estado pensando en ello y, bueno..., si te portas bien, quizá te permita darle un mordisquito a mi plato fuerte.

–Russ –dijo Alan, arrancándose un mechón de pelo–. Sí –añadió con voz ronca–, será bonito tenerte allí.

Y fue bonito.

La casa ocupada estaba montada en un edificio alargado situado al final de un callejón sin salida. Los automóviles podían aparcar, pero iban y venían con sigilo, sabedores de que los niños chillones eran los auténticos dueños de la calle. La casa se hallaba repleta de gente normal y corriente (aunque luego resulta que las personas más ordinarias son tremendamente extrañas y viven sumidas en sus sueños y sus miserias o, al menos, eso pensaba Mary). Basta con escucharlas: si les das tiempo suficiente, acaban contándote todo. En el sótano vivía Vera, una irlandesa joven y astuta de dientes torcidos cuyos movimientos estaban dotados de una soltura especial. Vera era actriz, pero rara vez encontraba algo en lo que actuar. Su ambición consistía en hacerse famosa y ganar muchísimo dinero. En la habitación contigua, vivía Charlie, un viejo australiano chispeante que se enorgullecía de no avergonzarse por haber sido condenado hacía siete años por pederastia. Charlie aseguraba con chulería que jamás volvería a abusar de menores y solo se preocupaba de mantener a punto su motocicleta, pero esta alcanzaba ya tanta velocidad que él apenas se atrevía a utilizarla. La habitación de Russ también se encontraba en el sótano.

La planta baja era comunal, a excepción del espacioso estudio que Norman se había adjudicado a sí mismo. A Norman, un hombre gordo y pálido que siempre vestía vaqueros demasiado holgados, se le consideraba como el cerebro de aquella casa ocupada. Toda su vida había luchado contra lo que él denominaba un «grave problema de peso»; tampoco podía decirse que lo hubiera resuelto, al menos todavía no, ya que la más mínima desviación de su dieta de inanición le conducía irremediablemente a la obesidad en pocos días, un hombre que en sí ya era increíblemente gordo. En la primera planta vivía una familia entera compuesta por tres personas: Alfred, un taciturno hombre de negocios nacido en el centro de Inglaterra que todos los días pateaba de arriba abajo la ciudad en busca de oportunidades de negocio sin hallar ninguna; Wendy, su esposa, una mujer ancha de hombros pero enfermiza, que no se quitaba la bata en todo el día, y el hijo de ambos, Jeremy, un niño de ocho años siempre demasiado asustado como para hablar de lo que quería o de lo que temía.

Alan vivía en la segunda planta, junto a una habitación compartida por dos negros, Ray y Paris, que gastaban todo su dinero en las carreras de caballos o de galgos de Battersea pero carecían tanto de galgos y caballos como de dinero. Los dos soñaban con convertirse en jugadores profesionales de rugby (y a menudo se les veía intentado perfeccionar su juego en medio de la calle). Ray deseaba poder jugar algún día con el Leyton Orient y, por su parte, Paris tenía todas sus

esperanzas depositadas en el Manchester United. Ambos tenían treinta años y se parecían en muchos otros aspectos.

Sola en la buhardilla vivía Mary.

Su habitación tenía alma, una débil presencia que flotaba en el ambiente pero que se movía de un lado a otro con soltura y la habitación aceptó a su nueva ocupante. Disponía de una cama, dos juegos de sábanas, tres mantas, una ventana dividida en cuatro partes, dos mesas, una alta y una baja, una lámpara, un lavabo, dos grifos, tres estantes, un armario, dos cajones, cuatro paredes, seis perchas y catorce tablas que, iluminadas por el sol, componían el suelo. Ideal. Con el dinero que había ahorrado vendiendo su tiempo (así como con algo más que Alan había insistido en que aceptara, ya que su tiempo era más valioso que el tiempo de Mary, aunque él no pareciera desear el dinero que representaba), Mary se compró algún que otro Imperial Leather, algún que otro Antique Gold, algún que otro Cracker Pink, algún Honey Beige, algún Scottie, algún Corgi, algún Panther y algún Penguin. Al regresar del trabajo, solía correr escaleras arriba para comprobar que la habitación seguía allí y que seguía siendo una habitación ideal. Más tarde, se tumbaba en la cama y leía sin desmayo hasta bien entrada la noche.

Leyó La bella y la bestia, Altos y bajos, Los vivos y los muertos y Hermosos y malditos; leyó La verdadera historia de Sebastián Knight, Una vida perdida, La vida futura, ¿Qué es la vida?, Una especie de vida y Vida terrena; leyó Sueños de muerte, Murieron para vivir, Morir al día, Muere, cariño, muere y La muerte de Ivan Ilich. Leyó Laberintos, Escrúpulos, América, Tristeza, Desesperación, Noche, Amor y Vivir. No tardó en aprender que muchas veces los títulos eran engañosos. Algunos de los libros estaban muertos: se hallaban vacíos, no albergaban nada en su interior. Otros, sin embargo, estaban vivos: se extendían hacia ella y parecían albergar todo, como oráculos, como el aleph. Se acostumbró a madrugar y solía encontrarlos aún abiertos sobre la mesa al levantarse: fríos, pacientes, conscientes de su poder.

No obstante, había una cosa que los libros no pudieron hacer: no lograron que ella soñara de nuevo ni que volviera a dominar sus sueños en modo alguno.

Tampoco llegaban a explicar qué había que hacer para vivir con otras personas.

El resto de la semana hubo tres pensamientos que no le abandonaron ni un instante: el recuerdo de Amy y de lo que había hecho; el fantasma de Prince y de lo que podría hacer, y Alan. Alan la contemplaba desde el rellano todas las mañanas. Permanecía allí como un espectro condenado a esperar eternamente al otro lado de las puertas de los vivos. A juzgar por el temblor de su voz cuando la saludaba –«Buenos días, Mary»–, cualquiera habría pensado que llevaba allí toda la noche. Su voz parecía ir quebrándose por falta de práctica. Revoloteaba por las escaleras del edificio, esperando a Mary y gritando al soñoliento Russ, que valoraba más unos cuantos minutos de cama que el desayuno elemental que Alan y Mary solían compartir con Charlie, Alfred, Vera, Jeremy y Paris.

Alan la seguía con los ojos durante las horas de trabajo. Su mirada partía de su pequeño cubículo, viajaba hasta ella y montaba guardia junto al fregadero. Mary sentía su caricia a lo largo de la espalda. Revoloteaba también por el vestuario al llegar la hora del cierre y Mary continuaba sintiendo su campo magnético toda la tarde, en el salón comunal de la televisión e incluso cuando salía sola al jardincito. Allí eras bien recibido, siempre y cuando te ocuparas de las flores, las verduras, las malas hierbas y las hirientes ortigas. Por último, revoloteaba al anochecer para ver a Mary subiendo su tramo de escaleras y siempre decía «Buenas noches, Mary» o «Que duermas bien» o «Que Dios te bendiga, Mary», como si con ello sellaran un nuevo día de honroso aunque vano esfuerzo por una causa que una vez más habría de esperar hasta el amanecer, momento en el que volvería a hallársele esperando en el rellano. Dios mío, pobre fantasma, pensaba Mary.

Alan nunca hacía ni decía nada. Quien no paraba de hacer y de decir cosas era Russ. El viejo García era más afectuoso y expresivo que Alan y hasta el lánguido Antonio la obsequiaba ya abiertamente con caricias ansiosas. Pero Alan no hacía nada. Russ le pegaba dolorosos pellizcos en las nalgas, le acariciaba la barbilla, le besaba el cuello, le lamía las orejas y hablaba obsesiva y confusamente de los elaborados planes que reservaba para ella o que ella reservaba para él.

–No sé cuándo podré hacerte un hueco, chica –solía decir–, pero podría ser ya pronto. Como norma, no suelo llegar hasta el final la primera noche, pero ya me conoces. Haz que me tome un par de copas y me entra la risa tonta... ¡podrás hacer de mí lo que quieras!

–Russ –solía decir entonces Alan, pero eso era todo lo que decía.

Mary no lo comprendía. Quizá nada de aquello tuviera tampoco

demasiada importancia. Tan solo esperaba que a Alan no le ocurriera nada. Que no se le rompiera nada.

A primera hora de la tarde del viernes, Mary recibió el encargo de acudir a la habitación de Norman. La llamaban por teléfono. Norman le indicó la ubicación del aparato con un gesto triunfal que casi le hizo perder el equilibrio antes de salir tambaleándose de la habitación y cerrar la puerta. Mary ya había visto a la gente utilizar el teléfono en otras ocasiones y confiaba en que sabría arreglárselas. El auricular, brillante y con forma de mancuerna, pesaba más de lo que había esperado, pero sí había acertado al esperar aquella llamada: sabía quién sería.

–¿Sí? –dijo.

Una voz muy débil comenzó a hablar. Sin duda alguna, los teléfonos eran instrumentos de comunicación mucho menos eficientes de lo que la gente decía. Sin ir más lejos, uno apenas oía a la otra persona y la otra persona apenas podía oírle a uno.

–No oigo nada. ¿Qué? –dijo Mary.

Por fin pudo escuchar un gañido colérico:

–¡Digo que le des la vuelta al aparato!

Mary obedeció sonrojándose.

–¡Qué barbaridad! Eres lo que se dice una mujer de mundo, ¿eh? –dijo Prince.

–Lo siento –dijo Mary.

–Bah, olvídalo. No, mejor dicho, no lo olvides. ¡Dios bendito!

–¿Cómo ha sabido dónde encontrarme?

–Suelo saber esas cosas. Escucha, Mary, ¿fuiste allí?

–Sí, fui allí.

–¿Final feliz?

–No. Fue todo muy triste.

–¿No te hizo volver atrás?

–No. Sigo aquí. Allí todo está cambiado.

–¿Cómo? No, quiero decir que si tuviste suerte.

–No sé... Ahora tengo esta habitación.

–Dios mío. –Mary oyó una risa ahogada–. Más vale que elija las palabras con cuidado. ¿Recordaste algo, Mary?

–Tan solo el vestido.

–¿El destino?

–No. No recordé nada.

Prince hizo una pausa.

–Maldita sea –dijo–. ¡Diablos! Escucha, ¿por qué no sales conmigo mañana por la noche?

–Porque no quiero –dijo Mary.

–No puedo negar que resultas interesante, Mary. Sí, te lo concedo: eres interesante. Me temo que no me queda más remedio que insistir. Mañana. Te recogeré al salir del trabajo.

–¿Qué quiere de mí?

–Nada. Enseñarte la ciudad, eso es todo.

–¿Qué parte de la ciudad?

–Ya lo verás. Hasta mañana, Mary.

–Hasta mañana.

Se reunió con Alan en la escalinata de la entrada. Durante un rato, estuvieron mirando a los niños jugar o, al menos, eso hizo Mary. Se dijo que Alan estaba demasiado ocupado temblando y arrancándose mechones de pelo como para perder tiempo con otra cosa. Los niños subían y bajaban por la calle, siguiendo los recorridos que les trazaban su propia energía. Las niñas, sentadas en los jardines de enfrente, los seguían con la vista desde sus tronos. La crueldad surgía con facilidad en los niños y afectaba también a las niñas. En cierta ocasión, Mary había visto al pequeño Jeremy, el tartamudo, arrinconado contra un automóvil por uno de aquellos jovencitos fuertes y desalmados. Jeremy sonreía lívido y su agresor le mantenía inmóvil mientras

giraba hacia las niñas en espera de un gesto de adoración por su parte.

–¿Mary? –dijo Alan una vez que consiguió controlar sus temblores.

–¿Sí? –dijo Mary, volviéndose hacia él. Lamentaba estar haciéndole todo aquello al pobre Alan. Sabía que era la causante de su nueva expresión atontada, del temblor de sus manos, de su sonrisa a lo Jeremy. Había conseguido su habitación gracias a él y ella le pagaba de este modo. Mary le había descubierto a Alan un caos en su interior que ni ella misma comprendía. No era nada justo, y lo lamentaba.

–¿Con quién hablabas por teléfono?

–Con un hombre que conozco.

–Ah. –Alan encajó la respuesta como si se tratara de un reproche suave, aunque hábilmente agudo y bien merecido, por otra parte–. ¿Mary?

–¿Sí?

–¿Qué es lo que más te gusta hacer cuando sales de trabajar?

–Leer en mi habitación.

–Ah. Eso sí que está bien –dijo Alan. Súbitamente, se llevó a la boca la mano que agitaba como si su risa se hubiera transformado en un acceso de tos sin previo aviso–. No. Quiero decir, ya sabes, los fines de semana, las tardes libres...

–Oh –dijo Mary precavida.

–Porque estaba pensando una cosa. Si no pudieras, o lo que sea, dímelo, pero... Pero estaba pensando si querrías salir por ahí conmigo. Mañana. Por la noche.

–Mañana por la noche he quedado con un hombre –dijo Mary.

Alan se mordió el labio inferior, alzó las cejas y asintió doce veces con la cabeza.

En ese momento llegó Russ. Subió los escalones con un trote ligero y se detuvo al ver a Mary, como si jamás la hubiera visto hasta entonces. Extendiendo el índice con gesto estudiado, le alzó la barbilla y la besó, alentando su propia boca hacia el interior de la de la muchacha hasta hacerle cosquillas en los dientes con sus labios. Mary pensó que, si Russ quería hacer aquello, la verdad era que se trataba

de algo sumamente agradable y reconfortante, por lo que abrió más la boca y le rodeó el cuello con uno de sus brazos para no perder el equilibrio. Siguieron así un buen rato. Por fin, Russ separó sus labios con un chasquido, la contempló de arriba abajo unos instantes, sacudió la cabeza con gesto severo y apenado y reanudó su camino escaleras arriba. Alan emitió un débil gemido, se arrancó un puñado de pelo de la coronilla, se puso en pie y echó a correr calle abajo a tal velocidad que incluso los niños se detuvieron a contemplar la carrera conteniendo el aliento.

*

Dime. ¿Alguna vez lo has pasado tú tan mal como lo pasó Alan al día siguiente? ¿Has experimentado esa clase de dolor? Es horrible, ¿verdad? Debe de hallarse entre los dos o tres peores que existen. Hoy en día, esa clase de dolor es tan poco popular que algunas personas fingen no sentirlo, pero no te lo creas ni un segundo. El problema del dolor es que duele. Ay. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡El dolor duele! Duele. Si el amor es lo mejor que uno puede sentir, esto es lo peor. Pero el dolor es algo que siempre puede aparecer cuando nos enamoramos de otras personas.

Sin duda, hoy Alan lo está pasando mal. Sin duda, hoy Alan está sufriendo muchísimo dolor. Cuando estamos enamorados e intentamos que la otra persona se enamore de nosotros, somos capaces de escuchar la textura de nuestros propios pasos, el silbido de nuestra respiración, nos sentimos contemplados por ojos invisibles y, por la noche, algo parece presidir la forma de nuestro sueño. Cada pensamiento viene acompañado de una marca o de una tachadura.

Pero luego sobreviene el fracaso y sentimos su peso. Nos volvemos crudamente conscientes de aquellas cosas que nos hacen ser odiosos. Y eso es lo que le está ocurriendo ahora al pálido Alan, hundido en los infiernos de su cubículo. Se encuentra encerrado en el jardín del castigo. Cada temblor de sus manos, cada tos ahogada, cada pelo de menos son claras pruebas de su propia monstruosidad: sí, él es un monstruo; Alan es monstruoso, porque el amor nos convierte en monstruos cuando sentimos el peso del fracaso.

Ahora sus oídos se han unido a esta burla terrible: sufren alucinaciones. A Alan no le ha venido nada bien todo esto. Bastante

mal estaba ya. Y no se atreve a darse la vuelta para comprobar si es cierto lo que está oyendo. Cada burbuja de aire que estalla en el fregadero es un beso de Mary y Russ; cada arañazo en el mantel es el sonido de la mano de Russ recorriendo el vestido de Mary; cada momento de silencio es un instante de paz gozosa que ambos disfrutan entre tantos centinelas de la luz y sus secretos. Con Russ o con otro cualquiera... ¿Qué más da? El mundo entero se está dando un banquete con ella y a ella le encanta. Los pensamientos de Alan son cada vez más venenosos; su cuerpo es como el escenario de un rodeo, de un motín. Cada respiración es una llamarada. ¡Dios mío, cómo sufre! ¡Dios mío, qué mal lo pasa! ¡Dios mío, cómo duelen las penas de amor cuando sentimos el peso del fracaso!

*

Mary percibió el chisporroteo de la radioactividad de Alan, sintió la rotura de su campo magnético, como el cielo por la noche tras la muerte de los reyes, repleto de relámpagos y de la histeria de meteoritos incandescentes, pero no podía comprenderlo, no podía entender una reacción tan desmesurada. Su instinto le había dictado claramente que le ayudara, que fuera amable con él. Sin embargo, cada palabra o cada gesto que le ofrecía resultaban instantáneamente destrozados por el nuevo poder que habían adquirido todos sus movimientos. ¿Qué era aquel poder? Era el poder de obligar a otros a sentirse mal. Las sonrisas de Mary ya no eran sonrisas, al menos para Alan.

Quizá no existiera ninguna manera de lograr que los demás se sintieran mejor en tales ocasiones. ¿Acaso hablar de ello ayudaría? Russ habló de ello.

–¿Qué cojones te pasa hoy? –le preguntó a Alan con hastío durante la breve pausa para un tentempié que se tomaban los tres al llegar el respiro de las primeras horas de la tarde–. ¡Fíjate en sus manos! ¡Fíjate! –Russ se echó hacia atrás y puso un brazo sobre los hombros de Mary–. Ya sabes lo que tiene, ¿verdad, cariño? ¡Trancazo pajillero! Puaj... Mírale. Un repugnante trancazo pajillero es lo que sufre. Tendrás que dejar de hacerte tantas pajas, hijo mío. Mira, Al, ¿sabes lo que te digo? Que te des una vueltecita y lo soluciones, ¿quieres? Maldita la falta que nos haces aquí con esa pinta.

Pero aquello no ayudó. No ayudó en lo más mínimo.

A las siete se prepararon para cerrar el café ya a esas horas vacío. Russ se separó del grupo para ir al lavabo y, por primera vez a lo largo de todo el día, Mary y Alan se quedaron a solas. Sin perder un instante, Mary tomó la mano de Alan y la apretó entre las suyas. Él se giró hacia ella con los ojos cerrados y una mueca de dolor. He metido la pata, pensó Mary, pero lo arreglaré, sí, allá voy. Se inclinó hacia él y, cargando la palabra con tanto significado como pudo, dijo:

–Sí.

Alan abrió los ojos, pero en ese momento los dos vieron llegar un automóvil negro. Prince bajó del coche y se apoyó en la portezuela, sonriendo tan tranquilo y mirándolos de reojo.

Con paso indeciso, se encaminaron hacia la puerta y, en ese momento, Russ salió corriendo para sumarse a ellos. Ya en la calle, Mary vaciló un instante, pero, naturalmente, sabía que no tenía elección.

–¿Quién es ese tipo? –preguntó Russ al alejarse Mary.

–Vámonos, Russ –dijo Alan.

Russ se detuvo unos segundos y los observó durante unos segundos y, a continuación, corrió para alcanzar a su amigo.

13. ACTUACIÓN EN VIVO

–Mira –le dijo Prince a Mary al llegar junto a él. Se giró. Señaló con el dedo índice y, con los antebrazos apoyados en el techo del automóvil, consultó con mirada soñolienta el reloj. Mary miró.

Un hombre salió dando tumbos de una puerta de entrada medio abierta y se estrelló contra la acera. Ya se disponía a ponerse en pie y echar a correr, cuando, con un impulso inhumano o animal, una mujer medio vestida saltó sobre su espalda y lo aplastó contra el suelo. El hombre se estaba retorciendo con todas sus fuerzas para liberarse cuando su chaqueta se desgarró de arriba abajo con un crujido en las manos de ella. Los dos gritaban, la mujer de manera sostenida y en un tono de voz más agudo. El hombre la empujó hasta el portal, por cuya puerta apareció una segunda mujer que al llegar a la primera la sujetó por los hombros–¿le ayudaba a él o la traicionaba a ella?– hasta que el hombre consiguió liberarse a bofetadas. Se las piró a todo correr, pero dos veces pegó una rápida ojeada por encima del hombro. Las mujeres se abrazaban una a la otra, pero una de ellas seguía gimiendo. Producía un sonido voraz e histérico que parecía alimentarse de sí mismo y crecer. Continuaron oyéndolo incluso después de que las mujeres regresaran al edificio y cerraran la puerta de entrada tras ellas.

–Qué cosas más raras –dijo Prince con voz monótona–. Este lugar está repleto de cosas raras. Basta con saber dónde mirar. Cosas extrañas. Vamos.

Abrió la portezuela y esperó a que Mary subiera al automóvil, cosa que ella hizo con torpeza, los pies primero.

–Cuidado con las manos –dijo Prince.

La puerta se cerró con un golpe de aire y la sombra de Prince rodeó el automóvil por detrás. Se sentó a su lado y metió la llave en el contacto. Mary miró por la ventanilla; el café se fue quedando atrás, ocultando su aspecto sombrío. La máquina inclinó el testuz y comenzó a devorar kilómetros. Rápidamente se encaramaron a las vigas de cemento que unían ambos lados de la ciudad mientras el automóvil se lanzaba hacia adelante con todas sus fuerzas, en un intento por alcanzar la cabecera del rebaño.

–Claro. Nunca habías subido a un coche, ¿verdad?

–Oh, supongo que alguna vez habré subido a un coche –dijo Mary dirigiéndose a la ventanilla. Se giró bruscamente hacia él.

Prince sonreía a la carretera que se desplegaba a su paso.

–Tengo tiempo de sobra para ti, Mary –dijo–. Ya te lo dije. Tiempo de sobra.

Aquella noche, la vida estuvo a punto de sobrepasar a Mary. Jamás habría podido imaginar que la ciudad albergara diferencias tan extremas ni energías tan atroces como todas cuantas sintió al ver todo aquel mobiliario urbano, todas aquellas estructuras, toda aquella potencia y todos aquellos excesos. Ya no cabía duda acerca de Prince. Sabía cosas acerca de ella. Sabía acerca de todo.

–Mira –le dijo en el bar de la planta cuarenta y cuatro. Mary se giró y vio a una muchacha pelirroja con un vestido rosa que reía colgada del brazo de un hombre gordo y tuerto. El vestido era de un rosa infantil, pero su pelo era rojo como la carne–. Ha pagado cincuenta libras a una agencia para venir aquí esta noche con ella. A ella le darán cinco, quizá menos. Cinco libras por salir con tipos gordos. Más tarde, cerrarán otro trato entre ellos. Él le dará cien libras, quizá ciento cincuenta. Ella pasará cuatro o cinco horas de su tiempo en su habitación de hotel y regresará junto a sus hijos y su marido, un hombre al que no le importa nada de todo esto, no se puede permitir el lujo de que le importe.

–Mira –le dijo en el calabozo subterráneo. Había detenido el automóvil bajo un puente y había utilizado sus llaves para abrir un agujero en el suelo. Llevaba docenas de llaves en su aro, quizá llaves que abrirían cualquier cosa, quizá llaves de carcelero–. Por aquí es por donde circulan los conductos de energía de la ciudad. Estas venas de cobre son las que mantienen todo en funcionamiento: agua, electricidad, gas...

–Mira –le dijo en el caótico edificio dormitorio situado en una zona vigilada cercana al aeropuerto. Los aviones chillaban en tono plañidero por encima de sus cabezas, con sus luces conectadas a las tinieblas atravesando el aire. Mary se giró y vio a una mujer de tez ocre que iba de cama en cama cargando con un haz de astillas y un niño que no dejaba de llorar–. Esa mendiga pellizca al niño para que chille más fuerte y así le den más dinero, pero también le pellizca para castigarle por los pecados que ha cometido la criatura en vidas

anteriores. Ha debido de ser un niño muy malo para haber nacido hijo de esa mujer. Todo eso suponiendo que haya vida después de la muerte, naturalmente.

–Mira –dijo Prince. A pesar de estar viéndolo a través del parabrisas, Mary no podía creérselo. Un hombre en mitad de aquella calle oscura, completamente desnudo, sollozando… y quemando dinero. Tenía un mechero y un fajo de billetes. Algunas personas se habían reunido a su alrededor a mirar. «Ahora sí que parece satisfecho con su papel. Aunque, por otra parte, ¿cuál es el papel de cada uno?» «Pero, hombre, por Dios… ¿Qué te ha empujado a esto? ¿Qué te ha hecho creer que justo esto era lo único que podías hacer en este momento?» «Eso es… ¡Sí, corre! ¡Vamos, hombre! ¡Corre!»

Cenaron en un restaurante cavernoso que ocupaba toda una manzana del bullicioso barrio chino. Miles de chinos cenaban junto a ellos. Hasta entonces, a Mary le había parecido tan normal que las personas procedieran de Suecia o de Sri Lanka como que tuvieran las piernas largas, el pelo corto, buena suerte o mala suerte. Ahora se daba cuenta de que sí importaba la procedencia de cada uno. No solo era importante para uno mismo, sino que era importante para el equilibrio general. Otras gentes… Almas con caras de plato envueltas por un anestesiado fulgor… Prince se servía de sus agujas de coser con gran habilidad para manejar con ellas aquella comida dulzona. Aunque ese día había comido poco, Mary se sentía demasiado llena para cenar. No solo nos llena la comida. A veces basta con el presente para llenarnos; a veces el presente nos resulta imposible de digerir. Se bebió el té e intentó prepararse.

–¿Empezamos? –pregunto él.

Mary asintió.

–¿Qué sabes acerca de Amy Hide?

–Lo suficiente. Bastaba con la fotografía.

–Ya. Nosotros sabemos algunas cosas. Sabemos lo que hacía, la gente con quien salía. Una noche fue demasiado lejos y ocurrió algo. No sabemos con seguridad qué fue. Tú sabes lo que es un asesinato, ¿verdad?

–Sí, creo que sí.

–Normalmente, hallamos un cadáver y tenemos que buscar a un asesino. En el caso de Amy Hide, hallamos un asesino y tuvimos que

ponernos a buscar un cadáver. No lo hemos encontrado. Hemos obtenido una confesión. Hay un tipo en una celda que no se cansa de contar qué hizo y por qué lo hizo, pero no tenemos ningún cadáver. ¿Dónde está Amy Hide? Y en ese momento apareces tú. Enséñame los dientes.

Mary hizo un rictus con los labios. Sintió que alguien estaba moviéndolos por ella.

–Mmm. Bonitos dientes, pero no nos son de gran ayuda. Por lo visto, Amy Hide nunca tuvo demasiados problemas en ese sentido... y, de todos modos, tampoco hemos podido hallar ninguna ficha de su dentadura. Ídem con el médico. En definitiva, todo un infierno.

–¿Es un crimen que te asesinen? –preguntó Mary.

–¿Cómo?

Mary pensaba que nada podía sorprender a Prince, pero aquello le había sorprendido.

–¿Por qué dices eso?

–Solo por saberlo. ¿Lo es o no lo es? ¿Pueden condenarte por ello?

–Bueno, no deja de ser un modo extraño de quebrantar la ley... Sabes, el caso es que... –Vaciló y se secó la frente con la palma de la mano–. No. Aún no es momento de que sepas eso. Eso para más tarde.

–¿Qué es para más tarde?

–Ya lo verás.

Prince no solo acababa de recuperar la serenidad, sino que en sus labios se dibujó una divertida sonrisa.

Mary preguntó:

–¿Cuál es el castigo por quebrantar la ley?

–Mucho tiempo –respondió él.

–¿Y por asesinar a alguien?

–Toda la vida.

–¿Cómo es la vida?

–La vida es un crimen.

–¿Sí?

–Demonio… –dijo él, echándose a reír–. Ni se te ocurra intentarlo. Oye, Mary.

–¿Qué?

–¿Tú eres buena o eres mala?

–Yo soy… buena. Sí, soy buena.

–¿Sí?… ¿De verdad?

Mary respondió con toda la luz de sus ojos antes de preguntar:

–¿Alguna vez ha hecho algo terrible durante un sueño y luego se ha despertado creyendo aún que era verdad?

–Sí –dijo él.

–Yo tengo esa sensación todo el tiempo. Todo el tiempo.

–Pobre Mary –dijo Prince–. Pobre fantasma. Vamos. Me temo que aún hay algo más que debes ver esta noche.

Avanzaron en silencio. Prince ya no se mostraba dispuesto a hablar y se centró en la conducción. Mary observaba detenidamente el camino. De nuevo el río sinuoso y caprichoso bajo la luz de la luna, los penachos de las trompas de las fábricas que rugían sin descanso, los almacenes que desfilaban lentamente a ambos lados y parecían mirar por encima del hombro para seguir con la vista al automóvil, una negra extensión de hierba en la que relucía y parpadeaba un estanque elíptico. Entonces, las luces de la calle desaparecieron y solo pudo ver los haces humeantes que lanzaba el automóvil negro.

Salieron del automóvil y caminaron. Mary sentía la cercanía de un enorme volumen de agua. ¿Se trataba de otro río o acaso el mismo que había atravesado con Sharon se había ido curvando sutilmente de su curso para desviarlos? Olía a hierba mojada y el aire estaba saturado de vapor casi líquido. El agua caía creando un goteo rítmico y musical. Advirtió la presencia de muchos rostros tan oscuros provistos de ojos tan blancos que parecían máscaras que no les perdían de vista desde los portales. Algunos perros débiles y

esqueléticos –que parecían ratas recién ascendidas de categoría– levantaron la vista hacia ellos desde las bolsas de desperdicios que habían destrozado para comer y ladraron sin fuerza. Parecían avergonzados de su súbito ascenso en la cadena de las especies: como si desearan no haber destacado con tanto brillo en el reino de los roedores y quisieran retornar discretamente a su condición de ratas. Uno de ellos se acercó cojeando a Mary para oliscarle los pies y después se marchó cojeando también.

–Ese perro no menea el rabo –dijo Mary nerviosa.

–Quizá tema que se le caiga –comentó Prince.

Un pájaro enorme batió sus alas tan cerca que oyeron el zumbido que producían al agitar el aire húmedo por encima de ellos. Mary recordó haber visto alguna vez una fotografía del águila americana con sus pantalones de estilo oriental, sus ojos de viejo y su fe en la fuerza de su poderoso pico. Apresuró el paso. Torcieron para internarse en una callejuela e inmediatamente Prince se agachó para franquear una puerta diminuta y le hizo señas para que le siguiera. Mary entró detrás de él. La oscuridad y el polvo hicieron contacto con algo que había en su cabeza o en su garganta y le produjeron un cosquilleo en los vasos sanguíneos que alimentan la nariz y la apertura de una válvula familiar, pero en desuso que formaba parte de su sistema circulatorio. Rodeado de velas, vio a un anciano negro sentado a la mesa junto a la contrapuerta. Con tan poca luz, Mary no distinguió sus ojos. Al ver a Prince, aquel hombre se puso en pie con un suspiro. Con un ademán, descorrió un cerrojo y dio un paso atrás para franquearles la entrada. Prince tenía acceso a todos los sitios. Todos los sitios debían permitirle acceder a ellos. Envueltos por una música triste e inquietante, subieron por una escalera curva. A través de una trampilla que había en el suelo entraron en la bóveda de sombras de la gran sala.

Este mundo es más lento, pensó Mary, un mundo en el que causa y efecto nunca llegan a encontrarse. Aquí, las personas intentan vivir del hechizo y de la magia. No lo consiguen, pero lo intentan. Miró a su alrededor, bajó la vista hacia la oscura tarima y dejó que Prince la guiara del brazo. Había allí veinte o treinta personas, quizá más. En un rincón del fondo relucían diversas imágenes. Las conversaciones eran apagadas y soñolientas, como el hechizo que dominaba el ambiente.

–No te preocupes –dijo Prince, conduciéndola hacia la música y el grupo de flexibles bailarines que se movía en un caos envuelto en la

luz polvorienta–. Hoy es una noche tranquila. No hay nada en vivo. –Se sentaron en unas sillas plegables dispuestas alrededor de una mesita cuadrada. Un viejo se acercó a ellos y dejó de golpe una botella y dos vasos sobre la mesa–. Dios mío, odio este lugar –dijo él, inclinándose hacia adelante y comenzando a beber con prisa.

Mary contempló a los bailarines. Solo había dos parejas en la pista. Un hombre negro y sorprendentemente alto se agitaba tendido sobre una rubita de aspecto ruinoso. Los ojos de aquel hombre estaban muertos. La joven parecía soportar todo aquel peso acarreándolo como un eterno castigo por el suelo tan cochambroso.

– Tú ya sabes lo que hacen aquí, ¿verdad, Mary?

–No –dijo Mary ya rendida–. ¿Qué hacen?

–Cosas de lo más normales y trilladas. Cuesta creer que personas que tienen necesidad de hacer esas cosas puedan pagar a otras para que lo hagan por ellas y sentarse a mirar. La verdad es que este lugar representa el extremo del hastío. Cuando el mundo ha llegado a hundirte en el hastío, apareces por aquí y recibes el golpe de gracia. ¿Lo recuerdas?

Mary contempló a los bailarines. La segunda pareja era diferente: aún tenían energía. Se balanceaban juntos siguiendo pasos que parecían bastante ensayados. Con sus tensas garras deslizándolas por las curvas de su columna vertebral y por debajo de sus pechos, el hombre dibujaba complicadas formas sobre la espalda de la joven. Al dar una vuelta, la muchacha se situó frente a Mary y jadeó lentamente unos instantes. Sonrió. Uno de sus ojos aparecía hinchado y amoratado; su boca demacrada se abrió débilmente en una carcajada silenciosa. Su rostro mostraba el alivio de saber que ya no podría caer más bajo. El hombre le alzó la cabeza de un tirón y se besaron. El ojo sano de la muchacha siguió con la vista fija en la mirada de Mary: «¿Lo ves? ¿Te das cuenta? –parecía decir–. Estoy perdida, al fin. Perdida».

–Tengo entendido que Amy se dejaba caer bastante por aquí –dijo Prince.

–¿Sí? –dijo Mary.

–Sí, sí, Amy se dejaba caer por aquí. Y lo que más le gustaba eran las actuaciones en vivo. –Su voz se aproximó a ella–. ¿No lo recuerdas? ¿Ahora te hastía? Pues el vicio… hastía. ¿Cuáles son tus debilidades, Mary? ¿Vudú, video, violencia, vagos, vándalos,

vampiros? ¿Cuáles son tus debilidades, Mary, tus auténticas debilidades?

Mary miró a otro lado. No podía soportar la agitación contenida en su voz. No se trataba de ira, pero quizá sí fuera la ansiedad de quien empieza a sentirse desesperado.

–Luego buscan personas que ya sepan lo que vale un peine. Cuando ya las han maltratado, golpeado y les han orinado encima, te dejan subir al escenario y maltratarlas tú también un poco. Los sacos de boxeo reciben lo suyo..., ya lo creo. Todo cuadra. ¿No lo recuerdas? ¿No?

Mary no dijo nada. Los bailarines seguían besándose, ahora con redoblada violencia, como si quisieran devorarse las lenguas uno al otro. El hombre la empujaba hacia el rincón más oscuro. Un momento... allí había una puerta, una puerta baja casi poseída por las sombras. Sin dejar de besarse, de bailar, de provocarse, el hombre la condujo hacia aquella puerta. La joven, con un movimiento brusco, echó la cabeza hacia atrás: había visto la puerta y la había visto abrirse. Sí, aquello suponía caer más bajo, mucho más bajo, aquello era caer a lo más hondo. Aun así, se echó a reír y extendió los hombros como si fueran alas a punto de alzar el vuelo. Traspasaron el umbral y entraron a ese otro lado. La puerta se cerró de un portazo tras ellos.

Mary se volvió hacia Prince y pudo adivinar que él no había dejado de mirarla todo ese rato.

–¿Qué hay tras esa puerta? –preguntó Mary durante el trayecto de regreso.

–Yo estuve tras esa puerta en una ocasión. Y creo que tú también.

–Deje de jugar conmigo. ¿Por qué no me deja en paz? Haya sido lo que haya sido, ahora soy yo.

–Así habla mi Amy –dijo Prince–. Así habla el enemigo.

–Basta. Déjeme en paz. No hago daño a nadie. Y no pueden haberme asesinado, ¿no es así?, puesto que aquí estoy.

Prince se echó a reír. Al cabo de un rato, dijo:

–¿Existe la vida después de la muerte? Quién sabe. La verdad es que no me extrañaría de la vida. Típico de ella, eso de guardarse un as en la manga. Bien, bien... Te dejaremos tranquila una temporada. La verdad es que lo único que hay tras esa puerta hoy en día es un colchón o dos, que yo sepa. Para follar. Acerca de eso lo sabes todo, ¿verdad Mary?

–Algo sé.

–Oh, estupendo.

Mary dijo:

–¿Sabe? Ahora vivo en una casa ocupada. Supongo que también eso le parece mal.

–¿A quién, a mí? La verdad es que no. Algunas casas ocupadas están bastante bien. Algunas incluso son legales. La gente se toma muy en serio eso de vivir juntos. Ay –dijo en un momento en que el automóvil de delante pareció salirse de su carril.

–Es...

–Sé dónde es.

El coche parecía olfatear el camino al ir avanzando calle arriba. A aquella hora, los niños que habían estado jugando en la calle estaban todos durmiendo. Los muros de los jardines parecían congelados bajo la luz de la luna, al igual que el patio fantasmagórico en el que las niñas se sentaban a mirar.

–Mary... Dos cosas. –Prince bajó del coche tan rápido que cuando Mary abrió su puerta ya estaba él esperándola con la mano extendida. La ayudó y dijo–: Las fotografías que hay sobre la repisa de la chimenea de tu antiguo dormitorio. Piensa en ellas. Intenta... ver si puedes remontar unos años. Tu pasado sigue allí. Alguien tiene que lidiar con él. –Hizo una pausa y alzó la mirada al cielo–. Mira –dijo.

Envuelta en la niebla y el humo blanco, una de las criaturas blancas permanecía solitaria y separada del rebaño, encorvada como el genio de una lámpara en torno al fuego plateado de la media luna. No parecía preocupada. Aquella criatura parecía encantada de que la hubieran dejado dedicarse a sus juegos nocturnos.

–No están vivas, ¿sabes? –dijo Prince–. No son más que nubes, aire, gas...

Por un instante, sus labios notaron la proximidad de su aliento, de aquel aliento incierto, y luego rozaron su mejilla. Ya se dirigía hacia los escalones de entrada cuando oyó que la portezuela se cerraba y el automóvil arrancaba de nuevo.

Mary trepó por el interior de la casa dormida. Cuando quería, podía ser bastante silenciosa. Se deslizó escaleras arriba en dirección a su querida habitación. Allí estaban sus escalones. Todas las cosas están vivas, también esos siete escalones, pensó. Todo vive, todo tiene algo que contar.

Al llegar al último escalón se detuvo. Sabía sin ningún género de duda que había alguien en su habitación, alguien que estaba esperando al otro lado de la puerta. Ya no puedes detenerte, pensó mientras la abría. Había alguien sentado en la oscuridad. Era Alan. Ni siquiera se atrevió a retirar las manos con las que se cubría el rostro. Sus brazos eran tan delgados y quebradizos como palos. No podía dejar de llorar. Mary se desnudó. Se metió en la cama y le dijo que se metiera él también. Alan obedeció. Quería entrar en ella, pero no quería hacerle daño, como había querido hacérselo Trev. Alan tan solo quería esconderse allí un rato. Le dejó entrar, le ayudó a entrar. Todo terminó en pocos minutos. Mary tan solo confiaba en que Alan no hubiera roto nada, pero pensó que seguramente sí.

*

¿Existe la vida después de la muerte? ¿Y bien? ¿Existe?

Si existe, probablemente será el infierno. (Si existe, probablemente será un crimen.)

Si existe, probablemente será muy parecida a la vida, porque solo en la vida hay variedad. Tendrá que haber muchas versiones distintas de la muerte para que puedan corresponderse con todas las versiones de la vida.

Habrá un infierno para cada uno de nosotros, un infierno para ti y un infierno para mí, ¿no crees? Y todos habremos de sufrirlo solos.

14. TRISTE ESPERA

Alan y Mary... «Alan y Mary.» Alan y Mary... como equipo. Bien, ¿qué oportunidades imaginaríais vosotros que pueden tener? Personalmente (y esto no es más que mi opinión), no creo, la verdad, que esta alianza sea buena idea para ninguno de los dos. El amor es ciego, podríais contestarme, pero ¿dónde se ha visto que un ciego guíe a otro ciego? Ambos terminarían en un callejón sin salida, en un camino desconocido, con muecas de tristeza. Además, también hay que tener en cuenta a otras personas.

Russ, por ejemplo, está tremendamente furioso. Alan se enfrenta ahora a un problema tremendo con Russ a cuenta de todo esto. Os voy a contar un secreto que os ayudará a comprender la razón. Hasta hace muy poco, Russ acostumbraba a pasar tres o cuatro noches a la semana en la cama de Vera, la aspirante a actriz del sótano que jamás encuentra trabajo y se dedica a robar (de hecho, esa es la mayor cercanía de Russ con el mundo del cine y de la escena). Bien, siguiendo su costumbre, anoche, al entrar en el dormitorio de la joven, se encontró al reluciente Paris tumbado cómodamente en su cama y leyendo el New Standard tan tranquilo. Y aún no se ha repuesto de ello, cuando ve a Mary y Alan que bajan a desayunar cogidos de la mano.

Así es que una reflexión más profunda parecía inevitable e inmediatamente han comenzado a asaltarle nuevas dudas de todo género. En su calidad de analfabeto, por más que disimule, a Russ le impresionan muchas cualidades de Alan. Hay muchas cosas de su amigo que le inspiran una admiración sin límites. Es por eso que a Mary le gusta Alan: por lo bien que lee y escribe... Además, a raíz de un desagradable comentario que ha soltado Vera, Russ ha comenzado a albergar dudas graves y aplastantes acerca del tamaño de su pene. Quizá el pequeño Alan gaste un buen calibre (al fin y al cabo, nunca se sabe a quién le va a tocar). Russ no consigue apartar de sí todos estos pensamientos durante las oscuras noches de su alma, durante sus horas más canallas. Su mente se ve asaltada por coros de traición y las tinieblas de la noche le sorprenden maquinando su venganza.

«Bueno, al menos Alan estará a gusto una temporada», os escucho murmurar. Falso. Alan piensa que todo va mal. Piensa que la cosa va tan mal que no podría ir peor. Se equivoca. Ya veréis.

*

–¿Quieres bajar tú primero? –le preguntó Alan a la mañana siguiente.

Mary se dio la vuelta. Alan estaba sentado en el borde de la cama, rodilla con rodilla y vestido. La noche apenas le había cambiado. Todo el color de su cara parecía haberse filtrado hasta alcanzar el blanco de sus ojos: el rojo que se observa en ellos es aún más intenso que su azul. La línea divisoria de sus labios no ha perdido su seca ondulación. Mary se incorporó y Alan desvió la vista rápidamente.

–¿Por qué habría de querer bajar yo primero? –preguntó Mary.

–No sé –dijo él y, por fin, un furtivo estremecimiento de triunfo se dibujó en su rostro–. Quiero decir, ¿quieres que todo el mundo se entere?

–¿Que todo el mundo se entere de qué?

–De lo nuestro.

–¿Qué es lo nuestro?

–Yo te quiero de verdad, tú lo sabes, Mary.

–¿Qué significa eso exactamente?

–Significa... Significa que me dejaría matar por ti, lo juro por mi madre.

–Entiendo. Pero no tienes que dejar que te maten por mí, ¿verdad?

–No, pero lo haría.

–Pero no tienes que hacerlo.

–No.

–Entonces, ¿qué significa?

–Que haría lo que fuera por ti –graznó Alan antes de pegarse un tirón en el pelo–. Mira, bajaré yo primero y así no lo sabrán.

Pero no tardaron en enterarse. Se enteraron porque Alan se pasó el domingo entero contemplando el rostro de Mary desde cerca y con expresión pálida o cogiéndola descaradamente de la mano (la mano de Alan resultaba fría y húmeda al tacto y jamás se estaba quieta: no paraba de retorcer un dedo o de apretar los nudillos de Mary con el pulgar). Otra cosa que asombraba a Mary era el efecto inmediato que tales atenciones producían en los demás. Norman y Charlie comenzaron a emanar chispas de odio y Wendy y Alfred a mostrar su desdén en sus frías sonrisas y sus perspicaces miradas. Ray y el pequeño Jeremy, al menos, parecían indiferentes a la cuestión, pero Mary percibía con mucha claridad la grosería y la distancia abierta en las miradas y la risa de Vera y Paris. Y Russ se limitaba a contemplarla todo el día con expresión de indignada incredulidad.

Mary, profundamente confusa, aprovechó la primera oportunidad que tuvo para rogar a Alan que olvidara lo ocurrido y que todo volviera a ser como antes. Alan respondió que haría cualquier cosa por ella menos eso.

–Vamos... pídeme lo que quieras. Cualquier cosa –dijo, pero a Mary no se le ocurría ninguna otra cosa que pudiera querer de él. Cuando cedió, Alan se echó a llorar y Mary comenzó a preguntarse en qué se había metido.

Tomemos la tarde del miércoles, por ejemplo.

Sentada sobre una manta que había extendido para protegerse de la humedad del césped, Mary disfrutaba de los últimos rayos del sol leyendo un libro en el jardín. Mary estaba leyendo La dama y el perrito y aprendiendo muchas cosas curiosas sobre las mujeres. Aquella tarde no había sido ni más ni menos agitada que otras en el café. En el rato en que Alan había salido, Russ había entrado en su despachito y había salido dando saltos y enarbolando unos folletos secretos que Alan guardaba en un cajón. Tenían títulos tales como El trasplante de cabello: toda la verdad, Cómo salvar su cabello y, más despiadado, ¿Se está usted quedando calvo? Alan pasó el resto de la tarde en estado de trance. Más tarde se acercó a Mary y le dijo con voz trémula y cara de encontrarse a punto de vomitar:

–¿Sabes, Mary? ¿A que no adivinas una cosa de Russ? No sabe leer ni escribir.

Al instante Alan descubrió que no se sintió tan satisfecho como

había pensado que se sentiría tras compartir aquella información.

–Pobre Russ –dijo Mary.

Mary leía bajo la luz menguante de la tarde. Pasó una página. De cuando en cuando, una ráfaga de viento le levantaba el flequillo negro. Se inclinó hacia adelante y se rascó el tobillo desnudo con una de sus descuidadas uñas. Pasó otra página: el reflejo del papel arrojó un destello de luz a sus ojos al alzar suavemente la barbilla para enfrentarse al nuevo rectángulo de escritura. No desvió la mirada, pero supo que Alan la contemplaba desde la ventana de la sala de estar, un pálido pez de colores desde su pecera.

Ahora. Mary sabía que Alan no tardaría en tratar de reunirse con ella. Ella sabía que él sabía que no debía siquiera intentarlo: era evidente que ella no le quería allí y que, si lo hacía, no conseguiría con ello más que reforzar, aunque solo fuera un poco, la lástima y el hartazgo que ya sentía ella por él. Aun así, impulsado por su amor, debía intentarlo. Si no se apresuraba, Russ se adelantaría. No solo en privado, sino también en público, como amparado por vete a saber qué dispensa, Russ parecía empeñado en hacer más o menos su voluntad con Mary sin mostrar la más mínima moderación o comedimiento. Ya en dos ocasiones, ella había pasado una tarde entera recostada en su regazo. Mary tuvo que reconocer que era una postura cómoda y Alan no pareció molesto. Se limitó a mirar hacia otro lado y concentrarse en su pelo. Nunca hizo ninguna observación al respecto.

De reojo, en el instante en que el ojo se comunica con el cerebro y sus radares, Mary pudo ver que Alan iniciaba su trayecto hacia los escalones que bajaban al jardín. Pasó la página. Alan reapareció sobre el estrecho porche de madera y alzó la mirada hacia el cielo, como si tan solo quisiera saborear el punzante aroma de la tarde. Pareció estar pensando en cómo reafirmar su falta de interés y pareció decidirse por silbar de manera distraída... Y silbó. ¡Dios bendito, cómo podía ser tan ridículo! En el mismo instante en que se disponía a bajar el primer escalón, Alan oyó el alegre bullicio que ya le resultaba familiar. ¡Russ! ¡Al silbar había cometido un gran error! Se hizo a un lado y fingió prestar toda su atención a las flores. Russ bajó trotando por las escaleras.

–Hola, cielo –dijo Russ.

Mary alzó la vista del libro. No tenía sentido tratar de leer cuando Russ estaba presente. Russ prefería jugar a pellizcarla y a hacerle

cosquillas. Jugaron durante veinte minutos. Mary rodaba por el suelo con las piernas al aire, riendo sin cesar. Sí, debía reconocer que Russ era muy gracioso. Más tarde, la asió de la mano y la condujo escaleras arriba. Alan seguía en el porche, contemplando las flores. Al pasar Mary junto a él, se volvió para mirarla y con un sonoro chasquido se arrancó un mechón de pelo de la calva incipiente. Atónito, bajó la vista: lo que descansaba sobre la palma de su mano era prácticamente una coleta. Alzó la mirada hacia Mary y ambos pensaron lo mismo: no podría hacer eso muchas más veces. Como mucho, tres o cuatro.

Mary siguió a Russ a la sala de estar. Alan le daba mucha lástima y deseaba que pudiera dejar de preocuparse por su pelo.

Después de las cenas escalonadas, después de que la televisión hubiera tocado a su fin y todos se hubieran dispersado solos o en parejas, Russ, Mary y Alan se quedaban hasta tarde en la sala de estar comunal.

Mary se hallaba sentada en el regazo de Russ. Ella no sabía qué se suponía que debía hacer al respecto o si aquello tenía alguna importancia. Russ se limitaba a cogerla y a colocarla allí. Alan lo había intentado en una ocasión, pero no podía decirse que el experimento hubiera sido un éxito. La había colocado más cerca de las rodillas que del final de los muslos y, casi instantáneamente, sus rodillas habían comenzado a temblar con tal violencia que la voz de Mary había sonado trémula al hablar, por lo que se había levantado y había ido a sentarse sobre el regazo de Russ. Allí se sentía más cómoda. Russ te colocaba como era debido en un hueco de su cuerpo y te rodeaba la cintura con los brazos en un gesto que te hacía sentirte a salvo.

–¿Por qué pierdes el tiempo con esa maldita piltrafa? –le preguntó Russ señalando con la cabeza a Alan, que se limitó a sonreír.

Mary se encogió de hombros. No sabía qué decir. Ahora, las tardes siempre terminaban así. Se sentía inquieta y no sabía por qué, pero ellos parecían divertirse. Russ le dio un beso en la oreja que sonó como un estallido. Ella le rodeó los hombros con un brazo para estar más cómoda.

–Tú y yo, muñeca –susurró Russ tan alto como para que Alan pudiera oírle–, podríamos ir juntos al séptimo cielo. Podríamos tocar las más bellas melodías. Mm-hmmm. Si es que, mírale.

–Vamos, Russ –dijo Alan con voz tímida.

–Va a acabar más calvo que una bola de billar dentro de... una media hora. ¡Ja! ¡Tengo yo más pelo en el sobaco izquierdo que él en todo el cuerpo! Mira qué pecho –añadió, inspirando profundamente y Mary le tocó el pecho por hacer algo–. ¿Lo ves? ¡Ahora compáralo con ese maldito Alan!

–Vamos, Russ –repitió Alan, encogiéndose humildemente de hombros.

–Mírale... ¿Has visto en tu vida algo más ridículo que ese enano? ¿Cómo es en el catre, eh, Mary? Apuesto a que resulta patético. ¿Qué te hace? ¡Di! La mete con calzador, estornuda rápido y se la limpia en la almohada, ¿verdad? ¿Eh? ¿Eh? ¡Ja! Conmigo, en cambio, es distinto. Yo lo primero que hago es...

–Vamos, Mary –dijo Alan.

Alan estaba frente a ella, con el brazo extendido. Sin más motivo que hacer que dejara de temblar, Mary le tomó de la mano. Se puso en pie y él la siguió en dirección a la puerta.

–Que duermas bien, calvito. Y tú cuídate, preciosa –gritó al verlos marcharse. Durante un buen rato pudieron oír su risa amarga resonando por las escaleras.

Mary, desnuda, permanecía tumbada sobre la cama esperando a Alan, quien prefería prepararse en su habitación para el último acto de su calvario diario. En pocos minutos, haría su entrada, se despojaría de su extrañamente áspero batín y avanzaría hacia ella medio encorvado para deslizarse entre sus sábanas. Después, haría lo que necesitaba hacer.

Claramente, aquello no le proporcionaba más placer a él del que le proporcionaba a ella. Pocos aspectos de la vida terrenal tenían tan poco sentido para Mary como aquello. Alan y ella habían intentado ambas cosas –dormir separados y dormir juntos– y ninguna de las dos había dado resultado. Quizá dando un paso atrás, o adelante, podrían volver a dormir separados. Quizá, si tuviera que dormir con alguien, podría dormir con Russ, no parecía que eso fuera a molestarle. Mary ya le había planteado a Alan aquellas alternativas, pero él no pareció en absoluto dispuesto a ponerlas en práctica. Dijo que haría por ella cualquier cosa que le pidiera menos aquellas dos, a pesar de ser esas dos las únicas cosas que ella le había pedido jamás. Mary lo que realmente quería era volver a lo de antes. De ese modo, podría leer

por la noche y dormir a sus anchas. Quizá así Russ volviera a ser como antes y ella perdiera el poder que ahora ejercía sobre Alan, un poder no deseado por ella, el poder de hacerle sentirse mal. Alan no podría soportar aquello mucho más tiempo. No podía quererla tanto.

Alan entró en la habitación. Intentó musitar un «Hola» hermético, pero sonó como un jadeo reseco escapado del fondo de su garganta. Con movimientos rápidos pero que le llevaban su tiempo, después de pelearse contra aquella áspera lapa. La soltó sobre la silla y se arrastró hacia ella a través de la oscuridad.

Su pecho estaba húmedo, pero tenía la boca completamente seca. Alan solía errar así las cosas. Su cuerpo olía a antitraspirante echado a perder y su boca a pasta de dientes y a restos de algún potente enjuague bucal de amplio espectro. En aquellas ocasiones, todo él era una esponjosidad acre, con el cuero cabelludo húmedo y las manos temblorosas. Pobre fantasma, pensó Mary. Permaneció tendida, en cruz, mientras la boca de él se aferraba a sus labios en un beso. Su criatura colgante no era más que una presencia viscosa sobre el muslo de Mary. Ni blanda ni dura, parecía esperar su turno con tristeza. Eso es, pensó Mary, todo esto es triste. Alan se tensó sobre el cuerpo de Mary, toda ella una estrella de mar. Oh, Dios mío, se está muriendo. Sí, se está vaciando, se está derritiendo, pensó ella.

Aquello nunca duraba demasiado y pronto Alan se quedaba dormido o lo intentaba. Tampoco dormir se le daba muy bien. Mary permanecía despierta durante horas escuchándole hablar en sueños, sus frases no estaban bien construidas, pero decían mucho acerca de la confusión y la tristeza que Alan sentía por estar vivo entre el resto de las personas.

A Mary aquellos ratos la dejaban inquieta y reventada por más que en realidad nunca sucediera ni sintiera nada. Desde la noche que había pasado con Prince cargaba con sentimientos tan encontrados que unos la empujaban a resistir y otros a rendirse por agotamiento, pero, salvo intentar ser buena, sí, eso lo hacía, ella lo estaba intentando, no sabía qué hacer al respecto. El fantasma del pasado no parecía dispuesto a marcharse, por lo que Mary se esforzó por acostumbrarse a él y a no molestarse tanto por su presencia. A trancas y barrancas, sorteaba el día a día, paso a paso, como todo el mundo. Ella esperaba. El tiempo esperaba. Y, entonces, un domingo, comprendió perfectamente cuál sería su siguiente movimiento.

Fue el día en que acudieron a la piscina municipal: Mary, Alan, Russ, Ray, Paris, Vera, Alfred, Wendy y Jeremy. A Mary la inquietaba el plan, sobre todo por no saber qué tener que ponerse, pero Wendy la tranquilizó. Wendy y Mary ya eran buenas amigas y le había explicado muchas cosas, por ejemplo, le había hablado de la contracepción. Por algún motivo, Mary pensaba que solo los personajes de los libros tenían niños, pero si Wendy tenía uno... Mary pensó en el riesgo que había corrido... de tener un niño, un niño de Alan. ¡Dios mío! Y pensar, además, que aquel acto de dolor o de tristeza era también el acto que servía para poblar el mundo...

–¿Sabes nadar, Mary? –preguntó Wendy mientras avanzaban por el túnel en dirección a los resonantes ecos procedentes de la piscina.

–No lo sé –contestó ella. Estaba feliz con su bañador alquilado. Le sentaba muy bien el negro.

–¿Qué quieres decir con que no lo sabes? –dijo Vera.

–Quiero decir que quizá me haya olvidado –dijo Mary confusa justo al entrar en el recinto.

–Ven entonces a la zona que no cubre –dijo Wendy.

–De momento, me quedaré un rato sentada –dijo Mary.

No sabía hacia dónde mirar. El presente nunca había latido con tanto descaro ni tanta intensidad. Mira, mira, mira, mira esto, mira aquello, mírale a él, mírala a ella, todos cubiertos de una claridad acuosa. El agua lanzaba océanos de cenefas a los a muros. Aquellas figuras crudas, entrelazadas y picantes se agitaban y saltaban en medio del caos, encendidas de luz... El negro Ray pasó junto a ella como una exhalación, golpeó con los dos pies el borde acorchado de la piscina y atravesó el aire elevándose en un arco para caer perforando la superficie del agua con los brazos. Al instante, su cabeza y sus hombros saltaron despedidos del agua y le gritó algo a Paris, quien recorrió dando grandes saltos una plancha que se asomaba al agua, recogió las piernas contra el pecho y se lanzó diseminando agua por doquier con su zambullida atómica. Hasta Alan, que no parecía mayor que Jeremy embutido en su áspero bañador gris, pasó corriendo y saludando con la mano junto a ella y se tiró con las piernas abiertas en la zona más profunda. Jeremy, tenso en el borde de la piscina, contemplaba, con ocho dedos en la boca, cómo su padre le hacía aguadillas a su madre. A Wendy no parecía cansarle aquel juego y, entre aguadilla y aguadilla, chillaba con lascivia cada vez que salía a

la superficie, hasta que Alfred se cansó y regresó chapoteando con alivio a la zona menos profunda, donde Paris se paseaba ahora con Vera sobre sus hombros.

¿Me atrevo a meterme?, se preguntó Mary, poseída por un desenfrenado deseo de lanzarse al agua. Vio a Alan tratando de animar a Jeremy a meterse en la zona poco profunda, pero el niño se resistía. Hasta Alan parecía sentirse en libertad en ese elemento cristalino y traslúcido.

–Mira a esos chiflados.

Russ se sentó junto a Mary goteando y malhumorado. Señaló a Paris y Ray, sin duda los llamados a ser los verdaderos héroes de la tarde. En aquel momento los dos estaban colgados del trampolín; Paris enganchó la pierna derecha de Ray con las suyas y ambos cayeron al agua hechos un ovillo. Wendy y Vera gritaban desde el borde, la una aplaudiendo y la otra dando saltitos.

–Son como puñeteros críos –dijo Russ.

–Mira –dijo Mary.

Ray había vuelto a subir al trampolín y hacía el pino en el borde. Abrió las piernas, formando una Y. Paris subió corriendo por la escalerilla y se zambulló de un salto entre los pies rosados y temblorosos de su amigo. Al tocar el agua, su cuerpo se curvó ligeramente hacia atrás. Mary había observado que las personas negras siempre se curvaban al zambullirse. Animados por su impetuosa energía, no conseguían mantener las líneas. Sus cuerpos siempre se estaban preparando para el siguiente movimiento.

–Impresionante –dijo Russ–. Conque resulta que Paris sabe hacer el pino. «Paris el Magnífico». ¡Ja! Y, además, ¿qué clase de nombre es ese? Paris. ¿Y eso es un nombre? ¿Y eso es un nombre?

–Quien ha hecho el pino ha sido Ray –dijo Mary.

–¿Sí? –dijo Russ ya cansado–. Ya me dirás qué coño importa. Yo no los distingo.

Mary había oído aquel comentario más de una vez. A ella también le pasaba. Tampoco ella los distinguía. Y era obvio que aquello era como decir que todos los dientes parecen iguales. La tremenda energía que poseían y su formidable complexión eran las razones por las que todos ellos parecían iguales. Ellos disfrutan más con sus cuerpos que

nosotros con los nuestros, eso es todo, pensó Mary. Nada había tan grotescamente variado ni tan traumáticamente remendado e irregular como aquel pandemonio rosado de gotas y burbujas que se desplegaba ante sus ojos: un hombre cuya tripa y cuyo trasero, hinchados y caídos, guardaban entre sí la misma relación que las dos partes de América en el globo terráqueo; una mujer por cuyas piernas reptaban serpientes; un anciano construido todo él con alambre de espino y lana de oveja. Incluso los más jóvenes también cargaban sobre sus hombros sus diferencias. La cuestión de los pechos, por ejemplo: el cuerpo de Vera, delgada y con los pechos grandes, transmitía la traviesa impresión de ser atlético y manejable; el cuerpo de Wendy, por el contrario, grueso y con los pechos pequeños, constituía una clara y dolorosa injusticia. Gorda, pero sin tetas: muchas gracias. Y todo antes de que el tiempo hubiera comenzado a actuar. Mary percibía la acción del tiempo allá dondequiera que mirara. Conque en esto consistía la acción del tiempo...

–Bravo por mi chico, bien por mi monito –dijo Russ en voz alta–. Zorra...

Paris y Ray habían tomado a Vera por los brazos y las piernas y Alan, que estaba junto a ellos, comenzó a contar. La balancearon una, dos, tres veces... y la soltaron. Vera zarpó volando por el aire y navegó entre gritos hasta que su mareado cuerpo arribó y se estrelló contra el agua. Paris se zambulló y emergió junto a ella como un renacuajo gigantesco surgido de las profundidades.

Más tarde, mientras los demás se tomaban un té en un puesto, Mary se metió en el agua ella sola. Recorrió el resbaladizo pavimento que rodeaba la piscina en dirección a la zona menos profunda. A aquella hora, la piscina estaba casi vacía, pero el agua aún lamía sus bordes con avidez. Agarrándose a las escalerillas, de espaldas, Mary fue sumergiendo su cuerpo en aquel medio tan frío. Sin vacilar, se dio la vuelta y se lanzó. Sí. Ella podía hacerlo. Ella también podía unirse a él. Imitando con las piernas los movimientos de sus brazos, se deslizó con suavidad por el agua que, sedienta de cuerpos, la envolvía y la lamía delicadamente, y se dirigió a la zona más profunda con la cabeza erguida y una luz brillando en su rostro.

Cuando recibió el mensaje aquella noche, no se extrañó. Al fin y al cabo, se trataba de un mensaje muy simple. Probablemente lo había oído antes y no había sido consciente de ello. La televisión se lo hizo llegar.

Para entonces, Mary ya se había acostumbrado a la televisión, a sus concursos, a sus escenarios, a su ilimitado suministro de catástrofes sin fin. Nadie se encargaba (como deseaba Mary todas las noches) de explicar qué era lo que funcionaba mal en la Tierra ni por qué esta iba hundiéndose en un caos de crisis y desastres. Quizá eso se debiera al hecho de que todos quienes aparecían en televisión parecían estar un poco locos. Mary imaginaba que el mundo contenía un nudo efervescente de fuego y metal que luchaba por escapar del interior de su núcleo. Cuando la presión alcanzaba un punto crítico, algunas partes de las vastas distancias que formaban el mundo comenzaban a escupir llamaradas en forma de libertad, terror y hastío. El fuego escogía los lugares más cálidos, pero estos eran cada vez más abundantes. Ahora, la Tierra parecía lanzar llamas sin parar. No parecía haber modo posible de detener aquello. Quizá más pronto que tarde toda la Tierra terminara siendo una bola de fuego. Qué extraño y qué suerte tenía de vivir en un lugar en el que las llamas tan solo surgían en puntos aislados donde era fácil extinguirlas. Qué suerte y qué extraño que le hubiera tocado vivir en una isla que hervía silenciosamente a fuego muy muy lento.

–Más tarde –continuó la televisión en tono afectuoso–, podremos escuchar a Michael Shane, recién llegado de Etiopía y con un reportaje de dos episodios.

Mary levantó la vista del libro. La pantalla estaba ocupada por la fotografía de un joven de aspecto elegante que, con la barbilla apoyada en los nudillos, los contemplaba con ojos serios y pacientes. Mary recordó lo que le había dicho Prince: las fotografías que hay sobre la repisa de la chimenea de tu antiguo dormitorio. Piensa en ellas. Mary pensó en ellas y entonces escuchó en su mente las palabras de Marge: «Ese es Michael. Hoy en día es famoso, por supuesto… Siempre fue un muchacho muy atento».

Mary jamás supo lo pobre que era. Pobre Mary, jamás lo supo.

Se ha ido acostumbrando a llevar faldas baratas y desgastadas cuya impostura no resiste bajo luz natural. Su cutis, me apena muchísimo decirlo, comienza a mostrar señales de los estragos que causa estar sometido a monótonas dietas hechas a base de fritos, y su pelo se las ve y se las desea para conservar su brillo entre los humos de la cocina. Aún mantiene su tono, su esperanza y su luz, pero, la verdad, todo está empezando a afectarle a todo. Cómo no iba a afectarle. Se ha acostumbrado a la pobreza del olor de Alan y a la pobreza de su mente. Pobre Alan, pobre hombre, aunque todos son unos pobres diablos, donde vive Mary.

Ahora ya lo sabe. Pensaba que la vida era pobre en sí. Ahora sabe que no tiene por qué ser así, no tiene por qué ser pobre, al menos, no tiene que ser pobre en ese sentido. Pensó que el dinero solo existía en los libros. Ahora, todos los días y a todas horas, experimenta esa sensación de exclusión y esa ansia desenfrenada que ya sintió cuando sentada contemplaba la piscina: también ella quería nadar y jugar, y sabía que podría si se atrevía. El boletín de notas del pequeño Jeremy dice «Muy pobre». ¡Ya!, pensó Mary. Pobre Jeremy. Pobre criatura.

La vida es interesante, la vida tiene muchas cosas buenas, pero la vida puede ser muy pobre. Mary ya lo sabe. Ya ha visto a muchas personas que viven bien frunciendo el ceño en tiendas y automóviles. Mary no envidia su dinero; solo envidia su tiempo. Y los cambios en la luz del día comienzan a enseñarle cosas acerca de los pobres y el invierno.

*

Mary esperó a Alan en la cama. Ese ratito de espera era el único momento que tenía para ella sola. No es que fuera mucho, ¿verdad? No era mucho tiempo. Oyó sus pasos por las escaleras y sacudió la cabeza. Había tomado una decisión.

Alan abrió la puerta. Siguiendo su costumbre, pareció querer decir

algo, pero no lo hizo o no se atrevió. Anduvo de costado hasta alcanzar los pies de la cama y comenzó a liberarse de las garras de su batín, sin saber muy bien dónde mirar. Su cuerpo aparecía iluminado por la luz de la luna que entraba a través del marco de la ventana: su pelo revuelto y pastoso, sus atribulados ojos siempre mirando hacia el suelo y la súbita indefensión de sus blancos hombros.

–Alan –dijo Mary desde la cama.

Alan dejó caer el batín al suelo, los brazos a los costados y bajó la cabeza: ya estaba preparado.

–No puedo dejarte que subas más por las noches. No puedo dejarte que duermas en mi cama. No puedo. Espero que lo comprendas.

Alan hizo dos cosas al mismo tiempo. El hecho de que estuviera desnudo no ayudaba en absoluto. Lo primero que hizo fue echarse a llorar... o, al menos, eso supuso Mary que había comenzado a hacer. Hundido en la más absoluta desolación, apretó con fuerza la boca y los ojos y su pecho blanco comenzó a agitarse y a latir, todo ello, en silencio. Lo segundo que hizo fue aún más extraño: lentamente y con vergüenza –más por defenderla que por ocultarla, como si quisiera protegerla o resguardarla del frío– se cubrió con ambas manos la lamentable criatura que pendía de su cuerpo.

Mary contempló toda la escena desde su guarida.

Por fin, Alan se volvió hacia la ventana. Aún no había mirado a Mary. La pálida luz de la luna recorría su rostro de un modo que el rastro de las lágrimas que corrían por sus mejillas parecían hielo. Exhaló e inhaló profundamente. A pesar de conservar las mismas proporciones, de repente pareció alejarse muchísimo de ella, como si estuviera esfumándose hacia otro medio compuesto de aire y de carne. Cuando habló, sin embargo, Mary se sintió sorprendida por la firmeza y el alivio de su voz.

–La verdad es que nunca pensé que pudiera durar mucho –dijo, contándole a la ventana algo que solo la ventana deseaba oír–. Esperaba que durara, pero nunca creí que pudiera durar. Sé que no soy... Sí, lo sé, lo sé. Oh, no lo sé. Me alegro de que haya sucedido –dijo, y asintió súbitamente con la cabeza–. No, nunca habría permitido que no sucediera. Nunca he... Tú eres lo único... hermoso... que me ha sucedido en la vida.

–Gracias. Lo siento.

–¿Me prometes una cosa?

–Sí –dijo ella.

–No empieces a salir…, ya sabes, con Russ.

–Sí, te lo prometo.

–¿Lo juras por la vida de tu madre?

–No puedo hacer eso… –dijo Mary.

Alan sorbió. Recogió su batín y comenzó a intentar ponérselo.

Sorbió de nuevo, con un sonido más húmedo. Cuando los demás lloran, siempre resulta mucho peor si están tratando de hacer otra cosa al mismo tiempo. Abrazó el tejido que envolvía su cuerpo y se pegó un tirón distraído a su pelo.

–Lo siento –dijo Mary.

Él se giró hacia ella y extendió las manos.

–Adiós, Mary –dijo.

Al día siguiente era domingo y todos los residentes de aquella casa ocupada durmieron hasta tarde. El competente Norman, ataviado con sus holgados vaqueros, se preparó un elaborado desayuno hecho a base de huevos pasados por agua y zumo de espinacas y salió al jardín con todo dispuesto en una bandeja. En aquel momento reflejaba esa absorta elegancia tan propia de las mujeres en todo cuanto hacía, como si viviera solo y todos los demás no fueran más que el recuerdo de amables sueños que habían acudido y se habían marchado por la noche sin importunarle. Quizá algunos hombres también terminen convirtiéndose en mujeres. Quizá algunos hombres también sufran el Cambio. Ray y Alfred andaban sentados por ahí con el periódico en el regazo, leyendo los resultados de los partidos en voz baja e imprimiendo a los mismos distintas cadencias dependiendo de su resignación o su sorpresa. Desde arriba llegaba a sus oídos el sonido melancólico del clarinete de Paris. Doblado de dolor, el viejo Charlie limpiaba las entrañas cromadas de su motocicleta, haciendo de vez en cuando una pausa para ver a los niños jugar.

–Buenos días, preciosa –dijo cuando Mary salió a la escalinata de

entrada con una taza de té. Mary le sonrió y él volvió a centrarse en su motocicleta sin dejar de mover la cabeza y murmurar para sí mismo. Alan no estaba.

Mary observó a los niños jugar y prestó más atención que de costumbre a todo cuanto se decían. Jugaban medio soñolientos, sin asomo de competitividad. ¿Qué estaban diciendo? ¿Qué era lo que decían más veces? «¡Mira!, ¡Fíjate!, ¡Mira esto!, ¡Mírame!» Eso era lo que más decían. Mary pensó que quizá fuera aquello lo único que decían algunas personas a lo largo de toda su vida. «¡Mira esto! ¡Mírame!»

Amy debía de haber dicho eso con mucha frecuencia, pensó Mary. Habría apostado que Amy no paraba de decirlo. Amy: ¿qué podía hacer Mary al respecto? Amy había sido mala. Amy se había comportado como una demente. ¿Acaso importaba? Y, si así fuera, ¿hasta qué punto? En fin, una cosa estaba clara: estar loco no tenía la menor importancia. Estar loco no tenía importancia alguna. Si la hubiera tenido, casi todo el mundo se habría enfrentado a gravísimos problemas. La mayoría de las personas estaban locas y no pasaba nada. (¿Estaba loco Prince? No, seguramente no. Seguramente Prince estaba no-loco. Seguramente él aún podía considerar sus pensamientos como propios.) ¿Y, en cuanto a la maldad, acaso era tan mala, acaso tan grave? ¿A quién le importaba? Le importaba a la ley y les importaba a otras personas. Le importaba a la ley, pero la ley era bastante dura. Había que ser muy malo para quebrantarla, aunque Prince lo hubiera dicho aquella vez. La ley no era tan delicada como las personas y las piezas de las que estas se componían. La ley no era tan delicada como la boca de Trev, la nariz de Trudy, la espalda del señor Botham, el ánimo de Alan, el corazón de Michael o el corazón de la señora Hide, todos rotos en algún momento. La ley resultaba difícil de quebrantar. Pero la odio, Dios mío, pensó Mary.

–¿Mary? –Se giró. Era Ray–. Tienes un tío al aparato –dijo.

Mary corrió a la habitación de Norman. Se temía lo peor.

–Hola, soy yo, Jamie. ¿Sabes quién soy?

–Sí. Hola –dijo Mary.

–¿Cómo te encuentras?

–Bastante mal. ¿Cómo te encuentras tú?

–Fatal. Tengo una resaca increíble. Bueno, siempre es mejor que

nada, supongo. Te llamaba para ver si querrías comer conmigo.

Mary dijo que sí. Tenía que confesar que le encantaba la idea. Estaría bien salir de casa y, además, le vendría bien el cambio de aires.

Mary subió las escaleras. Al llegar al rellano, ante el silencio que reinaba ante la puerta de Alan, vaciló, pero lo pensó mejor y reanudó su camino.

Se sentó en la cama. Por primera vez, pensó seriamente en la ropa. Aparte de dar calor, protección y decoro, ¿cuál era el propósito de la ropa? ¿Por qué Jamie había hecho ese comentario sobre la suya? Saltaba a la vista que se trataba de expresar algo a través de sus formas y colores, pero ¿expresar qué? ¿Acaso la ropa no estaba todo el día gritando «¡Mírame!»? El dinero y el sexo parecían ser las dos principales mercancías siempre en oferta. Las prendas de ropa eran capaces de reprimir o alentar los dos. Mary se preguntó que transmitía su ropa en relación con el dinero y el sexo. ¿Acaso la ropa podía expresar la falta del primero y el simple desconcierto en relación con el segundo? Sí, pero la ropa no cumplía con esa función. Ni era ese su papel, ni expresarlo era su propósito. A la ropa le interesaban otras cosas: le interesaban la abundancia y la experiencia. De manera indirecta y quizá involuntaria, la ropa cumplía con una tercera función: revelaba cosas a la gente acerca del alma que envolvía al dramatizar nuestros empeños en mentir sobre el dinero y el sexo... Mary usaba un cuarto de baño situado junto a la habitación de Alan, la misma aún en silencio. Alan solía pasar allí mucho tiempo, recordó Mary, especialmente antes de subir y meterse en su cama. ¿Qué ocultas abluciones, qué lúgubres reflexiones tenían lugar entre todo aquel linóleo y metal? Regresó a su habitación, envuelta en una toalla. Se cepilló el pelo e intensificó los colores de su rostro. Se puso unas bragas blancas y las ajustó al terso núcleo de su cuerpo; a continuación, se calzó unos zapatos rojos y se puso un jersey blanco y una falda blanca, todas las prendas las había comprado con el dinero de Jamie... Al bajar las escaleras, se topó con Russ, que en ese momento salía de la habitación de Alan. Russ no le dijo nada. La miró de un modo distinto, con una expresión desafiante pero también respetuosa o temerosa. Los ojos de Mary se cruzaron con los suyos, pero, al verlos, ella supo que la mirada de Russ pensaba que su ropa mentía.

Mary decidió ir andando. Había memorizado la ruta que tenía que seguir tras consultar un libro de Norman lleno de gráficos sobre la estructura de la ciudad. Tenía que atravesar el gran parque. Era de

agradecer que quienquiera que pudiera impedirle a una hacer tales cosas no lo hiciera. Era un día claro, algo ventoso. Las líneas del firmamento aparecían brillantes y astilladas y, en la distancia, se habían formado nubarrones. En la calle había gran cantidad de gente. Quienes iban solos parecían pegarse unos con otros, cada uno con un periódico bajo el brazo, y esperaban apoyados en las entradas del parque o iban de una a otra con paso brusco. Quienes iban acompañados de sus familias o de sus parejas se aventuraban por el césped. Mary no perdía de vista a las parejas y se preguntaba qué sensación se experimentaría al formar parte de una. Le daba la impresión de que tenía que ser muy agradable. Al fin y al cabo, se trataba de intercambiar confidencias. Una pareja, la mejor, paseaba rodeando el agua del centro del parque. Se alegraban uno al otro gracias a cuatro simples factores: estaban allí, no estaban en ningún otro lado, eran ellos mismos y no eran nadie más. En el tiempo en que había estado con Alan, Mary no se había sentido parte de una pareja, ni parte de nada. Se habían limitado a hacerlo, con dolor. Jamás se habían aligerado mutuamente sus cargas respectivas. Dios mío, confiaba en que Alan estuviera bien.

Por fin, permitió que sus notas mentales se disiparan y les preguntó el camino a otras personas: si tenías tiempo, preguntar a otras personas constituía un método infalible para llegar a otros lugares. Jamie vivía en un sitio tan increíblemente vasto que Mary supuso que allí vivirían muchas más personas. Presionó el timbre de la derecha y, casi al instante, la pesada puerta de cristal respondió emitiendo un zumbido propio. Mary retrocedió, confiando en que no hubiera sucedido nada grave. La puerta continuó zumbando con creciente impaciencia varios segundos y, exasperada, por fin paró. Apareció por el pasillo una muchacha que llevaba a una criatura colgada del hombro y tiró de la puerta con gesto ceñudo.

La puerta se abrió.

–¿Ya se ha estropeado otra vez? –preguntó la muchacha. El niño miró a Mary con expresión de gran asombro.

–Espero que no –dijo Mary.

–¿Vienes a comer?

–Sí, si no le importa... –dijo Mary.

La joven giró en redondo con gesto neutral y precedió a Mary a lo largo del pasillo con el rostro inquieto del niño apareciendo y

desapareciendo tras el hombro. Evitaron la jaula del ascensor y subieron por la escalera. Mary pensó que era una lástima que Jamie ya tuviera una familia. No era de extrañar que aquel niño la mirara con tanta estupefacción. A medio camino, Mary pudo oír el sonido de muchas voces procedentes de la puerta abierta del piso de arriba. Le vino a la memoria el recuerdo de aquella vez en que, siendo mucho más joven, había estado a punto de entrar en una estancia donde había muchas personas... y el íntimo color rosado de su vestido deslizándose ante sus ojos. Por alguna razón, aquellas personas habían preocupado y agitado a Mary más de lo que estas otras la inquietaban ahora. Había tantas cosas imposibles... Ahora ya sabía que no cabía protagonismo alguno. Sabía, y lo había sabido desde un principio, que nadie dedicaba nada de tiempo a pensar en nadie.

Mary siguió a la joven y al niño por un largo pasillo hasta alcanzar una habitación de techos altos llena de gente y de luz. Y llena de parejas, percibió rápidamente Mary. Antes, sin embargo, de que la habitación pudiera enfrentarse a ella o absorberla, Jamie asomó la cabeza por otra puerta cercana y le hizo señas con un dedo para que entrara.

–Hola –susurró antes de cerrar la puerta tras ellos. Se hallaban en una cocina enorme, más grande aún que la del trabajo. Y estaba limpia y ordenada, no amarillenta ni pringada de aquella capa de polvo húmedo que te manchaba los dedos, tocaras donde tocaras. El precioso pelo de Jamie estaba revuelto y sus ojos transmitían tanta calidez como nerviosismo–. ¿Quieres un Bloody Mary? –preguntó.

–¿Qué es un Bloody?

–Es... Oye, mira que eres rara. No tienes ni puta idea de nada, ¿verdad? Toma. El único remedio posible contra la resaca.

–¿Qué es resaca?

–Emborracharse. Aunque Bulgákov dice que las especias también ayudan y yo me creo todo lo que leo. Por eso está tan fuerte. ¿No te gusta? –preguntó con tono ofendido.

–No, sí me gusta.

Jamie se acercó a la mesa redonda y blanca que dominaba el centro de la cocina. Mary observó que cojeaba ligeramente. Sus piernas eran igual de largas, pero una parecía mucho más rígida que la otra y Jamie la utilizaba con sumo cuidado.

–Sufro unas resacas espantosas. Algunas personas las padecemos así. No me encuentro mal, pero sí me siento furioso. Apuesto a que los idiotas no sienten furia, solo malestar. Y ahora me tengo que enfrentar a esta horrorosa comida. ¿Sabes cocinar y esas cosas?

–No.

–¿Nada de nada?

–Nada de nada.

–¿Cómo? Eres una chica, ¿no?

Mary asintió.

–¿Y cómo es posible que siendo una chica no sepas cocinar? Debes de tener una muy elevada opinión de ti misma, jovencita. Espera un segundo. –Dirigió hacia ella un dedo tembloroso–. ¿Sabes hacer camas?

–Sí.

–¿Y haces pis sentada?

–Sí.

–Bueno –dijo él bastante más calmado–. Supongo que dos de tres tampoco está tan mal. Vamos, ayúdame con todo esto, ¿no? Sé buena chica.

La comida que Jamie sacaba de envoltorios y paquetes y disponía por la mesa era mera materia prima, pero una materia prima que parecía carísima. Todo aquello era de esa clase de comida que Mary solamente había visto en escaparates y, tras el penoso brillo de los cristales, se le había antojado demasiado artificiosa para poder comérsela. Mary le ayudó lo mejor que pudo. Naturalmente, sus manos trabajaban con pulso mucho más firme que las de Jamie.

–Me sorprende que tengas un bebé –dijo.

–¿Cómo? ¿Un bebe? –Negó con la cabeza–. No es mío, hija. Es de ella. ¡Bebés! ¿Bebés? –masculló de la misma forma en que los muchachos habían mascullado la palabra «libros»–. Yo no, hija. Yo no tengo ningún bebé. ¿Acaso no se nota?

–No. ¿En qué tendría que notarse? –Esa era una de las cosas que siempre había deseado poder adivinar de los demás.

–Soy un inmaduro. Las personas que no tienen niños siempre son bastante inmaduras. Tremendo, ¿verdad? La vida está llena de paradojas tremendas como esa. Cada día le tengo más respeto. –Alzó la mirada y se acercó a ella asiendo un cuchillo. Le puso las manos sobre sus hombros–. ¿Sabes? Estás muy guapa. –Bajó la mirada y contempló los zapatos rojos, la falda blanca y el jersey–. Muy guapa.

Funcionaba, pensó Mary.

–Yo tengo un aspecto terrible –dijo Jamie–. No creas que no soy consciente de ello. No te imaginas lo fatal que me veo. Horroroso.

–No es cierto –dijo Mary–. Estás bien.

Jamie apoyó su fría mejilla sobre el cuello desnudo de Mary y emitió algunos ruidos extraños, sollozos de agradecimiento, quizá. Como movida por un recuerdo, Mary sintió el impulso de rodearle los hombros con los brazos. Sí, esa era una opción, una de las cosas que podían hacerse en momentos como aquel, pero no lo hizo y, de todos modos, él no tardó en volver a su puesto y empezar a tomarse la comida más en serio.

Durante una hora, Jamie estuvo ocupado en servir comida y en animar a la gente para que comiera. Mary se sentó sola, junto a la ventana, con un plato en el regazo. Durante todo aquel rato, solo una de las personas allí presentes se había dirigido a ella: un hombre de rostro hinchado y curtido con la voz más estentórea que Mary había oído en su vida. Se plantó frente a ella y Mary observó que una de sus piernas se retorcía o palpitaba sin parar dentro del pantalón.

–¿Eres muy amiga de Jamie? –vociferó.

–Sí –dijo Mary.

–Menudo montaje tiene aquí. ¿Cómo es él?

–No lo sé –dijo Mary.

La conversación no pasó de ahí, pero a Mary no le importó. Prefería mirar a las parejas. Resultaba todo sumamente interesante.

En aquella habitación había catorce personas, sin incluir al niño, que se llamaba Carlos. Todos se repartieron hábilmente por los generosos ventrículos de luz. Carlos gateaba de un lado a otro con

súbitos arranques de energía, apoyándose sobre las palmas de las manos y las rodillas irritadas. Allí donde acudía, desencadenaba de inmediato un torrente de alegres preguntas. Intentaba agarrar todo aquello que llamaba su atención. Bastaba ser cualquier cosa para que Carlos intentara agarrarla. Varias veces se acercó a Mary y alzó la vista hacia ella con asombro. Mary intentó hablarle, pero no obtuvo respuesta. El niño, simplemente, no conseguía situarla.

Aquella habitación albergaba a seis parejas. Mary tardó un buen rato en acertar. Algunas eran facilísimas de adivinar. Había una pareja que prácticamente no se soltaba de la mano, ni siquiera mientras comían. Otra parecía verter su agitada intimidad en todo cuanto hacía; sus miradas transmitían una corriente de conspiración flexible, aunque constante: Mary adivinó que no llevaban mucho tiempo formando pareja. El hombre de cara hinchada que se había dirigido a Mary era más viejo que todos los demás en la misma proporción en que Carlos era más joven. La joven de pelo alborotado, su pareja, raramente le dirigía la mirada y, cuando lo hacía, era para recargar su desprecio: Mary adivinó que en breve romperían como pareja. El resto de las personas allí presentes estaban desemparejadas o mal emparejadas, pero sus respectivos amantes terminaban cayendo inexorablemente sobre ellas y ambos se sometían de nuevo a su amargo pacto. Jamie no parecía formar parte de pareja alguna, pero era difícil asegurarlo.

Y qué decir de la habitación, de toda la casa, de aquel laberinto: ligera y luminosa, como la casa del señor y la señora Hide, también compartía el rechazo a todo lo superfluo, llena de espacios vacíos entre una cosa y otra. Desde luego, esto es distinto, pensó Mary. Esto es nuevo, esto es algo más. Todas las personas que hay aquí se distinguen muchísimo unas de otras; todas ellas se encuentran aquí venidas por su propia voluntad y rara vez se ven obligadas a hacer cosas que no les apetecen. Aunque varían en muchas de las cosas en que varían las personas, quienes están aquí comparten con descaro el disfrute del dinero y el tiempo. Y piensan que todo esto es perfecto.

Tan solo el huidizo Jamie, el infatigable Carlos y, claro está, Mary continuaban funcionando siguiendo sus propios principios de incertidumbre.

–Fíjate en toda esta gente –dijo Jamie con mucho entusiasmo, arrodillándose junto a ella. Mary observó a todos. Jamie tosió y dijo–: Ahora ya estoy otra vez borracho, gracias a Dios, así que no te extrañes de que baje la voz... Fíjate en todos ellos. ¿Sabes qué tienen todos en común?

–¿Qué? –dijo Mary.

–Que todos lo han hecho con todos –dijo, como si se refiriera a una misteriosa y chocante costumbre de los presentes–. Todas las personas que conozco lo han hecho con todas las personas que conozco. Tú no lo has hecho con ninguno de los que están aquí, ¿verdad?

–No –dijo Mary, bastante segura de que no era probable que fuera así.

–Qué alivio. De hecho, esa es una de las cosas que me gustan de ti. –Comenzó con ese balanceo suyo que parecía partir de su escuálida cintura–. Todas las chicas que hay aquí, sí, todas lo han hecho. Y lo han hecho todas de frente, luego de espaldas y luego de costado con una pierna levantada y luego a cuatro patas. ¿Y por qué? A las mujeres no les gusta el sexo. Solían practicarlo porque todo el mundo lo practicaba y no querían perdérselo. Y ahora todas están acercándose a los treinta y aterrorizadas porque quieren marido y niños como todo el mundo. Todas quieren una segunda oportunidad. A pesar de seguir teniendo sexo, ahora todas fingen que no han tenido sexo nunca. Ahora todas se creen vírgenes, pero ¿quién las quiere ya? ¿Quién quiere a esas viejas zorras?

Mary decidió intentar una cosa. Se inclinó hacia adelante y dijo:

–Yo he perdido la memoria.

–¿Y a mí me lo cuentas? –dijo él llevándose la mano a la mejilla con un gesto de dolor–. A mí me pasa eso continuamente. ¡Y solo tengo veintinueve años! Hago las cosas dos veces... A las cartas, me refiero, y a ese tipo de cosas. Como un puto viejo. A veces, yo...

–No. Quiero decir que no puedo recordar nada de lo que he hecho.

–¡Ni yo! Me despierto y, durante unos instantes, veo la noche anterior con toda claridad. Al cabo de un rato, una mano negra la borra entera de mi mente y desaparece para siempre. A veces te queda alguna pista. Te puede doler el estómago, por ejemplo, y entonces supones que debiste de reírte un montón. Cosas así. A mí...

–No lo entiendes. Lo que quiero decir es que... no recuerdo quién soy. Podría ser otra persona.

–¡Exacto, exacto! La mitad del tiempo podría ser cualquiera y no saberlo. Cualquiera... Da lo mismo. Como si me rodeara un vacío enorme. Me encuentro... abierto. Me...

–¿Son así todas las personas que están aquí?

–¡Sí! Bueno, no. No. No son así, pero todos ellos están completamente chiflados, sin más.

–Entiendo –dijo Mary dándose la vuelta para ocultar su decepción.

La gente empezó a marcharse. En un primer momento, Mary pensó que salían un instante para hacer algo, pero luego quedó claro que se marchaban a sus casas, que vivían en otros lugares... Confusa, anunció que ella también se iba a casa. Jamie asintió distraídamente y dijo que quizá pudiera acompañarla un rato. La acompañaría hasta donde le llegaran las fuerzas.

Mary fue al lavabo. Se sentía extraña, débil, como una marioneta que no tocara el suelo. Aquella casa era enorme y sombría, quizá fuera interminable. Al final de aquel pasillo de techos altos no había luz, de manera que las distancias se salvaban atravesando un aire rugoso: a lo largo de aquellos metros podía suceder cualquier cosa. Se dirigió allí donde le habían dicho que debía ir. La gente seguía marchándose, pero ella ya no podía oír sus voces. Llevaba bastante rato caminando en busca de la cuarta puerta a la derecha y aún le quedaba un buen trecho por recorrer. ¿Qué peso tan aplastante sentía sobre sus hombros? Por fin, alcanzó la puerta. Inmediatamente, supo que dentro había alguien más.

–Está abierto –dijo una voz femenina.

Mary abrió la puerta y entró con cautela. Aquella estancia alargada y alfombrada con una espesa moqueta no tanto un cuarto de baño como un cuarto con un baño. En el extremo opuesto estaba la menuda y nervuda joven que pertenecía al hombre alto de cara hinchada. Delante del espejo, revolvía su eléctrica melena pelirroja.

–No tardo ni un minuto –dijo, dirigiéndose a la imagen de Mary reflejada en el cristal.

Mary se acercó. La muchacha estaba ocupada disimulando las pecas caleidoscópicas de sus mejillas y el aura morada que rodeaba el borde de su boca. Mary se cruzó de brazos y esperó. La joven dejó caer dos tubos en su bolso, una almeja negra con las valvas abiertas. Súbitamente, volvió su rostro desencajado hacia Mary. Mary retrocedió, sorprendida por el odio y el temor que se reflejaban en su mirada.

–Tú eres Amy Hide, ¿verdad?

Mary se sintió arder por dentro.

–¿Y qué si lo soy? –dijo, pero con un tono que ni de lejos sonó desafiante.

La joven enfiló hacia a la puerta. Asía su bolso con fuerza, como si temiera que Mary pudiera arrebatárselo.

–Nada. Tan solo que no creas que no lo sé.

–No se lo digas a nadie. Por favor… Adiós.

Mary notó el azote del aire de la puerta al cerrarse y parpadeó. Y se dispuso a hacer lo que había ido a hacer. Levantó la tapa y se sentó en su asiento frío. Se llevó una mano al rostro. Parecía muy vieja, allí sentada, con las rodillas apretadas bajo el borde de la falda y con las bragas blancas rodeándole flojas las pantorrillas y los zapatos rojos que le hacían andar de puntillas. «Tienes que dejar de preocuparte por todo eso. Jamás desaparecerá. Tan solo tienes que dejar de preocuparte por ello, eso es todo», se dijo.

17. ESLABONES PERDIDOS

Jamie la acompañó la mitad del camino, hasta el neblinoso centro del parque.

–¿Te importa que te coja de la mano? –le preguntó. Su voz volvía a ser tranquila.

–No.

–¿Puedes soportarlo? ¿No te da vergüenza?

–No.

–Qué bien. Me alegro. Es una de las pocas cosas que aún puedo hacer con las chicas sin avergonzarme.

–¿Por qué?

–No lo sé. Supongo que me hace sentirme inocente –dijo–. Pero déjalo... tú estás disgustada y yo estoy otra vez con resaca. ¿Qué necesidad hay de hablar?

Siguieron caminando. La mano de Jamie no tenía nada que ver con la mano de Alan. Mary se preguntó por qué. Sí, la mano de Jamie, seca, cálida y firme, era muy distinta a la mano húmeda, fría y nerviosa de Alan, pero había algo más. Acaso, como tantas otras cosas, era cuestión de edad. Alan tenía veintiún años, Jamie tenía veintinueve y Mary estaba entre los dos. Con Alan siempre había tenido la sensación de conducir o ser conducida, como si ella fuera la madre y él el niño y unas veces hubiera tenido que arrastrarle y otras perseguirle. Jamie, por su parte, caminaba al ritmo adecuado, con un paso regular, a pesar de (o acaso gracias a) la rigidez de la pobre pierna... Los demás no tardaron en advertir la diferencia. Ya no la miraban tantas personas y las que la miraban parecían mirarla con mejores ojos. Los hombres la miraban con disimulo, más con un toque de tristeza que con la ofensiva frivolidad a la que se había acostumbrado. Las mujeres, al parecer, ya no necesitaban mirarla en absoluto. Solo le miraban la ropa y, también ellas, más sometiéndola a una especie de escrutinio semiprofesional que con intención desafiante o triunfal. En cuanto a los viejos, la contemplaban con sincera bondad, encantados, animados y contentos por su simple existencia. ¿Qué había hecho ella para merecer aquello? Un anciano de edad muy

avanzada, titubeante y pensativo, se detuvo, con sus motores al ralentí, para contemplarlos, totalmente inmóvil, cuando ellos pasaron junto a él. Sus labios, apretados en una sonrisa, dejaron escapar un trémolo dubitativo, un agudo temblor nasal semejante a un canturreo olvidado.

Jamie se echó a reír.

Mary dijo jovialmente:

–Con el tiempo, tú también serás así.

–Por eso me río –repuso él–. Cuando llegue el momento, no me reiré tanto. Eso suponiendo que consiga alcanzar esa edad. ¿Dónde vives?

–En una casa ocupada –dijo ella.

–Vaya, imaginé algo así. No es gran cosa, ¿verdad? No es gran cosa... Escucha, en mi casa hay muchas habitaciones. Siempre hay gente viviendo en casa. Esto que te doy no es un número, ni nada por el estilo –dijo mientras garabateaba una cifra sobre un trozo de papel y se lo entregaba a Mary–. Quiero decir, que no es un pase ni nada parecido –añadió–. Yo ya estoy de vuelta de todo eso. Lo único que te digo es que puedes venir a vivir a casa cuando quieras.

–Entiendo.

–¿Quieres más dinero?

–No, tengo suficiente.

–¿Estás segura? Bueno.

Se separaron en la orilla del estanque. Jamie no parecía tener más idea que ella sobre cómo se despedían las personas en su situación. Al final, se limitó a apretarle suavemente el brazo y se marchó. Mary volvió la cabeza una sola vez y vio su figura encorvada, con las manos en los bolsillos, a punto de desaparecer de su vista. En ese instante, él se volvió también e hizo un rápido ademán de despedida dando unos pasos hacia atrás.

La hierba se oscurecía por momentos. El tráfico se deslizaba con la libertad de un domingo por la ancha avenida para desaparecer tras las rejas distantes que rodeaban el parque. Obedeciendo a la lejana actividad lunar y a sus silenciosas tempestades de luz, los días se

recogían, se acurrucaban. Mary ya había oído hablar del invierno. Durante los atardeceres más fríos, la gente hablaba del invierno con resignación, a veces con estoico pavor. No existía una fecha exacta fijada para su llegada y todos tenías sus propias teorías sobre cuándo lo haría. A Mary todo aquello no le preocupaba demasiado. Estaba segura de que el invierno tenía que ser muy interesante.

Mary ya comenzaba a sentirse mejor en relación con Alan. Mary reflexionaba. Quizá el sentido del amor consistía en rodear a todas las personas de este mundo con un círculo, un círculo que a menudo se rompía por distintos sitios, pero que siempre trataba de cerrarse. Ella siempre sería una de las personas que unieran las manos para proteger a Alan y confiaba en que él siempre fuera una de las personas que formaran la línea que la rodeara a ella, a pesar de que fuera una línea imperfecta, con cadenas rotas y eslabones perdidos por todos sitios y hubiera muchas manos sin otras manos que sostener. Tenía que ser así. Decidió ir a la habitación de Alan inmediatamente y decírselo para ver si él decía que sí.

En la calle ya solo quedaban unos cuantos niños. Apenas visibles, se llamaban y se hacían señas los unos a los otros, como fantasmas a punto de desaparecer. En breve, todos estarían a salvo, tomando el té resguardados tras los cristales de ventanas ajenas. Mary subió corriendo las escaleras, súbitamente helada bajo la falda y el jersey.

Entró en la habitación de Alan sin detenerse a llamar. La estancia aparecía silenciosa y vacía bajo la luz del anochecer.

–¿Alan? –dijo. Sobre la mesa situada frente a la ventana se distinguían unos papeles centelleando con la última claridad del día. Cuando ya se estaba dando la vuelta para marcharse, vio a Alan de pie en un rincón, mirando a la pared. ¿Por qué estaba así?–. Alan, he... –comenzó a decir avanzando hacia él. Entonces vio que no era Alan. ¿Cómo podría ser Alan? Era alguien mucho más alto que él. Vaciló. Quizá Alan se había subido encima de algo. ¿Por qué hacía todo aquello? Se acercó aún más a él. ¿Se había subido a la cama o a aquella silla? La cama estaba demasiado lejos y la silla estaba caída. Mary alzó la mano y le tocó el hombro. Alan se dio la vuelta, pero no como suelen darse la vuelta las personas. El cinturón del batín estaba alrededor de su cuello.

Alan había dejado una nota sobre la mesa. En ella no hablaba más que de su pelo.

*

Pobre Alan. Pobre fantasma.

Todos los jóvenes piensan que se suicidarán antes de llegar a ser viejos, pero casi nunca llegan a ese punto. Se niegan a comprometerse de esa manera. Cuando eres joven y contemplas el futuro, el tiempo se pierde entre la niebla más allá de los veinticinco años. «Yo nunca seré viejo», dices. Pero llegas a serlo. Y tanto que sí. La vejez siempre termina atrapándote.

¿Con qué frecuencia atraviesa tu mente la idea del suicidio? ¿Todos los días? ¿Una vez a la semana? ¿Casi nunca ya? Probablemente solo dependa de tu edad. Hace falta valor para ser viejo, pero hace falta mucho más para suicidarse. El suicidio conlleva muchos riesgos. El joven Alan ha debido de hacer un gran acopio de valor esta tarde, ahí subido. Tuvo suerte de ser joven. Si no lo hubiera sido, jamás lo habría conseguido.

La vejez te sobreviene cuando tomas consciencia de que la vida es muy pobre y de que eso es lo único que hay. La muerte es irrisoria, apenas dura un segundo; que sepamos, ha pasado antes de que te des cuenta.

Yo he considerado la posibilidad del suicidio, naturalmente. Sí, la he considerado. Hay días en que no pienso en otra cosa. Por supuesto, no puedo considerarlo seriamente hasta que no termine de arreglar cuentas con Mary. Y, además, me estoy haciendo ya demasiado viejo para eso. Para mí, comienza a ser una idea demasiado romántica y con ello quiero decir que tampoco resulta muy realista, el suicidio, ¿no es cierto?

La gente cada vez se suicida a edades más tempranas... A los dieciocho, a los quince, a los diez. Hoy en día, la vida no tarda en asquearles. Cuando se es joven, ese es el momento de hacerlo. ¿Desearía, quizá, haberlo hecho en los viejos tiempos, cuando era joven? No, la verdad es que no. La vida es muy pobre, pero, que nosotros sepamos, es lo único que hay.

*

Lo primero que tuvo que hacer Mary con respecto al suicidio de Alan fue prestar declaración.

–No es más que una formalidad –dijo el desaliñado policía al que le habían estropeado el domingo sin dejar de moverse silenciosamente por la habitación–. Por supuesto, no está usted obligada a decir nada, pero, por experiencia, le aseguro que… En realidad, esto no me compete en absoluto.

Mary permanecía sentada frente a la mesa contemplando el rostro húmedo, empapado, de Russ. No tenía la menor idea acerca de qué decir.

–Veamos, veamos… –dijo el policía, tirándose del lóbulo de la oreja. En un principio sugirió poner por escrito las declaraciones verbales de todos los residentes de la casa ocupada. Sin dejar de mostrar la punta de la lengua, salpicada de granitos, fue escribiendo muy lentamente a medida que Paris y Ray balbucían y tartamudeaban uno detrás de otro idénticas descripciones del hallazgo del cuerpo de Alan. El policía miró el reloj–. Quizá debiera… La verdad, es una lástima que sean ustedes tantos.

A continuación, nervioso, intentando hacer caso omiso del ruidoso sorber de Russ (un sorber con que parecía tragar enormes cantidades de congoja por su garganta enrojecida), comenzó a repartir entre los presentes varios trozos de papel y un puñado de bolígrafos silenciosamente suministrados por Norman. Se encontraban todos sentados frente a la alargada mesa: Mary, Russ, Ray, Paris, Vera, Charlie, Alfred, Wendy y Norman. Rascándose la cabeza y hundiéndola entre los hombros, como escolares dispuestos a hacer los deberes, todos se aplicaron a la labor.

¿Qué podía decir Mary? Sentía haber roto el cuello de Alan; en ningún momento había sido su intención hacerlo. Se preguntó si no sería su pelo el culpable, como él mismo había dicho. Pero no parecía muy probable que el pelo pudiera romper el cuello de nadie. Sí, cómo no, debía de haber sido Mary. Lo siento –escribió con su mejor letra–. Fue sin querer. Intentaré no volver a hacerlo más.

En ese momento, dos viejos vestidos de uniforme bajaron por la escalera portando una abultada camilla. Russ se puso en pie y su bolígrafo se partió contra la mesa. Miró a Mary con la desesperación dibujada en su rostro infantil.

–¿Qué estoy haciendo? –dijo–. Si no sé escribir. –La señaló con el

dedo–. Tú lo hiciste, ¿no es cierto? ¡Solo tenía veintiún años! Tú lo hiciste y ni siquiera lo lamentas. ¡Dios!

Mary emprendió un viaje. Un viaje que duró varios días. Viajó en el metro, arriba y abajo, atravesando las humeantes entrañas de la ciudad. Viajó en la línea Circular hasta que, sumida en esta nueva escala de tiempo y de distancia, tanto ir en círculo hizo que le diera vueltas la cabeza. Y nunca llegaba a ningún sitio. Caminó por el pavimento coagulado de Picadilly y Leicester Square. Durmió en una habitación llena de gente y de eructos y gases de mala comida. Se apoyó en una pared donde se apoyaban otras jóvenes. Dos hombres diferentes se acercaron a preguntarle si estaba libre y las dos veces negó con la cabeza y los hombres se marcharon. Durante unos días, el tiempo se convirtió en una sucesión de cajas. Viajó en una furgoneta hasta un lugar en cuya entrada tuvo que vaciar los bolsillos y el bolso y después rendirse a una autoridad remota. La encerraron por la noche con una joven que no dejaba de sollozar y de levantarse para orinar ruidosamente en el recipiente que descansaba bajo su litera. Por la mañana, la obligaron a desnudarse y una mujer la examinó sin saber Mary con qué derecho. Otra vez viajó en furgoneta. Durmió en una de las camas blancas dispuestas en fila donde muchas mujeres gritaban y vociferaban sin cesar. «¡Eres muy dura!», le repetía una y otra vez la mujer que estaba junto a ella. «¡Eres... tan cruel!» Mary ya lo sabía; aquella mujer no tenía por qué repetírselo. Le entregaron sus pertenencias en un sobre de color marrón y unas píldoras amarillas que la alejaron un poco del presente. Podía pasear por el jardín o sentarse en una habitación de paredes verdes en la que los rostros y las luces parpadeaban incesantemente. Durante bastante tiempo, Mary hizo todas estas cosas. Entonces, apareció Prince y la sacó de allí. A él tuvieron que dejarle entrar, claro está. Tuvieron que dejarle entrar y permitirle que la sacara de allí.

–Por fin he conseguido cogerte el tranquillo, Mary –le dijo cuando llegaron a su despacho–. Ah, ¿conque ahora fumas? ¿Se trata de otra de tus destrezas?

Mary aspiró el humo de su cigarrillo. Había perfeccionado aquella habilidad aquellos últimos días bajo la estrecha vigilancia de varios dementes, mujeres y hombres dementes. Le habían dicho que le sentaría bien, que le haría mucho bien a sus nervios. Mary no sabía nada de aquello, pero le gustaba tener algo con lo que mantener ocupadas las manos y la boca, especialmente la boca. Dijo:

–Lo siento.

–Fantástico –dijo él–. Con eso ya está todo arreglado.

–Intenté portarme bien.

–¿Y ahora ya has dejado de intentarlo? Hablas como un niño pequeño.

Mary guardó silencio.

–Tengo noticias para ti –dijo él en voz más baja–. El señor Malo... se ha echado atrás.

–¿El señor Malo?

–El hombre que confesó haberte asesinado. Se ha retractado. Ahora afirma que no lo hizo.

–¿Qué significa eso?

–Bueno, no es tan raro si lo miras desde su punto de vista. Le informaron de que estabas sana y salva y se retractó. ¿No habrías hecho tú lo mismo?

Mary no dijo nada.

–Una cosa hay que reconocerle: le costó mucho convencerse de la noticia. Seguía aferrado a su historia, algo nada habitual.

–¿No? –preguntó Mary.

Prince esperaba a que alzara la mirada. Lo hizo.

–No, en absoluto. Había confesado haberlo cometido. Dijo que tú querías que lo cometiera y que lo cometió.

Los ojos de Mary se anegaron de lágrimas. No hizo nada por frenarlas. Algunas cayeron en su regazo. Una aterrizó en su cigarrillo. Oyó que Prince suspiraba y se ponía en pie. Se acercó a ella agitando su pañuelo.

–No te preocupes –dijo–. Aún no anda suelto por ahí. Todavía le queda un tiempo... Por esa razón esperamos. Queríamos cogerle por otra mierda... ¿Y ahora qué, Mary? ¿Qué te queda? Has perdido el trabajo. Y, por cierto, también has perdido tu casa.

–¿Mi casa? ¿Por qué?

–Al menor problema, esos sitios... –Hizo un débil gesto con la mano–. No, Mary. No te queda ningún sitio a donde ir. Me temo que has agotado tu buena suerte.

–Sí, hay uno. Hay un sitio al que puedo ir. –Le mostró el trozo de papel.

–Ah, conque has llegado a establecer esa conexión, ¿eh? –dijo, asintiendo con la cabeza,

–Me dijo que no tenía más que llamar e ir cuando quisiera.

Prince cogió uno de los teléfonos de su mesa y lo dejó caer de golpe frente a ella.

–Pues llámale.

Mary llamó a Jamie y Jamie estaba allí. A Mary no la sorprendió la tranquilidad con que Jamie dijo:

–Claro que sí. Ven cuando quieras.

Fuera lo que fuera lo que le hubieran hecho a Mary, no le habían mentido. Como tantas otras cosas, eso se lo guardaban para sí mismos. Mary intuía que solo había una persona dedicada a la mentira y la tenía sentada enfrente en aquel momento.

–Pero espera un momento –dijo Jamie–. ¿Vas a traer todos tus trastos?

Mary enrojeció.

–¿Cómo?

–Tus cosas. ¿Puedes meterlas todas en un taxi o algo así?

–Oh, no. Ya no tengo cosas.

Prince no alzó la mirada cuando Mary colgó el auricular. Estaba ocupado escribiendo algo con una pluma de acero.

–¿Todo arreglado? –dijo.

–Sí. –Mary le miró con odio. ¿Qué hacía aquel hombre aparte de contarle mentiras y hacerle llorar?–. Es rico –dijo al azar.

–Oh, estupendo.

–Me marcho –añadió.

–Muy bien. –No la miró. Dijo–: Recuerda, Mary. Sé consciente de tu poder. Todos poseemos algún poder.

–Me marcho y espero no volver a verle hasta el día que me muera –dijo Mary antes salir de aquella habitación.

18. NO HACE FALTA

–Lo primero que tenemos que hacer ahora –dijo Jamie muy seriamente– es enseñarte a beber y a fumar como es debido. Muy bien. ¿Cuánto bebes?

–¿Te refieres a alcohol?

–Claro que me refiero a alcohol. ¿Acaso hay otras cosas?

–Una vez a la semana –dijo Mary.

–¿Qué? Bien, pues eso lo vamos a solucionar enseguida, jovencita. Tómate una copa y empecemos. El truco consiste en beber mucho en las comidas. Te ahorra un montón de esfuerzo a primera hora de la tarde.

–Cuando bebo durante el almuerzo luego me encuentro fatal el resto del día –dijo Jo, que también vivía en casa de Jamie.

–¿Y? –dijo Jamie.

–Que no me gusta encontrarme fatal todo el día.

–A ninguno nos gusta. No se trata de eso. Nadie pretende que te guste. Veamos, Mary, ¿qué hay del tabaco?

–¿Tres o cuatro al día? –preguntó Mary esperanzada.

Sin embargo, Jamie la miró de arriba abajo un buen rato y finalmente sacudió la cabeza con pesar.

–No, me temo que eso no va a servirnos de nada. –Se volvió, cerrando ligeramente los ojos y dijo en tono despreocupado–: Yo ya he llegado a los tres paquetes y medio al día...

–¿En serio? –dijo Mary.

–Sí. Oh, reconozco que al principio era horroroso. Subir de dos paquetes a tres... Sí, para eso sí que hacen falta huevos. A partir de ahí, ya es más fácil. Vamos a fijarte una meta razonable, digamos veinte al día. Ya irás aumentando poco a poco a partir de ahí. ¿De acuerdo? Solo es cuestión de fuerza de voluntad, nada más. La cuestión es pensar que, si quieres, puedes. Créeme, Mary. ¡Es posible!

–¿Qué gracia le ves a ir matándote? –preguntó Augusta, que también vivía en casa de Jamie.

–Oye, no empieces tú ahora. Ya sé. Te tengo fichada. Puedes marcharte. Quieres vivir, ¿no? Quieres vivir.

Mary tomó un sorbo de su copa y apagó el cigarrillo. Inmediatamente, Jamie le rellenó la copa y le ofreció y encendió otro cigarrillo.

–Eso es. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo, Mary. Y, ahora, piensa que tienes que comer bien y no hacer nada de ejercicio y lo conseguirás.

–Eres un maníaco, Jamie. No sé si sabes que esto no tiene maldita gracia –dijo Lily, que también vivía en casa de Jamie.

–¿Y tú qué sabes, si tiene gracia o no tiene gracia?

–A mí no me hace reír.

–¡Pero tú eres una mujer! Las mujeres no se ríen cuando algo es gracioso. Se ríen cuando se sienten bien.

Lily fingió tres bostezos.

–Qué cantidad de tonterías –dijo Jo.

–Que alguien le dé un Valium –dijo Augusta.

–¡Si es la verdad! ¿Por qué os tiene que molestar? Simplemente, para vosotras es distinto... –Se giró hacia Mary con la cabeza gacha y la contempló con ojos ardientes–. Muy bien. Opino que dado que aquí nadie hace nada ni va a hacerlo nunca, podríamos dedicarnos a hacer lo otro. Ni más ni menos.

–Oye, Mary –dijo Lily–. ¿Cómo andas de sábanas, toallas y todo eso?

–¿Qué pasa? ¿Ha venido el hombrecito? –dijo Jo.

–¿Me ha traído la camisa? –dijo Augusta.

–¿Cuál de ellas?

–La que perdieron. Ya sabes, la de seda gris, con...

–Opino… –dijo Jamie poniéndose en pie de forma errática–. Opino que, si lo intento, quizá consiga escapar de esta conversación. –Al llegar al centro de la habitación, se detuvo y vaciló. Sus ojos ardían con ansiedad y vergüenza infantil–. A mí, lo que me ocurre es que…

Déjalo, pensó Mary. No pasa nada. No hace falta.

–Eso que he dicho acerca de que las mujeres no se ríen… –dijo y, al instante, todas a la vez comenzaron a suspirar y a murmurar y a darle la espalda–. Si hubiera dicho casi todas las mujeres, todas os habríais reído a costa de vuestras hermanas, pero me refiero a vosotras, a vosotras que en la vida leéis un libro, ni hacéis nada. Por eso es por lo que os reís cuando os gusta alguien u os sentís bien.

–Qué aburrimiento –dijo Augusta.

–¿Qué aburrimiento? Conque es aburrido, ¿eh? Muy bien, tías, pues en ese caso me marcho. Que alguien me ayude –dijo antes de salir tambaleándose.

–No le hagas ni caso –dijo Lily dirigiéndose a Mary–. Cuando se emborracha, se pone insoportable.

–Ese tío odia a las mujeres –dijo Augusta, cerrando los ojos.

Jo negó con la cabeza.

–No, solo necesita salir de aquí y hacer algo.

Era realmente cierto que en aquel piso nadie hacía nada. Hacían cosas, sí, pero no hacían nada. No es que estuvieran desocupados, pero no hacían nada. Mary no tardó en averiguar por qué: no había necesidad. No había necesidad alguna.

Mary recordó haber visto a las tres jóvenes aquel domingo en que Jamie la había invitado a comer. No la sorprendió que vivieran allí. Tampoco la sorprendió descubrir que alguien más vivía allí, alguien que tampoco hacía nada: el pequeño Carlos.

En cierto modo, Carlos era lo que Lily hacía. Carlos exigía y recibía total atención a todas horas; el niño necesitaba todo el tiempo de Lily y ella se lo concedía. Carlos estaba aprendiendo a andar o estaba esperando para animarse a andar. Su cabeza, grande y lechosa, mostraba un paisaje siempre cambiante formado de inflamadas

magulladuras rojizas; Carlos se las infligía a sí mismo una caída tras otra, especialmente, en el cuarto de baño, el lugar donde más a menudo se caía. Se le oía allí dentro emitiendo animados chillidos y balbuceos, después se oía un golpe o un estruendo y, tras unos instantes de silencio, el tiempo que Carlos necesitaba para evaluar su dolor y su congoja, por fin, un potente alarido atraía inmediatamente a Lily, angustiada por la posibilidad de que se hubiera roto algo. Carlos también lloraba por otras cosas. Y su llanto era siempre eficaz: siempre servía para proporcionarle lo que quería. Pensándolo bien, Carlos era un personaje bastante popular, pues contaba con una cohorte de admiradores sumamente nutrida para alguien que no contaba más que un año de edad. ¡Cualquiera sabe los que podría conseguir cuando tuviera cincuenta... o setenta y cinco!

–¿Qué planes le esperan exactamente a Carlos? –le preguntó Jamie a Lily. Jamie pasaba mucho tiempo jugando con Carlos o al menos observándole mientras jugaba él solo–. Creerá ser Dios hasta que tenga tres años. Entonces, querrá meterse en la cama contigo hasta que tenga doce. Entonces, pensará que eres una vieja zorra hasta que cumpla veinte. Entonces, se volverá homosexual o algo así y le harás sentirse culpable hasta que tenga sesenta y se sienta igual de viejo y jodido que tú. ¿Acaso no es eso lo que le espera?

–No digas esas cosas –dijo Lily, tomando a Carlos en brazos.

Los ojos de Lily tenían algo que a Mary le recordaba a la Residencia y sus jóvenes perdidas. En determinado momento, Lily anduvo metida en líos, pero logró salir. De melena etérea de pelo fino, escaso y revuelto, y labios tristes, su presencia carecía de personalidad. Tenía también un hombre llamado Bartholomé, que trabajaba en el mar del Norte. Lily pensaba en Carlos todo el tiempo, incluso cuando el pequeño estaba dormido o balbuceando feliz en la habitación contigua. Lily no hacía nada, pero daba igual. Todo lo que hacía era Carlos.

Jo tampoco hacía nada, pero hacía montones de cosas. Mary jamás había conocido ni había oído hablar de nadie que hiciera tantas cosas como Jo. Tenía «dinero propio», cosa que quizá lo explicara (todos las demás, Mary incluida, tenían dinero de Jamie). Tenía también unos hombros tan anchos como el respaldo de un sofá, una melenita corta de color castaño y una mandíbula de héroe de guerra con una dentadura perfecta. Siempre estaba haciendo cosas: tenis, squash, equitación, golf... y, a veces, se marchaba al volante de su grueso y potente automóvil en dirección a lugares remotos y prácticamente inaccesibles. A primera hora de la tarde solía oírsele cantar himnos

con voz atronadora bajo el agua hirviente de la ducha, después se embutía en un grueso jersey de lana y unos tiesos vaqueros y acudía junto a Lily para supervisar la marcha de la cena. Más tarde, solía ver la televisión y hacer punto al mismo tiempo, enhebraba anzuelos de pesca, encordaba raquetas de tenis o engrasaba escopetas. Por fin, a las once y media en punto, se ponía en pie, se estiraba, decía «¡Bueno...!» y se iba a la cama. De cuando en cuando salía con su hombre. Y muy de cuando en cuando, su hombre acudía a visitarla a casa. Su hombre se parecía increíblemente a alguien que salía en televisión. Jamie aseguraba que Jo también era un hombre.

–Es un hombre, la muy puñetera –decía–. No os dejéis engañar... Y está bien jodida. Y, con esa manía de andar siempre con el buceo, la escalada, la espeleología y el ala delta, lo único que quiere es tener los días ocupados y no pensar en nada. ¿Acaso creéis que le gusta salir con ese jodido robot?

Un domingo por la noche saltaron los plomos. Mary y Lily sostuvieron las velas mientras Jamie examinaba detenidamente el cuadro eléctrico, una caja que despedía un brillo recalcitrante desde la oquedad en la que estaba instalada. Durante un buen rato, se limitó a alargar una mano temblorosa para luego retirarla de golpe en el último momento. En ese momento, Jo regresó a casa con una escopeta y tres faisanes muertos colgando del cinturón. Apartó a Jamie de un empujón y volvió a dar la luz con un solo gesto de la mano. Jamie cayó al suelo y Lily le ayudó a levantarse. Parpadeando y sacudiéndose el polvo, Jamie dijo de mala manera:

–Dios mío, tú no eres una mujer en absoluto. ¡Eres un tío! Joder... ¿Por qué no te pones una e al final del nombre y haces la gracia completa?

Pero Jo se limitó a echarse a reír y se metió en su cuarto. Al poco rato, salió de nuevo. Tenía otras cosas que hacer.

Augusta tampoco hacía nada, nada en absoluto, pero toda su vida era una constante odisea de victorias, retiradas, estrategias, asedios, ataques, traiciones, campañas y conspiraciones. La vida de Augusta era una vida social. Y, también, una vida sexual. Su pelo era negro y muy tieso, pero su rostro poseía una palidez dramática, mayor aún que la de sus dientes, blanquísimos. Mary solía verla desnuda muchas veces, pues solía pasar mucho tiempo en su habitación, tan recargada que parecía un burdel. Augusta tenía el mismo peso y estatura que Mary, pero no solo era más delgada que Mary, sino también más firme. Su cuerpo, de aspecto extraordinariamente ágil y atlético,

estaba dotado de una espalda estrecha y musculosa, de un trasero voluptuoso y de unos pechos cónicos y desafiantes bien puestos sobre la fragilidad de su caja torácica. Augusta tenía también montones de hombres.

Se levantaba tarde, más tarde incluso que Jamie. Junto a la cama siempre tenía una enorme jarra de agua con un retrato de la reina de Inglaterra pintado sobre su superficie de porcelana. Antes de hacer ninguna otra cosa, Augusta se bebía la jarra de un solo trago. Después, se levantaba y se preparaba un café sin prisa alguna, con una imponente serenidad. A pesar de su increíble palidez y de sus manos temblorosas, en esos momentos siempre parecía imponente y serena, tanto que parecía rozar la arrogancia. Cuando algún hombre se había quedado a pasar la noche con ella y más aún cuando era la primera vez que se quedaba, parecía aún más imponente y serena. Los hombres de Augusta... Mary solía oírlos entrar ya avanzada la noche y muchas veces los veía escabullirse por la mañana... o salir corriendo medio vestidos y seguidos de Augusta que, desnuda, les gritaba cualquier cosa. Al día siguiente de esos episodios, parecía andar recogiendo todos los trocitos de sí misma que se habían dispersado la víspera, pero, a lo largo de todo ese día desagradable y absurdo que no había estado a su altura, Augusta se mantenía imponente y serena. Un día malo a ella no la arrastraría.

Jamie alimentaba teorías similares sobre Augusta.

–La muy puñetera es un hombre... Al menos, un hombre en su relación con los hombres. Ya sé que es una artista en la cama y todo eso. Dice que le sienta bien para la figura. Pero fíjate en sus ojos. Tiene ojos de... tío.

Después de beber y de comer, Augusta comenzaba a ganar belleza de manera fehaciente y así seguía durante el resto del día.

–Me dejas admirado –solía decirle Jamie cuando charlaba con ella–. Te levantas por las mañanas y pareces una puta mierda y, a media tarde, ya vuelves a parecer una virgen.

Decir aquellas cosas a Augusta comportaba sus riesgos, ya que eran bien conocidas su susceptibilidad y sus rabietas. Mary solía preguntarse por qué Augusta se tomaba la molestia de enojarse tan a menudo como lo hacía, pero pronto comprobó que aquello no le suponía molestia alguna: su cólera formaba parte de algo ilimitado que había en su interior. Sí, Augusta tenía mucho de Amy. Mucho, mucho. Y, eso sí, llegada la hora en que comenzaba a vestirse para la

noche, el aspecto de Augusta era indiscutiblemente deslumbrante y arrebatador. A no ser que algo se hubiera torcido, Augusta siempre salía. Siempre aparecía un coche, un taxi o un hombre y siempre Augusta se entregaba a la noche cargada de expectativas. Y cuando algo se había torcido y se quedaba en casa, adquiría un aspecto más imponente y sereno que nunca.

Esas noches, Augusta solía emborracharse, hablar por los codos y reírse a mandíbula batiente de sus propios chistes. Jamie aprovechaba para burlarse de ella, al menos cuando pensaba que no sería demasiado peligroso.

–Engañada y traicionada de nuevo, ¿eh, Augusta? Seducida y abandonada. Apuesto a que a alguno no le quedan muchas horas de vida. ¡Fiu! Esta chica es terrible.

Y Augusta se reía también con aquello. Pero Jamie jamás decía nada por las mañanas, cuando Augusta se mostraba imponente. Y, por ejemplo, no dijo absolutamente nada el día en que Augusta apareció con un ojo morado y pudo oírsele vomitar ruidosamente en el cuarto de baño. Aquel día se mantuvo tan imponente que nadie dijo nada.

Mary solía permanecer despierta en la cama de su pequeña habitación, situada al final del pasillo, alimentando los desagradables pensamientos que siempre la asaltaban en tales ocasiones. De alguna manera, Jamie tenía razón: Augusta y Jo parecían hombres. Poseían el poder, el poder de imponerse, de inspirar temor... Sí, las dos resultaban formidables. ¡Formidables!... ¡Qué vergonzoso, la verdad, que cuando una mujer intentaba liberarse de los hombres y ser fuerte por sí misma se limitara a observar la fortaleza de aquellos y a copiarla! ¿Acaso no existía otro modo de ser fuerte, un modo femenino? Mary estaba convencida de que sí debía de existir ese otro modo, pero quizá no fuera así o, al menos, ya no, quizá todavía no. Quizá las mujeres jamás podrían ser fuertes y femeninas a la vez. Quizá jamás tendrían la fuerza suficiente para ello.

¿Y dónde estaba ahora el pálido Alan? Alan nunca, nunca había resultado formidable en absoluto. ¿Dónde estaba, en el cielo o en el infierno? Si estaba en el cielo, estaría zambulléndose en alguna piscina de nubes, pero ahora se zambulliría a la perfección, con las piernas juntas y extendidas, o, quizá, se limitara a holgazanear sobre una nube todo el día y a juguetear con su pelo brillante y espeso. Si estaba en el infierno, sería un infierno pálido y modesto, con llamas de mentira, como las llamas del dorado fuego del hogar de los Botham, un infierno tranquilo donde no sucediera nada importante. Sin embargo, lo más

probable es que Alan simplemente se hubiera detenido, hubiera frenado en seco. Su vida había sido sustraída, anulada. Sí, Mary temía que eso fuera lo más probable. No creía en la vida después de la muerte. Solo creía en la muerte.

*

Sí, ella lo superará.

Bien, parece que Mary ha vuelto a caer de pie y sin romperse nada. Por supuesto que las mujeres aman a los hombres que poseen montones de dinero, ¿no es cierto? Venga, vamos, claro que sí. Si yo fuera una mujer también los amaría. ¿Por qué crees si no que los hombres malgastan la vida intentando ganar dinero? Los hombres solían competir por las mujeres sirviéndose de puños, palos y dientes. Ahora se sirven del dinero, todo un avance, desde mi punto de vista.

Ojo, Jamie no ha ganado el dinero que posee. Siempre ha tenido ese dinero. Siempre estuvo ahí, esperando ser suyo. Los ricos tienen sus propias pesadillas en ese mundo suyo en que no les hace falta nada. En ese mundo suyo, las cosas flotan con una lentitud especial y los ricos tienen sus propias pesadillas. Les está bien empleado, pero las tienen. Mary tendrá que andar con cuidado mientras esté aquí. El desastre puede acercarse sigilosamente desde el otro lado.

¿Alguna vez habéis estado en un lugar en el que desearais a alguien que no os deseara a vosotros? Bueno, pues evitadlo... Ni se os ocurra. Salid de allí. No permanezcáis en un lugar en el que deseáis a alguien que no os desea. Marchaos tan pronto como sea posible y no regreséis. Eso es lo único que puedo deciros. Eso es lo único que podéis hacer.

*

Una mañana, tendida en la cama, Mary recordó una ocasión en que, siendo joven, se había sentado a llorar sobre el cemento grisáceo del patio de una escuela. Había sollozado desconsoladamente y no había habido nadie allí para consolarla.

La habían excluido de algo, no la habían dejado participar y jugar con los demás. Todo el mundo había supuesto que dejaría de llorar cuando terminara el recreo. Ella también lo supuso, pero no fue así. La rabia y la angustia se negaban a desaparecer, ay, ay, dolía, dolía. En clase, permaneció sentada con la cabeza entre las manos y los hombros no le dejaron de temblar. La señorita se había mostrado comprensiva con ella. La llevó a un rincón, la hizo subirse en una silla y abrió una ventana para que pudiera respirar mejor. Tampoco aquello acabó con la angustia. Contempló la tarde magnífica y se escuchó a sí misma un buen rato, tan sorprendida como los demás por la profundidad y la crudeza de sus sollozos.

Mary estaba desnuda, sentada en el borde de la cama. Estaba llorando de nuevo. Basta ya, pensó. No podía continuar estando sola. No se trataba solo de Jamie… Sabía perfectamente lo que ocurría con Jamie. Pero solo él podía poner fin a la tortura, a la angustia, a la necesidad, a aquella ansia desgarradora. Y todos necesitaban de alguien que les hiciera sentirse aunque solo fuera un poco más completos.

19. POLO OPUESTO

Jamie no hacía nada. Jamie tampoco hacía nada. Nada. Por supuesto, solía desempeñar algún trabajo, como aquel que desempeñaba para Michael Shane, pero...

–Pero no hago más que perder el puto tiempo –decía con voz firme–. No, no me hace falta, coño. ¿A quién le hace falta? A mí no.

Jamie se limitaba a leer todo el día. Mary solía recoger los libros que ya había terminado o había abandonado. Solían ser americanos y trataban acerca de niños pobres que se hacen ricos. Mary no tardó en descubrir que muchas de las cosas que decía Jamie –expresiones sueltas, párrafos enteros, puntos de vista que defendía apasionadamente– y muchos de los amaneramientos y las peculiaridades de su comportamiento los había robado de los libros que leía. ¿Estaba bien robar cosas de los libros y no devolverlas? Mary suponía que sí, al menos, en aquel lugar. A los libros no parecía importarles y, por otra parte, en aquel lugar todo estaba bien.

Mary también leía, pero los libros no le servían de ninguna ayuda. Se sorprendía a sí misma leyendo con el único afán de reunir pistas. «Nada hay tan aburrido como la compañía de una mujer no deseada», leyó en algún sitio. Se esforzó por no ser aburrida. ¿Pero acaso era ella una mujer deseada? ¿Cómo podía saberse algo así? En otro sitio leyó: «Los pensamientos solitarios de una mujer son casi exclusivamente románticos», pero los hombres no eran así, al menos, ya no. Halló unos cuantos libros de bolsillo de forma cúbica que mostraban imágenes de mujeres como Augusta en las cubiertas y la palabra Amor en los títulos. Mary los leyó todos. En aquellos libros, las mujeres que deseaban a un hombre se limitaban a quitarse toda la ropa y a decir cosas como «Hazme tuya», «Tómame» o, la más extraordinaria, «Lléname de tu vida». Sin saber por qué, Mary no se imaginaba a sí misma diciéndole todo aquello a Jamie. «¿Jamie? Lléname de tu vida.» No, Mary no se veía a sí misma diciendo aquello. Las mujeres solían también vestirse de un modo especial: existía un trajecito negro de encaje que había producido los efectos deseados y le había hecho creer las mentiras apropiadas a un hombre que se había estado comportando de modo muy parecido a como Jamie se comportaba últimamente y, a veces, las jóvenes hacían acto de presencia completamente desnudas, cubiertas tan solo por un abrigo de piel. A continuación, los hombres follaban a las mujeres, propinándoles por lo

general un bofetón o dos en el rostro por si fuera poco. No era eso lo que Mary deseaba. No obstante, a pesar de lo bochornoso y vagamente odioso, sí debía reconocer que los hombres y las mujeres parecían pasar muy buen rato cuando lo hacían. Los hombres eran todos pilotos de carreras o magnates de los negocios o gánsteres o estrellas de cine. Y Jamie no era así. ¿Cómo era Jamie? ¿Era homosexual, quizá, como Gavin? Mary no lo creía.

Y de repente se dio cuenta: los libros trataban acerca del mundo de los vivos, del mundo del poder, del aburrimiento y del deseo, del mundo ardiente. Simplemente, aquellos libros lo contaban de un modo más ingenuo que los otros, pero todos se hallaban al servicio mutuo de un presente comprable. ¿Qué había pensado ella? Había pensado que los libros trataban acerca de un mundo ideal, donde nada era ideal, pero donde todo tenía su idealización y la oportunidad de un espacio moral. Y no era así. Paseó la vista por los estantes con una sensación de orgullo mordaz. Los libros no eran especiales. Los libros eran como todo lo demás.

Aquel mismo día, algo más tarde, Mary entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Lentamente, se quitó toda la ropa frente al largo espejo. Dio un paso atrás, se sacudió la melena y contempló las maleables curvas de su cuerpo... Se veía artificial, se veía extraña (no sentía ser ella misma), pero estaba muy bien. Su melena, preciosa y ondulada, sorteaba su garganta reluciente hasta alcanzar las puntas de sus pechos. ¿Sus pechos eran unos buenos pechos? La forma y la textura resultaban agradables –redondos y generosos, sin asomo de grasay sus pezones eran tan sensibles y estaban tan bien perfilados que se le antojaba podrían gustar a otras personas. Más o menos a medio camino entre las sombras curvas de sus pechos y la segunda línea de pelo, se abría el párpado fruncido e infantil de su ombligo formando el punto central de la suave convexidad que ahora se extendía para formar los goznes de sus caderas, allí donde la piel se afinaba y podían verse las tiernas venas... Y luego venía este otro punto crucial y poseedor en la vida de aquella misión tan discutida, tan comentada, tan reverenciada y tan preciada. Cubierto por el pelo y por una protuberancia ósea, también estaba hecho de carne y elasticidad. Sintiéndose ya decididamente incómoda, Mary lo contempló más de cerca. Sí, esto era algo distinto. Aquí había algo más. La piel era de color rosado, de un rosa íntimo. Había también allí otras cosas inquietantes. Francamente, a Mary no le parecía que aquello tuviera demasiado buen aspecto. La verdad sea dicha, a Mary le parecía que aquello tenía bastante mal aspecto. Pero al menos no estaba siempre a la vista, cosa que no podía decirse de su polo opuesto. A partir de ahí, los resplandecientes muslos se perdían hacia abajo formando su propia

silueta. Está bien, está muy bien, pensó, debe de ser bueno: esto es todo lo que tengo. Volvió a vestirse y abrió la puerta. Jamie pasaba en aquel momento.

–¿Qué hay, Mary? –dijo sin detener su camino.

¿Qué me ocurre?, pensó ella.

Preguntó a las demás chicas.

Le preguntó a Lily.

–A ti no te ocurre nada –gritó Lily para hacerse oír por encima del sollozo continuo de Carlos. Carlos no estaba llorando, solo estaba comprobando el poder y la calidad de sus gritos–. Calla, mi vida. Así, muy bien, mi amor. Creo que… que ya está harto de todo eso. Oh, Carlos, basta ya, por favor, ¡basta ya!

Y entonces se enteró de que Jamie y Lily habían sido pareja hacía mucho tiempo.

–¿Por qué lo dejasteis? –preguntó Mary.

–Yo quería tener un niño y él no.

–Entiendo.

Le preguntó a Jo.

–¿Qué? ¿Con él? Sí, cuando las ranas críen pelo –dijo Jo. Jo se estaba liberando de todas las prendas de su equipo de montaña para ponerse la ropa de tenis–. No es más que un pajillero, eso es lo que es. ¿Quieres pasarme esas zapatillas?

Y entonces se enteró de que Jamie y Jo habían sido pareja hacía mucho tiempo.

–¿Por qué lo dejasteis? –preguntó Mary.

–Porque no era lo bastante hombre para trabajárselo. Teníamos por delante una ingente labor de construcción de la relación y él no estaba dispuesto.

–Entiendo.

Le preguntó a Augusta.

–Pasa y cierra la puerta. Me alegro de que me lo preguntes. Hay algunas cosas que creo que deberías saber –dijo Augusta.

Sentadas sobre la recargada cama de Augusta, charlaron un buen rato. La conversación resultó enloquecedoramente confusa, pues Augusta no paraba de provocar y de calmar a varios hombres a través de su ajado teléfono. Desde la mañana del ojo morado, no había salido mucho. De aquel moretón aún quedaba alguna sombra de tonos rojizos, pero Augusta se mostraba tan imponente y serena como acostumbraba. Bebía vodka de una botella que luego devolvía a un cubo de plástico lleno de hielo.

–Lisa y llanamente –dijo Augusta–, porque es homosexual. Y es impotente. Todos los narcisistas lo son.

–¿En serio? –dijo Mary.

–Odia a las mujeres. Le aterrorizan.

–Entonces, ¿por qué nos tiene a todas viviendo aquí?

–Para oprimirnos. Para oprimirnos con sus burlas. Coge el teléfono, ¿quieres? Entérate de quién es. Mmm... Sí, de acuerdo.

–Pero nos deja hacer lo que queremos –continuó Mary cuando hubo colgado– y nos da todo el dinero que necesitamos.

–Así es precisamente como nos oprime.

–Pero si nos odia y nos teme, ¿por qué se molesta en oprimirnos?

–Te estoy diciendo la verdad, Mary –dijo Augusta con una mirada de rectitud tan siniestra que Mary asintió rápidamente y se alejó–. Imagino que sabes que se masturba, por supuesto. Ay, cógelo, ¿quieres? Pregunta quién es... Oh, de acuerdo.

Y entonces se enteró de que Jamie y Augusta habían sido pareja hacía mucho tiempo.

–¿Por qué lo dejasteis? –preguntó Mary.

–¡Por una pelea estúpida! ¿Puedes creerlo? Fui a verle a la clínica todos los días durante tres semanas y, cuando salió, me dijo (llegado este punto dejó caer la mandíbula en un gesto lúgubre): «Estoy perdiendo el puto tiempo». ¿Puedes creerlo? Cógelo. Pregunta quién...

¡No! Oh, bueno.

–Entiendo –dijo Mary.

–En cuanto le vi –dijo Augusta, chasqueando los dedos–, supe que se había rajado. Como todos los hombres, es fundamentalmente un pornógrafo. ¿Qué saben ellos? ¿Qué sienten? Quiero decir, ¿qué sienten en realidad? ¡Nada! Bah, no son más que... ¿Diga? –Augusta alargó la mano distraídamente para coger el auricular y luego habló un buen rato entre susurros por teléfono.

También hablaron de otras cosas. Hablaron de la enorme granja a la que Augusta se iría a vivir algún día y de los ocho o nueve niños que tendría.

Mucho después, Augusta dijo:

–Yo te conocí... antes.

–¿De verdad? –dijo Mary.

–¿Cómo te llamabas...?

–¿Amy?

–Sí.

Mary apenas se alarmó. Quizá Augusta también fuera dos jóvenes a la vez. Después de todo, Jamie le había dicho a Mary que Augusta no era tampoco su verdadero nombre. Su nombre verdadero era Janice.

–Charlamos toda la noche y luego nos preparamos unos huevos revueltos. Eras extraña.

–No lo recuerdo –dijo Mary.

–No sé, yo también estaba bastante borracha. Pero siempre recuerdo una cosa que dijiste. Ahora la he olvidado.

–Ya...

–Hacías cosas raras. Con hombres fuertes y tipos raciales y cosas así. Y luego llamabas a tus padres.

–¿Qué?

–Sí, cuando estabas con los tipos aquellos de otras razas.

–¿Por qué?

–Porque los odiabas.

–¿A quiénes?

–A tus padres. Pero luego tenías a ese tío... Un tío extraño. Durante años y años. Decías que no le abandonarías jamás. Yo... Me gustabas más entonces.

–¿Te gustaba más?

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque sí. Eras más... real.

–¿En serio?

–Sí. Ahora recuerdo lo que dijiste. Dijiste que le querías tanto que no te importaría que te matara. O algo así. Jamás lo olvidaré.

Augusta recibió otras dos llamadas de teléfono y acabó con el vodka. Hablaron de otras cosas. Hablaron un buen rato hablaron de los poemas que Augusta escribía muy de vez en cuando por la noche, cuando estaba borracha perdida.

Mary entró en la sala de estar. Augusta se había quedado dormida en una postura inverosímil y resultaba imposible moverla. Jamie también se había dormido frente al zumbido del televisor, con un libro en el regazo.

–Dios mío –dijo, cuando Mary le despertó.

–¿Te encuentras bien?

–Hombre, yo no diría tanto. Dios mío –dijo, frotándose la cara lentamente con las manos–. Oooh. En fin, me... Huy. Me voy a... ¡Ay! Mi... ay. Mierda. Bueno, me voy a... ¡Buenas noches!

Mary le contempló saliendo a trompicones de allí.

¿Qué le ocurre?, pensó.

*

Pensemos.

Para el común de los asesinos, los policías resultan sospechosos. Para un pedófilo reconocido, la mirada indiferente de un niño equivale a una mirada lasciva cargada de lujuria depredadora. Más o menos de la misma manera, las personas vivas resultan tan atractivas como las muertas para un necrófilo decidido.

Muchas veces, se demuestra más amor por las personas a las que quieres dejándolas en paz. Cualquiera que se haya estrellado contra una farola sabe perfectamente que toda velocidad que sobrepase los cero kilómetros por hora resulta excesiva, gracias.

Hay personas que al contemplar una puesta de sol no ven más que una mancha de sangre en un cielo vampírico. Y cuando, al atardecer, ven un crucifijo cayendo sobre ellos desde el oeste, se limitan a suspirar y a agradecer que otro avión haya conseguido escapar del infierno.

Si no te sientes a veces un poco demente es que debes de haber perdido la cabeza. Todo tópico representa una gran verdad. Nadie sabe qué hacer. Todo depende del punto de vista de cada uno.

*

–Me siento deprimido –dijo Jamie a la mañana siguiente.

Mary le creyó. No solo le ocurría eso. También tenía una resaca brutal. Había bebido demasiado la noche anterior. Mary suponía que nadie que no estuviera ya borracho sería capaz de beber tanto. Jamie tragó saliva con esfuerzo y se puso a leer un libro sin poder evitar que sus húmedas y blancas mejillas sufrieran contracciones de cuando en cuando. Mary le observó. Al cabo de unos minutos, Jamie se echó a reír en voz alta. La risa se le subió a la cabeza y le hizo daño.

–Ay –dijo–. Dios, esto sí que es gracioso. Es buenísimo.

Releyó el pasaje y se echó a reír de nuevo.

–Ay –dijo.

–Déjame ver –dijo Mary. Se acercó a él y se sentó en el brazo de su butaca.

–Este fragmento. Desde aquí hasta aquí –dijo él, señalando con el dedo–. Este tío está loco por follarse a la hija –murmuró pesadamente–, pero en lugar de ello se ve obligado a follarse a la madre.

Mary entrecerró los párpados.

Así atisbé como un mirón, por encima de los setos de los años, lo que había en aquellos descoloridos ventanucos. Y cuando, por medio de las caricias cuyo ardor me daba lástima y cuya lascivia me parecía pueril, ella, la de impresionantes pezones y muslos macizos, me preparaba para el cumplimiento de mis deberes nocturnos, lo que yo procuraba recoger con desesperación era el aroma de una nínfula mientras, entre gemidos, mi hocico seguía una pista por el sotobosque de oscuras selvas que se marchitaban.

Mary lo leyó, pero no se rio ni sonrió. Podía adivinar que tenía gracia, podía intuir su encanto. Pero no se rio ni sonrió. Se volvió hacia Jamie, reforzada por la falta de expresión de sus propias facciones.

Jamie frunció el entrecejo y se incorporó. Sus ojos ardientes mostraban su disgusto.

–Imagino que hay que leérselo entero –dijo, desviando la mirada.

Mary se marchó a su habitación. De alguna manera, se sentía abrumada por lo que había hecho, pero sentirse abrumada no le servía de ayuda. Habría vuelto a hacer lo mismo sin dudarlo. ¿Qué podría serle de ayuda? Encontró ayuda en la consciencia de su propio poder. Decidió que más le valía utilizarlo, siendo como era el único poder del que disponía. Y, por supuesto, se trataba del poder que hacía sentirse mal a los demás.

Aquel día, Mary sintió que la vida estaba perdiendo emoción y se alegró. Se encaró con la vida y la desafió a excitar su interés, a provocar alguna conmoción que la hiciera más interesante, pero, por

supuesto, la vida continuó inerte y ello contribuyó a que Mary dejara de estimarla tanto. Sabía bien el porqué, pero no servía de nada: a ninguna mujer podía servirle de nada. Ella era mujer y no le servía. No servía de nada, por ejemplo, saber que una andaba un poco loca durante cinco días al mes. Reconocía el momento en que andaba un poco loca y sabía cuándo sucedería, pero, ¡ay!, ignoraba por completo que andaba un poco loca cuando efectivamente andaba un poco loca. Pensadlo por un instante: si eres mujer, te vuelves loca durante unos años cuando notas que la edad se te echa encima. ¿Lo sabré cuando llegue el momento?, se preguntó. Dios, las mujeres somos tan distintas... Somos todas unas intrépidas. Vosotros preferís enfrentaros a la tempestad que reina sobre la superficie; allí podéis chillar y pelear. Nosotras, sin embargo, preferimos bucear por las profundidades durante toda la vida.

Mary hacía sentirse mal a Jamie sintiéndose mal ella. Se concentró en aquella sensación hasta sentirla en toda su pureza. Al cabo de unos días, comenzó a parecer obvia, justa, incluso admirable. Dios mío, qué mal se siente Mary. ¿Os dais cuenta de lo mal que se está sintiendo? Condensó el mundo y el presente en una neblina que flotaba sobre su cabeza. Mary brillaba con su nuevo poder. Era cierto, sí, era cierto; ¿cómo podía algo ser tan intenso y tan falso como aquello? Si Jamie se dirigía a ella con cualquier comentario casual, ella le contemplaba unos segundos y luego se daba la vuelta mostrando así un desdén tan palpable y definitivo que no había necesidad de revelarlo con la mirada. Si se cruzaban por el pasillo, Mary se detenía y permanecía inmóvil, desafiándole a que atravesara su campo magnético. Un día que salía de la sala de estar, oyó que Jamie le decía a Lily:

–Dios. ¿Se puede saber qué coño le pasa a Mary?

Mary sintió una oleada de gozo ante aquel claro homenaje a su poder. Retrocedió y se quedó en el umbral de la puerta.

–¿Es que está con el periodo o algo así? –preguntó. Alzó la mirada y, al verla, se aterrorizó.

–¿Qué has dicho?

–Nada, nada –contestó él, retorciéndose en el sofá y agitando las manos en el aire.

Mary regresó a su habitación, se sentó en la cama y permaneció varias horas con la mirada fija en un punto del aire situado a mitad de camino entre la pared del fondo y ella, sin parpadear. Aquello también

era bueno y comenzó a hacerlo de un modo regular. Sus apariciones en la sala de estar comenzaron a ser imprevisibles y dramáticas. Le gustaba sentarse cerca de Jamie y enviarle su aura para ir desgastando su paz. Las demás comenzaron a evitar hablar con ella. Hasta Augusta procuraba mantenerse alejada de Mary: Augusta se sabía destronada. Jamie comenzó a salir por las tardes, algo que Mary sabía que detestaba hacer. Bien, muy bien. Cuando regresara, la encontraría allí, siguiendo su rastro, irradiando su poder sobre él.

Un sábado por la noche, Mary y Jamie se encontraban solos en la casa. Mary estaba celebrando una buena sesión de maltrato simplemente sentada en el sofá y mirando por la ventana con aire melancólico sin parpadear. Una y otra vez se ajustaba el albornoz al cuerpo, como si tuviera frío. No tenía frío. Jamie se revolvía con un libro en el sillón situado frente a ella. A esas alturas de la tarde, Mary ya ni siquiera buscaba un motivo que la hiciera sentirse mal ni se preguntaba por el resultado que obtendría sintiéndose mal. Sentirse mal era lo principal. Por ello se sobresaltó cuando Jamie tiró el libro al suelo, dio un largo trago de su copa y se dirigió hacia ella con los brazos cruzados.

–Muy bien, Mary. ¿Se puede saber a qué viene toda esta mierda?

–¿Toda esta qué? –dijo ella a cara descubierta.

–Este papel que andas haciendo, de dama de las camelias. Esto parece una puñetera representación de Tristán e Isolda todas las noches. ¿Qué ocurre?

–No tengo la menor idea de a qué te refieres –dijo ella, volviendo a su actitud.

Jamie suspiró y cerró los ojos. Comenzó a golpear suavemente el suelo con los pies. Se levantó y atravesó la sala de estar hasta situarse junto a ella. Se sentó sobre el borde del cojín.

–Venga, no te hagas la tonta. Te pasas el día de un lado a otro con cara de pena, tratando de hacer todo lo posible para que me sienta mal a todas horas, como si todo esto fuera culpa mía. Vosotras, las bellezas superficiales, sois las únicas que montáis estos rollos. ¿Acaso crees que si fueras una pobre infeliz con granos y el pelo pajizo te dedicarías a hacerme la vida imposible? No, no lo soporto.

–¿Por qué? ¿Qué te ocurre a ti?

–Nada, olvídalo. Os conozco. Os conozco. –Desvió la mirada y se

sujetó las sienes con una mueca de dolor.

–¿Te duele la cabeza?

–¡Pues claro que me duele la cabeza! ¿Y qué? A cualquiera puede dolerle la cabeza.

Mary tomó su mano entre las suyas.

–Lo siento –dijo.

–Escucha, mi vida. Yo, ya lo he dejado. Ya no estoy en eso. Ya no me cotizo en los mercados de futuros. Ya no estoy para pelearme con vosotras. Sí, ya lo he dejado. Me devorarías de un bocado y escupirías mis huesos antes de que pudiera darme cuenta de lo que ocurre. –Se volvió hacia ella–. ¿Qué pasa ahora para que pongas esa cara de satisfacción? No entiendes nada de lo que te digo, ¿verdad? Te lo explicaré de otro modo.

–Bésame los pechos –dijo Mary.

–¿Qué? Oye, espera un momento...

–Por favor, bésamelos.

–Mira, yo no sirvo para estas cosas, te aviso –balbució tras unos instantes, pero ya ella apenas le oía.

–Calla –dijo–. Oh, gracias, Dios, gracias. Calla, calla.

Mary se despertó lentamente. Antes de que abriera los ojos, un recuerdo atravesó su mente y desapareció. Últimamente tenía muchos recuerdos, pero los experimentaba más como analogías de estados de ánimo que como entregas con información concreta, y todos ellos parecían preceder a los hechos cruciales de su vida. Mary recordó lo que se sentía cuando de colegiala se despertaba los fines de semana y podía saborear el lujo sutil de adormecerse de nuevo y jugar con todo el tiempo del que disponía.

Abrió los ojos. Sí, la ansiedad y la angustia habían desaparecido. Volvió la cabeza. Jamás se había sentido tan radiante de generosidad y de alivio. Lo que vio le hizo cerrarlos de nuevo. Tampoco había visto gran cosa, solo a Jamie, desnudo bajo su gabardina, fumando el primer cigarrillo de la mañana y absorto en la contemplación de la

pintura gris e intencionadamente neutra de la ventana, con el rostro contraído por una mueca de remordimiento.

Parte tercera

21. SIN MIEDO

Por fin, el tiempo comenzó a cambiar de nuevo.

Desde hacía varios días, podían verse túneles de un azul penetrante salpicando el toldo grisáceo y rugoso del cielo. De cuando en cuando, cambiaban de posición, se ensanchaban de forma sugerente, volvían a estrecharse y a veces desaparecían por completo toda una tarde y así fue hasta que, una mañana, el túnel reemplazó al mismo cielo con una inmaculada bóveda de distancia pura y transparente. Uno pensaba: «Así que todo este tiempo ha seguido ahí arriba oculto tras las nubes». Ahora, solo los aviones alanceaban el denso firmamento, surgiendo por las mañanas de la fría calima solar y dejando a su paso un reguero de sal por las tardes cuando se abalanzaban sin miedo sobre las tibias llamas infernales del oeste.

Amy Hide estaba en el jardín cuadrado viendo arder un montón de basura. Llevaba botas de agua, vaqueros y un jersey azul de hombre. Se cruzó de brazos y dirigió la mirada hacia el camino cercado que conducía a la carretera. La puerta de la cocina crujió y, al girarse, vio que David, el gato de los vecinos, se colaba despreocupadamente en la casa. Alzó la mirada hacia el cielo y comenzó a canturrear distraídamente mientras contemplaba el fuego crepitante y la columna de humo que se elevaba algo inclinada a un lado.

–No durará, Amy –dijo una voz–. No durará.

Amy se dio la vuelta sonriendo y protegiéndose con las manos de la luz.

–Que conste que te lo he dicho.

–Pero, señora Smythe, siempre dice lo mismo. ¿Cómo sabe que no durará?

La señora Smythe había apoyado todo su peso en la verja festoneada que separaba ambos jardines. Solo eran visibles su largo rostro informe y las manos que colgaban en gesto de súplica por uno de los huecos.

–Lo han dicho –dijo la señora Smythe–. En la tele. Se acerca un frente frío.

–¿Y por qué los cree ahora? No los creyó cuando anunciaron que se acercaba un frente cálido.

–Bueno, que conste que te lo he dicho, jovencita. Y haz caso de los consejos de los que somos más viejos y más sabios que tú.

–No sé, ya veremos. ¿Cómo está el señor Smythe?

–No nos podemos quejar. Digamos que tiene días buenos y días malos.

–Dios mío, ¿qué hora es? –dijo Amy–. Más vale que me dé prisa o me cerrarán. ¿Necesita algo de mí, señora Smythe?

–Eres una buena chica, Amy, pero yo ya he resuelto todo esta mañana. Es muy puntual, ¿verdad?

–Sí –dijo Amy–. Muy puntual.

–Aunque imagino que a veces te preocuparás por él.

–Sí –respondió Amy.

Una hora después, Amy echó una ojeada por toda la sala de estar, una sala de estar normal y corriente. Sin pensar, comenzó a ordenarla, a pesar de que pocas cosas había allí que hubiera que mantener ordenadas. Colocó el periódico del día en el hueco del revistero de madera y se agachó para quitar una hebra de hilo que vio en la moqueta gris. Se sentó en el sofá con las piernas recogidas a lo indio, una postura a la que últimamente se había acostumbrado. De vez en cuando levantaba los ojos del libro y dirigía la mirada a la ventana para ver las casitas de juguete que se alzaban al otro lado de aquella tranquila calle. No quería que él pensara que se pasaba el día esperando su regreso. Ella jamás lo hacía.

La puerta se abrió y Prince entró en la sala de estar. Dejó el maletín encima del sillón y se desabrochó rápidamente el abrigo.

–Hola –dijo–. ¿Qué tal has pasado el día?

–Hola. Muy bien, ¿y tú?

–Bah, lo normal. Ayuntamiento... Pero por la tarde ha habido uno de esos casos de gran interés humano.

–¿Quieres una copa? ¿Qué ha sucedido?

–Y que lo digas. Hay que ver las formas que se le ocurren a la gente… –Se estiró, bostezando vigorosamente–. Hay que ver qué cosas se les ocurren a las personas para portarse mal. Algunas son auténticas artistas, las muy puñeteras. ¿Qué tal has pasado tú el día?

–Bien. Muy bien. El tiempo…

–Cuéntamelo todo con todo detalle.

Ella se lo contó todo con todo detalle. Todas las tardes se lo contaba todo. Solía preguntarse cómo era posible que los ritmos rutinarios y los reajustes cotidianos de su nueva vida despertaran tanto interés en Prince… Prince, que llegaba a casa acalorado y desgreñado por haberse enfrentado durante todo el día al duro ajetreo humano. Sin embargo, a ella le gustaba contárselo y a él también parecía gustarle escucharla contar todo aquello. Nunca le permitía que pasara por alto nada.

–¿Cómo te encuentras estos días? –le preguntó.

Ella se sonrojó, pero su voz sonó firme.

–Me siento muy agradecida, pero tampoco puedo quedarme aquí para siempre, ¿verdad? Ya me dirás cuándo ha llegado el momento de marcharme.

–¡No, quédate! –dijo él. Se puso en pie y se volvió para darle la espalda–. Quédate –repitió en voz más baja, paseando la mirada por las estanterías llenas de discos–. Como suele decirse, siempre es agradable tener una mujer en casa. A ver, ¿de quién podría apetecernos ahora escuchar algo?

Amy dijo:

–Más tarde podía hacer una tortilla o algo así.

–Bien pensado –dijo Prince.

A las once, Amy dio las buenas noches y subió las escaleras. Se situó ante el espejo del reluciente cuarto de baño. Con una bola de algodón y crema limpiadora se quitó los ligeros toques de rímel y colorete con que se había maquillado esa tarde. Amy tenía buen aspecto: parecía a la vez mayor y más joven que antes, más sólida. Ahora podía mirarse a los ojos sin miedo: sabía quién era y eso no le

importaba mucho más a ella de lo que les importaba a los demás. Su sien derecha y su suave barbilla aún mostraban las tenaces machas de las contusiones. Amy no se las reprochaba a Jo. No reprochaba a Jo la diestra y varonil paliza que le había pegado al llegar a casa… el día de Año Nuevo. Más que comprensible que le pegara semejante paliza. Jamie se recuperaría. Se encontraba en una lujosa clínica llamada El Retiro. Ella quería verle, pero a nadie le parecía que fuera una buena idea. A nadie le parecía bien. Amy sabía que le vería algún día y que le diría que lo sentía, sin miedo. Se cepilló los dientes y atravesó el rellano en dirección a su cuarto.

La habitación de Amy albergaba una cama, una mesa, una silla y poco más. Junto a la suya, la habitación de Prince, por supuesto, era más grande y más sofisticada. De alguna manera, la habitación de Amy se parecía a la buhardilla que había tenido en la casa ocupada y le gustaba mucho, pero le gustaba como debía gustarle: sabía que no era suya en ningún aspecto. La ventana enmarcaba perfectamente la negrura del cielo y la luna que resplandecía sobre él. Si miraba al exterior, podía oír los tenues crujidos de los árboles jóvenes y los automóviles que, muy de cuando en cuando, recorrían con prudencia las calles de aquel vecindario. Eso era todo. Pero oía y veía todo lo que deseaba ver y oír. Se quitó la ropa y se puso el camisón blanco. Escribió en su diario unos minutos y luego rezó sus oraciones: sí, lo hizo arrodillada junto a la cama.

22. VIEJAS PASIONES

Vivía en una arcadia remota, en un mundo perdido y agradable. Perros y gatos se movían entre las personas en términos de igualdad absoluta: los lentos automóviles corregían el rumbo para no molestarlos al pasar por aquellas calles reticulares. Aquel lugar se llamaba ciudad dormitorio. Sus setos estaban cargados de bayas y la hierba se distribuía de manera esmerada, muchas veces dispuesta en espacios del tamaño de un adoquín. Allí era donde los empleados londinenses regresaban, exhaustos, a dormir en sus casitas adosadas mientras al otro lado del planeta otras personas se despertaban a toque de corneta para hacer funcionar el mundo. Prince le había enseñado los distritos más perdidos, los entresuelos de la ciudad. Allí había de todo. No era necesario alejarse de allí, pero, por supuesto, como todo el mundo, a veces sí se alejaban un poco.

Todas las semanas, Prince le daba determinada cantidad de dinero para llevar la casa. A Amy siempre le había gustado analizar la relación del dinero con el mundo comprable. Por supuesto, el dinero seguía estando en la lista negra de todos: en las tiendas y en los cafés, la gente hablaba con amargura de dinero y de sus infortunios, pero Amy disponía de un montón de tiempo para el dinero y pensaba que la gente lo infravaloraba muchísimo. El dinero era mucho más versátil de lo que la gente confesaba. El dinero se podía gastar y con el dinero se podía comprar. Y también era posible ahorrar dinero sin dejar de gastar dinero. Y, para terminar, gastar dinero era tan agradable como agradable era no gastarlo... ¿De cuántas cosas se podría decir lo mismo? Aquí, el dinero parecía funcionar mucho mejor que antes, cuando había tenido tanto y cuando había tenido tan poco.

Prince se levantaba todas las mañanas a las siete en punto, sin falta. Amy se levantaba también a esa hora, en parte para disfrutar de su compañía y en parte para compartir con él los deliciosos desayunos que preparaba. Por las mañanas, Prince siempre se mostraba encantadoramente irascible; su difusa cólera era como una pregunta retórica dirigida al mundo exterior. Con sosiego, leía encantado en voz alta extractos del periódico que traía el repartidor –crónicas de avaricia, rencor y locura– y las comentaba con aquel toque cómplice suyo que hacía que lo malo pareciera bueno y lo bueno, malo. Después, tan pronto comenzaba a amanecer, se marchaba en coche para sumarse a la cola de entrada en Londres. Amy fregaba los platos del desayuno y se preparaba para enfrentarse al día.

Por las tardes, se sentaban a leer y escuchaban música. Amy solía encargarse de la mayor parte de la lectura y Prince de la mayor parte de la audición. Prince escuchaba música con sus ojos verdes cerrados, con su rostro, impresionante y acalabazado, se ensanchaba a la altura de las mandíbulas. A veces, veían la televisión juntos. «Vamos a ver un rato la televisión», decía él. Nunca quería ver nada en concreto. «Cuando quiero ver la televisión, solo quiero ver la televisión, sin más», decía. A veces aparecía en la pantalla Michael Shane, quien aún andaba por allí, paseándose por las zonas más candentes del mundo en jeeps, helicópteros y canoas y visitando patios de prisiones calcinadas por el sol, chozas de adobe y búnkeres cosidos a balazos, siempre en zonas en llamas.

Una noche, Amy, indecisa, dijo:

–¿Sabes que fue uno de mis antiguos amores?

–Mmm, ya lo sé –dijo Prince con total tranquilidad–. Curioso, ¿verdad?... Ese pobre debilucho... –Se volvió hacia ella y asintió varias veces con expresión divertida–. Chico, apuesto a que a la antigua Amy no le duró mucho. Apuesto a que no tardó apenas nada en hacerle pasar un mal rato.

Amy se echó a reír algo avergonzada y dijo:

–Me dijo que temía estar volviéndose homosexual después de dejarlo con Amy. Eso me dijo.

–Y acertó. Terminó siendo homosexual y nunca... Ay –dijo Prince, evitando por poco que el vaso se le resbalara de la mano–. Casi lo tiro –añadió.

–¿Qué ibas a decir?

Negó con la cabeza.

–Nada. Hablando de viejas pasiones, parece que el señor Malo no asoma la cabeza últimamente –dijo con la mirada otra vez en la pantalla.

–¿En serio? –dijo Amy.

–Quizá se haya enderezado.

–No antes de su debido momento.

Prince se volvió hacia ella con esa sonrisa cómplice tan suya, la sonrisa que sabía cosas.

–No tengo miedo –dijo ella–. Creo que ahora sabría qué hacer llegado el momento.

–Así me gusta, Amy –dijo él.

Aquella noche ella se fue a la cama algo más temprano. Cuando estaba desnudándose mirando por la ventana pudo oír, procedente de la planta de abajo, el agresivo comienzo de un concierto para piano que esas últimas semanas la tenía entusiasmada. A toda prisa, se puso el camisón. Estaba segura de que a Prince no le importaría que bajara para escucharlo un rato con él. La música fue aplacándose al ir bajando ella descalza por las escaleras enmoquetadas y abrir la puerta. Vio a Prince antes de que él la viera a ella. Prince estaba frente a la ventana con el mentón alzado y los brazos tensos por encima de su cabeza, dirigiendo el aire de la noche.

Se volvió tan de improviso que casi perdió el equilibrio. Durante un instante, pareció perder su porte, dejó de parecer tan formidable como de costumbre, con las manos extendidas en un gesto de súplica o desamparo.

–Lo siento –dijo Amy.

–No pasa nada –dijo él, volviendo en sí. Sonrió con aire confuso y le sostuvo mirada.

Él también siente respeto por mí, cayó ella en la cuenta de repente. Avanzó unos pasos y se sentó en el sofá con las piernas recogidas a lo indio. Prince permaneció frente al fuego. Amy cerró los ojos y él hizo lo mismo e inclinó la cabeza con solemnidad. Juntos, escucharon aquella música.

Más tarde, Amy se levantó del sofá y subió las escaleras para ir a la cama. Podía ver la luna a través de la ventana, encaramada al borde mismo de la noche. Su destello plateado destacaba sobre el fondo azul marino del firmamento y contenía diminutas partículas rosadas entre sus inaudibles tormentas de luz. Si la ternura poseía un color, aquel era el color de la ternura. Con la mejilla sobre la almohada, Amy comenzó a dar rienda suelta a sus pensamientos. Momento tras momento, sentía una suave impaciencia, no aquella ansiedad devoradora, sino la inquieta certidumbre de las madres que esperan a

sus hijos a la salida de la escuela, confiadas en que no tardarán en surgir de entre la multitud. Intuyó que Prince estaba observándola. Sintió lo que era ser joven. Pensó que tanto la luna como sus oraciones y sus pensamientos eran entes vivos que compartían con ella la habitación y velaban con mimo los contornos de sus sueños. No sabía si aquello era o no era amor. Pensó que a todas las personas debía de dolerles ligeramente el corazón cuando comenzaban a sentirse bien consigo mismas.

23. LAS ÚLTIMAS COSAS

–Voy a estar fuera una temporada –le dijo Prince al día siguiente durante el desayuno.

Amy no se alarmó, ni siquiera se sorprendió. En cierto modo, se alegró. Sabía que aquello constituía todo un reconocimiento de él hacia ella y ella no le defraudaría.

–¿Estarás bien? –preguntó.

–Sí, no te preocupes, estaré bien –contestó ella.

Terminaron de desayunar en silencio y le acompañó hasta el automóvil.

–Algo sucederá mientras yo esté fuera –dijo Prince–. Algo agradable.

–¿Algo de qué?

–Espera y verás. Algo bueno. Y no te preocupes por el señor Malo. Mantendré los ojos bien abiertos.

–Ojos verdes –dijo ella.

Le tendió la mano y él se la llevó a los labios. Luego, se la acercó a la mejilla.

–Te llamaré de vez en cuando –dijo–. Cuídate.

Sin miedo alguno, continuó viviendo su vida, esperando a Prince y esperando que ocurriera lo que tenía que ocurrir mientras él estaba fuera. Se alegraba de disponer de todo aquel tiempo para sentir su felicidad a solas. Prince telefoneaba regularmente y preguntaba por aquel misterioso suceso humano que él esperaba. Preguntaba si aquello ya había sucedido y Amy le respondía que no.

Y entonces ocurrió algo. Amy no estaba segura de si se trataba de aquello a lo que se había referido Prince. Teniendo todo en cuenta, pensó que no, pues no fue bueno ni agradable. El domingo por la tarde, a última hora, Amy estaba ojeando la estantería del salón. ¿Qué

le gustaría que leyera ahora?, se preguntaba. Había algunos voluminosos manuales en el estante superior, entre ellos la Anatomía de la melancolía. Consiguió sacar ese libro tirando de su lomo. Resultó ser más pesado de lo que esperaba, tanto que no pudo sostener aquel peso muerto y lo soltó en el aire. Las páginas aletearon y algo surgió de su interior y planeó hasta el suelo como una hoja seca.

Era una vieja fotografía, extrañamente húmeda y lánguida al tacto. La escena que mostraba escandalizaba inmediatamente la vista. Mostraba a siete hombres sobre una tribuna elevada. Los cinco de la derecha eran tipos pálidos con sombreros de copa y actitud reverente, como un alcalde rodeado de sus concejales. Sus miradas procuraban evitar el objetivo de la cámara y, con cara congestionada y gesto de aprensión, parecían estar conteniéndose las náuseas. El séptimo hombre, a la izquierda, se ocultaba bajo una capucha negra. El nudo corredizo que sostenía con una mano enguantada se cernía como un halo sobre la cabeza del sexto hombre, el único que miraba de frente al objetivo. Su rostro delgado, tenso y sin afeitar, tenía una expresión tan desesperada como triunfal que casi parecía una risita de complicidad con aquella ceremonia terrible a la que él había incitado al mundo. Era como si él fuera el verdugo y ellos –los asqueados concejales y el encapuchado que no osaba descubrir su rostro– los condenados. Amy contempló los ojos del asesino. Pobre idiota aburrido, pensó. Cuando ya se disponía a devolver la fotografía y el libro a su lugar, vio que había algo escrito en el reverso, solo dos palabras. Decían: «Tú espera». Las había escrito Prince. Aquello la entristeció sin saber por qué. Se puso en pie y en ese instante sonó el timbre de la puerta.

Amy anduvo hasta la entrada de la casa algo confundida. Al ver la silueta que esperaba tras el cristal traslúcido, decidió no vacilar. Abrió la puerta y, al instante, su corazón pareció estar en todos sitios al mismo tiempo y, entonces, las dos mujeres se abrazaron.

–No puedo creerlo –dijo Nena al cabo de unos minutos. Se sonó–. Estás tan joven, Amy... Pareces mucho más joven que yo.

–No, para nada.

–Pensé que habías muerto.

–No digas eso. Terminaré llorando otra vez.

–Oh, no, no llores más. Dios mío. Esto es ridículo... ¿Qué ocurrió?

¿Ya lo sabes?

–No. Aún... no consigo recordar nada con certeza.

–Pero estás viva. Y eres distinta. Eras horrible, Amy.

–Lo sé.

–Eras una hija de puta. Lo siento. Eras... No, no has cambiado. Tan solo has vuelto a ser como eras antes, como eras a los dieciséis años. Antes de conocerle a él y de cambiar de aquel modo. Son los ojos los que te dan ese aspecto tan joven. Han perdido por completo su...

–¿Su qué?

–Aquella mirada hosca y desafiante. Aquella expresión de hastío.

Amy dijo:

–¿Cómo está papá?

–¿Papá? Oh, muy bien. Ahora está completamente ciego, no sé si te enteraste. Marge y George son maravillosos. No les he contado nada acerca de..., ya sabes.

–Sí. Es lo mejor.

–Quizá lo haga pronto. ¿Quién sabe?

–Sí.

–¡Dios mío! ¿Sabes que tengo una niña?

–No.

–Sí. Es una preciosidad.

–¿Y te has casado?

–¡Claro que me he casado! Ya me conoces. Ese es el motivo por el que no puedo quedarme mucho rato. Ni siquiera creí que estuvieras aquí. No podía creérmelo.

–Te llamó, ¿verdad?

–¿El señor Prince? No, vino a verme. ¿Es tu hombre?

–Sí –dijo Amy–. Lo es.

–¿Va en serio la cosa?

–Sí… –dijo sorprendida ella misma al escucharse–. La verdad es que me salvó la vida.

–Sí, me pareció encantador. Se notaba que te quiere mucho. Oh, Dios mío, debo marcharme. Y yo que pensé que no volvería a verte.

–Pero ahora sí que me verás.

–Sí, ahora sí nos veremos. Vamos, acompáñame a la puerta.

Las dos hermanas se detuvieron junto al automóvil de Nena. Amy era la más alta de las dos, casi tres centímetros más, pero parecían de la misma edad. Una colegiala pasó pedaleando junto a ellas con una mano distraídamente apoyada en el regazo.

–El coche es suyo –dijo Nena, dando unos golpecitos sobre el techo–. No está mal, ¿verdad?

–No. ¿Qué tal resulta?

–¿Estar casada? Oh, es magnífico. Es… inevitable. Es algo que tiene que pasar, como lo de irse de casa. Tú también lo harás, más pronto o más tarde. Espera y verás.

–¿Cómo se llama tu hija?

–No, me temo que no se llama Amy. Llamaré Amy a la próxima, si es niña. Se llama Mary.

–Qué extraño.

–¿Por qué? Es un nombre muy corriente.

–¿Cómo se apellida él? ¿Cómo te llamas tú?

–Bunting, qué se le va a hacer. Y yo he vuelto a llamarme Lucinda. Nena Bunting… Uf, a paseo.[1] Dame tu número de teléfono. Te llamaré. Escríbemelo aquí. Tienes que venir con tu novio para conocer a tu sobrina. Y a tu cuñado. Dios mío, es maravilloso volver a tener una hermana.

Se abrazaron. Nena abrió la puerta del coche y vaciló un instante. Se dio la vuelta y, con una mirada cargada de significado, le preguntó a Amy:

–¿Y cómo sabes que yo soy yo?

–¿Por qué? ¿Acaso somos gemelas? –dijo Amy.

–No. Pero te quiero.

–Y yo a ti.

–¿Lo ves? Tú espera –dijo Nena–. Con el tiempo, irás recordándolo todo.

El automóvil se puso en marcha y se alejó. Amy lo contempló mientras desaparecía en la neblina del atardecer.

Tanto para tranquilizarse como para ver si podía serles de alguna ayuda, Amy fue a casa de sus vecinos y permaneció dos horas con el señor y la señora Smythe. Era imposible visitar aquella casa sin sentirse obligada a consumir té y bizcocho en grandes cantidades. El rubicundo señor Smythe fumaba ruidosamente su pipa, como un demonio travieso que adornara el rincón del salón. Últimamente, ya no hacía ni decía muchas cosas. Tumbado sobre la alfombra de aquel recargado salón, David se lamía su sedosa panza, con una pata levantada como si le colgara un rifle del hombro. La señora Smythe servía el té y hablaba por enésima vez de sus dos hijos... Hablaba de Henry, aún soltero y director de un enorme colegio del norte de Inglaterra, y hablaba del pequeño Timothy, quien había muerto a manos de un policía militar borracho durante su tercer año de servicio voluntario en el extranjero... Timmy, que siempre había sido un pensador, un poeta y un filósofo. En uno de sus temblorosas ensoñaciones, la señora Smythe había predicho que si Henry se casaba alguna vez y tenía un niño, Timothy se reencarnaría en el alma de la criatura. Henry tenía cincuenta y cuatro años. Amy siguió bebiendo té. Quería contarle todo a la señora Smythe acerca de su hermana y del niño de su hermana, pero temía que la historia le causara desasosiego. Insistió en preguntarles si podía hacer algo por ellos. Amy habría hecho cualquier cosa que le hubieran pedido, pero ambos respondieron que no necesitaban nada, así que terminó su última taza té y se marchó a casa.

Al entrar, sonaba el teléfono y sonaba con obstinada irritación, como si la estuviera viendo con los brazos cruzados con fuerza. Amy estaba a punto de descolgar el auricular cuando le asaltó una idea absurda. Si lo dejaba sonar cinco veces más, no sería el señor Malo. Lo dejó sonar cinco veces. Era Prince. Su voz dijo:

–Hola, soy yo. ¿Dónde has estado? Me estaba volviendo loco... Ah, ya entiendo. ¿Ha ocurrido ya?... ¿Y contenta?... Bien, bien, cuánto me alegro. Escucha, aún me quedan un par de cosas por hacer. Regresaré esta noche... Sí, eso espero. Hoy ya no podré volver a llamarte, pero... espérame despierta, ¿quieres?... Espérame. Hasta pronto. Adiós, Amy.

Dieron las doce.

Amy no estaba preocupada. No estaba preocupada en absoluto. ¿Cómo podía ella estar en peligro cuando Prince se había permitido dejarla sola esos días? Aun así, se sentía inquieta. Algo relacionado con el tono de su voz la última vez que llamó, un tono resignado, casi melancólico, pero impregnado de una preocupación hasta entonces desconocida en él. No tardaría en llegar. ¿Por qué tenía ella que tener miedo?

Solo tenía que esperar. Una hora transcurrió sigilosamente y el reloj marcó la una. Amy tenía dos libros junto a ella, en el sofá. Los leía al mismo tiempo, como era su costumbre. Intentó concentrarse primero en uno, más tarde en el otro, pero su mente no conseguía retener aquellas florituras impresas y las líneas desfilaban ante sus ojos carentes de significado. Dejó el libro a un lado y pensó que aquello no era bueno para ninguno de los dos. Trató de entretenerse un rato con el gramófono y puso el primer movimiento de su concierto para piano favorito, pero en ese momento se le antojó un plañido falto de respuestas, como si careciera de aquel orden ideal que las palabras sí sugerían tácitamente. Amy no se encontraba del todo entera, y debía llenar, gastar y matar el tiempo ella sola.

El minutero completó su perezoso recorrido entre las dos y las tres. El tiempo pasaba y pasaba. Amy tomó su diario. Describió el día que había pasado y describió a Nena. Releyó fragmentos anteriores, pero también esos le parecieron patéticos y sin valor alguno. Aquello apenas era nada, ¿verdad?, apenas había nada para construir un pasado. «¿Cómo puedo saber que yo soy yo...?» Hizo un último esfuerzo por proyectarse a sí misma hacia el pasado. Nena y ella habían tenido una infancia, ella creció, ella sintió el hastío, ella conoció a aquel hombre, ella se torció; ella fue cruel con su madre y con su padre, también con otras muchas personas; el hombre casi la mató; ella había querido que la matara y él casi la había matado. De hecho, creía haberla matado, pero no. Por último, había despertado y su memoria había empezado de cero.

No, no conseguía recordar. Solo recordaba haber entrado en una habitación llena de gente, haber despertado temprano una mañana de

domingo, haberse detenido súbitamente en un patio cegada por la luz, haber sollozado en su pupitre del colegio y haber deseado iluminar el interior de las casas de los demás cuando todos los niños ya habían regresado a sus hogares. Escuchó el galope de los segundos. Amaneció, pero Prince aún no había regresado.

A Amy no le importó. No estaba preocupada. La luz le hizo regresar al presente. Salió al jardín y vio desaparecer el lucero del alba y sintió su pelo humedeciéndose de rocío. Se preparó una taza de café y le sirvió a David un desayuno pecaminoso que el gato devoró despreocupadamente. David tenía siete vidas. Amy deseaba que David pudiera saber lo buena que era la presente: cuatro comidas al día y a todas horas. Otros gatos sufrían vidas durísimas, pero uno de los privilegios de los gatos era el de poder sentir indiferencia por el destino de los otros gatos.

Salió a caminar por las calles de la ciudad dormitorio que ahora despertaba. Sus percepciones, ya extendidas por el tiempo, habían perdido gran parte de su amarga agudeza, pero aún le resultaba interesante todo aquello, resultaba interesante, interesante. Contempló la luz de los seres humanos, la luz de todos y cada uno de los seres humanos que la rodeaban. Conservaba cierta lucidez involuntaria. Cuando observaba a los demás, no podía evitar verlos como serían cuando fueran viejos y como habían sido de jóvenes. Una sensación conmovedora, pero agotadora. En su paseo, sonreía a los más jóvenes y a los más viejos. Se le antojaba que el afecto que sentía hacia las cosas respondía a una lógica: el afecto que sentía por un gorrión era un afecto diminuto, quizá en consonancia con el tamaño del pájaro. No sentía deseo alguno de regresar a casa. A él no le importaría. No se preocuparía. Siempre podía salir a buscarla.

Se sentó en un banco del parque. Un viejo se acercó a ella y la molestó como solía, pero al rato el hombre se cansó… Ella siguió sentada, muy erguida, sin parpadear. A medida que el día giraba sobre su eje, los colores comenzaron a exudar de la hierba. Bajo la blanca sábana del cielo, toda aquella extensión de hierba, lentamente atravesada por carritos y cochecitos de niño, fue volviéndose lechosa y alcalina, como un lago, en la tarde neutral. Cerró los ojos y los abrió otra vez. Algo le estaba ocurriendo, algo eterno y extático. Todas las cosas del mundo nombrable se disputaban el acceso a su corazón. Al mismo tiempo, sabía que todas aquellas cosas, los árboles, los lejanos tejados, los cielos, no tenían nada que ver con ella. Su esencia era distinta a la suya y en ello consistía su belleza. Tan solo una pequeña

parte de la vida tiene que ver contigo, pensó aliviada, extasiada. Se sintió... Se sintió muerta. Se equivocan al decir que la vida es demasiado corta. No es así: la vida es demasiado larga. Yo ya he vivido bastante. Él puede venir por mí ya.

Prince se sentó en el banco, junto a ella. Su respiración era rítmica y acelerada. Al cabo de un rato, dijo:

–Lo siento mucho.

–Ahora ya no importa –dijo ella–. Ahora ya no importa nada.

Él se acercó a ella. La palidez de los ojerosos lunares del rostro de Amy contrastaba con la negrura de sus cejas y cabellos; su piel, no obstante, brillaba con el calmo anuncio de la fiebre. Sintió más cerca el aliento de Prince, un aliento dulce y destemplado como el suyo propio.

24. TIEMPO

Cuando despertó, aún estaba oscuro. Adivinó, por la punzante y agradable sensación de cansancio de su garganta, que no había dormido mucho. Por supuesto, se hallaba en la habitación de Prince, y en su cama.

Prince estaba sentado junto a ella, desnudo, con los pies en el suelo y los hombros caídos, mirándola de reojo. Por las arrugas que se dibujaban en su frente, ella supo que él llevaba mucho tiempo mirándola.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó.

–Me siento tan feliz que pienso que me voy a morir.

Él desvió la mirada.

Amy dijo:

–Es cierto, ¿verdad? Voy a morir.

–No. No exactamente –repuso él, poniéndose en pie. Asió su mano–. Vamos, Amy. Me temo que ha llegado el momento.

Tras un instante de vacilación, Prince dio media vuelta y cruzó la habitación. Amy retiró la sábana, se incorporó y cruzó los brazos.

–Tan solo queda una cosa por hacer –dijo él, sacudiendo su ropa–. Tenemos... que ir a ver a alguien.

–Al señor Malo.

Prince asintió.

–Exacto –dijo–. Eso es.

–¿Va a ser muy duro?

–Ni mejor ni peor que ahora. Y no estarás sola. No pienso dejarte sola. Nunca.

–¿Nunca?... Tengo que ducharme.

–Sí.

–¿Cómo es? –preguntó Amy mientras se adentraban en coche en la vacía oscuridad de Londres. Se sentía como un niño pequeño al que llevaran de vacaciones o al hospital a deshora y tuviera que someterse al funcionamiento de la maquinaria de los adultos. La niebla se agazapaba en los oscuros desfiladeros de las calles, ligera y salada en algunos lugares, y en otros, densa y gruesa, como nubes recién caídas.

Prince se encogió de hombros.

–Oh, creo que te gustará. Al fin y al cabo, antes te gustaba.

–¿Por qué me haces esto?

–¿Sabes? –prosiguió él. Su voz sonaba con ese tono acuciante y apremiante que ya conocía de otras veces–. Creo que te gustaba por el mismo motivo por el que te gusto yo. El policía y el asesino. Tanto él como yo formamos parte de... otra cosa.

Amy volvió la cabeza. La niebla se disipó ligeramente al pasar junto al río. El agua, firme y tensa, como si alguien tirara de ambos extremos de su superficie, relucía como una armadura recién bruñida. Vislumbró los penachos de las fábricas, entrevió la masa indiferente de los almacenes y vio la hierba negruzca y su estanque elíptico.

–¿Sabes por qué hacemos esto? –preguntó–. De hecho, lo sabes, ¿verdad?

–Creo que sí.

–No puedes empezar una nueva vida si no...

–Lo sé –dijo ella–. Nunca pensé que fuera posible.

Regresaban de nuevo a la margen del río, acaso a un río diferente. Quienquiera que fuese quien lo había mantenido tirante, ya lo había soltado. El agua corría ahora libremente, lunar y milenaria, bajo la espesa niebla. Detuvo el coche en el mismo sitio. Ya no había gente y aquellos perros tan andrajosos que parecían ratas volvían a ser los amos del lugar.

–¿Por qué no hay gente ahora? La otra vez sí había gente.

–Todo esto ya está muerto –dijo Prince, abriendo la marcha–.

Condenado.

Agachando la cabeza, entró por la misma puerta que había abierto con sus propias llaves. La humedad vegetal había penetrado en el edificio por ósmosis acuosa y costaba respirar aquel aire, como si algo le impidiera el paso a los pulmones. Prince se detuvo al llegar a las escaleras y escuchó.

Subieron en dirección a la gran sala. Prince la ayudó a pasar por la trampilla. Amy se alegraba de estar tan cansada: así, todo aquello resultaría más soportable. Súbitamente se oyó el ruido de una botella al caer, seguido de un frenético repiqueteo alejándose por el suelo.

–Solo son ratas –dijo él.

Tiró de un cordón y una solitaria bombilla roja despertó a la vida. Prince echó a andar por la mugrienta tarima; las tablas estaban húmedas y cedían ligeramente bajo el peso del cuerpo. La condujo hacia la zona más oscura, allí donde se abría la puerta.

–Ahora vamos a cruzar esa puerta.

Amy se volvió hacia él.

–Estoy... Yo estoy cansada... –dijo.

–Lo sé.

La besó en la frente. Y, echándose a un lado, hizo girar el picaporte y la hizo atravesar el umbral.

Tan pronto como oyó cerrarse la puerta a sus espaldas, supo que Prince ya no estaba allí. Se volvió rápidamente. Estaba en lo cierto. Hizo girar el picaporte, pero la puerta no cedió. Oyó sus pasos sin saber por dónde andaban. Se irguió. Nada importaba.

Tras unos tenues velos o visillos suspendidos del techo se adivinaba un resplandor rojizo. Pudo oír un crujido distante, como si alguien cambiara de postura en su asiento. La habitación era tan larga y estrecha que parecía más un túnel que otra cosa.

–¿Amy? –dijo él–. Acércate. ¿Eres realmente tú?

Amy franqueó el velo, que se deslizó suavemente sobre su cabeza como si vacilara sobre su pelo, como haría una mano o dejaría su rastro un pájaro o como el íntimo color rosa de aquel vestido.

–¿Te recuerda algo todo esto? –preguntó él.

Amy le contempló en silencio. El hombre se encontraba muy lejos. Pudo ver que llevaba una especie de capucha o capuchón. Comenzó a avanzar hacia ella. Aún tenía tiempo de echar a correr, pero no corrió. Al fin y al cabo, quizá tampoco hubiera tiempo. Ahora ya sabía quién era el hombre.

–¿Recuerdas?

–Sí, recuerdo –respondió.

–Mira lo que has hecho conmigo. Mira lo que te has hecho a ti misma...

–¿Vas a... vas a matarme ahora?

–¿Otra vez? ¿Cómo podría hacerlo? Tú ya estás muerta, ¿no te das cuenta? La vida es un infierno, la vida es un crimen, pero la muerte es muy parecida a la vida. Resulta terriblemente sencillo creerse la muerte.

Ya hacía rato un rato que él estaba caminando hacia ella, aún le quedaba un largo trecho por recorrer. Ella también comenzó a caminar hacia él, para que lo que tenía que suceder sucediera ya, para ganar tiempo.

–¿Sabes quién soy?

–Sí.

–Y ahora sabes que no podré abandonarte jamás. Soy el policía, soy el asesino. Inténtalo de nuevo, cuídate, sé buena. Tu vida era una vida demasiado pobre como para que no durara eternamente. Intenta hacerlo bien esta vez. Ven, todo será muy rápido.

Sus brazos la envolvieron. Ella sintió una sensación de velocidad tan intensa que su olfato distinguió el olor del aire incandescente. Pudo ver una playa rojiza que se extendía bajo un sol furioso e inestable, salpicada de pequeños charcos en la arena. Se sintió derretir, como si su cuerpo se descompusiera pieza a pieza. Padre, pensó, mi boca está llena de estrellas. Por favor, sácalas. Llévame a casa y méteme en la cama.

Durante unos instantes volvió a sentir la misma sensación de velocidad. Luego, nada.

*

Su primer sentimiento al olfatear el aire fue de una profunda y desamparada gratitud. Estoy bien, pensó, con el aliento entrecortado. El tiempo... comienza de nuevo. Parpadeó, intentando ahuyentar la humedad de sus ojos, pero la sintió tan abundante que no tardó en cerrarlos con fuerza.

–¿Te encuentras bien ya, Amy? –preguntó su madre.

–Sí.

–¿Te has calmado ya? ¿Estás segura?

Amy abrió los ojos. Estaba acostada en su cama.

–Lo siento –dijo.

–No sé qué te pasa a veces. Te empeñas en salirte con la tuya sea como sea, ¿no es cierto? En fin. Anda, por esta vez, olvídalo.

–Gracias. Lo siento.

–Y sé buena.

Su madre salió de la habitación. Amy se incorporó. Debía de haber llorado muchísimo tiempo. Era un alivio poder parar y reunirse de nuevo con las cosas. Se secó las lágrimas frente al espejo y se cepilló apresuradamente el pelo.

Corrió escaleras abajo. Su padre estaba en la entrada, de espaldas. Estaba dándole cuerda al reloj de pared. Se acercó a él y puso una mano sobre su hombro. Su rostro mostraba una intensa expresión de dulce apremio.

–Amy –dijo él dándose la vuelta lentamente–. Ya has regresado al mundo de los vivos, ¿no?

–¿Perdonada?

Él tomó su mano y la besó.

–Perdonada. Y, ahora, cuídate.

Amy abrió la puerta y salió al atardecer.

EPÍLOGO

Esto es una promesa. No le haré nada si ella no quiere. No le haré nada a no ser que ella lo pida, lo que no es muy probable a su edad, ¿no es cierto? No es muy realista. No obstante, por lo menos ella es legal, más o menos, estoy seguro.

Aquí viene. Cierra la puerta tras ella y desciende apresuradamente por el sendero. Yo permanezco entre las sombras del otro lado de la calle. Incluso a esta distancia puedo adivinar que ha estado llorando por el brillo de sus ojos. Pobrecita... ¿Qué está haciendo esta mujer conmigo, Dios mío? Me está haciendo algo. Ya lo descubriré con el tiempo. El tiempo... Es como si ya hubiera hecho todo esto antes y siento un impulso vidrioso de hacerlo de nuevo. Quizá se deba a que todas estas cosas producen siempre la misma sensación. Yo estoy... Sí, estoy cansado. Ya no puedo controlarme. Esta vez, no. En fin, qué demonios. Terminemos con ello de una vez.

En cualquier momento saldré al centro de la calle. La veo llegar al final del sendero y vacilar al pisar la acera, mirando a un lado y a otro y dudando de qué camino tomar.

[←1]

«Mary had a Little Lamb», canción infantil inglesa. (N. del T.)

[←1]

Véase la nota anterior. (N. del T.)

[←1]

En español en el original. (N. del T.)

[←1]

«Bye, Baby Bunting» es el título de una nana tradicional y, a la vez, el nombre de una conocida marca de juguetes para bebés. (N. del T.)

Título de la edición original:

Other People

Edición en formato digital: enero de 2024

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2249-6

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es